



Casa abierta al tiempo

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA METROPOLITANA

UNIDAD IZTAPALAPA

DIVISIÓN DE CIENCIAS SOCIALES Y HUMANIDADES

POSGRADO EN CIENCIAS ANTROPOLÓGICAS

La configuración cultural de los márgenes urbanos: el caso del Conglomerado Oriente
de la ciudad de Cali, Colombia.

Julieth Andrea Narváez Villegas

Tesina de Maestría en Ciencias Antropológicas

Directora: Dra. María Ana Portal Ariosa

Asesores: Dr. Federico Besserer
Dr. Pedro Martínez Toro

Ciudad de México

Noviembre, 2020

Agradecimientos

Este trabajo es el producto de la paciencia y apertura de Helena, Rocky, Amalia, David, Camilo, Gabriela, Juan, Fabian, Andrés, a quienes agradezco la oportunidad que me dieron de escuchar la narración de sus vidas y su cotidianidad; de las bellas reflexiones ocurridas con el grupo de teatro orientado por Kenia; de mi admiración por el trabajo comprometido que desarrollan las mujeres del equipo de la Casa Cultural el Chontaduro, así como muchas otras organizaciones comunitarias y colectivos del oriente de Cali, Colombia. Este trabajo es también resultado de una disciplina que jamás habría sido posible sin el apoyo de Mayte; el acompañamiento dedicado y comprensivo de la profesora María Ana Portal; las invaluables clases del posgrado en Ciencias Antropológicas, que me revolvían la cabeza todas las mañanas y me recordaron la emoción que me produce aprender; de las reflexiones ocurridas en el “Seminario Memorias de lo Urbano”, en el marco del proyecto “Las memorias de lo urbano: territorio, identidades y sentido de pertenencia ante la urbanización neoliberal” (Cod. A1-S-27875); y las posibilidades brindadas por mi condición de becaria del Concejo Nacional de Ciencia y Tecnología (CONACYT) del gobierno de México.

Agradezco a mis lectores, el Dr. Federico Besserer, por sus revisiones dedicadas y sus reflexiones inspiradoras que invitan a ahondar siempre un poco más; al Dr. Pedro Martínez, por su perspectiva crítica y sus reflexiones desafiantes sobre la historia, actualidad y devenir de la ciudad de Cali; a los Pretextualistas: Roque, Marco, Antonio y Octavio, cuyas opiniones, nacidas de posturas tan diversas como brillantes, generaron interminables debates sin los que no habría posible pensar y volver a pensar nuestros proyectos. Agradezco a mi familia adoptiva Queretana que, con todas sus manos, me impulsó a iniciar este proceso; a Harold, que adoquinó el camino a México.

Finalmente, este proyecto es el resultado de mi afecto por la ciudad que me vio nacer, que me llena la boca cuando digo de dónde provengo y que requiere con urgencia un cambio de rumbo. Pero, sobre todo, este trabajo es el resultado del apoyo de mi mamá, que con sus decisiones sutiles y oportunas me condujo hasta aquí, desde donde ahora trato de comprender los mismos márgenes de los que ella procuró tomar distancia. Ella me enseñó que la empatía y el amor son el principio de cualquier transformación.

*¿Debo yo celebrar las ciudades, supervivientes, grandes
constelaciones de la tierra (que atónito admirara)?*
R. M. Rilke (1912)

Índice

Introducción.....	Pág. 1
<i>¿Marginal, periférico, excluido o subalterno?</i>	
<i>Escoger una denominación.....</i>	Pág. 2
<i>Identidad y territorio: dos conceptos fundamentales para la comprensión de la marginalidad urbana.....</i>	Pág. 6
Planteamiento del problema: preguntas, objetivos e hipótesis.....	Pág. 11
Consideraciones metodológicas.....	Pág. 15
<i>Sobre el trabajo de campo y los instrumentos utilizados.....</i>	Pág. 18
<i>Sobre los jóvenes involucrados en esta investigación.....</i>	Pág. 20
<i>Estrategias de análisis.....</i>	Pág. 22
1. Cali, una ciudad con vocación de puerto seco.....	Pág. 26
1.1 Panorama histórico de la ciudad de Cali.....	Pág. 27
1.2 El despegue industrial de Santiago de Cali.....	Pág. 29
1.3 La ciudad neoliberal: la constitución de los márgenes caleños.....	Pág. 30
1.4 El Conglomerado Oriente y el Distrito de Aguablanca.....	Pág. 33
1.5 Migración: Cali como una ciudad de la impermanencia.....	Pág. 35
1.6 La historia viva.....	Pág. 39
2. La definición del espacio marginal: del oriente sale el sol.....	Pág. 45
2.1 La producción simbólica del espacio.....	Pág. 46
2.2 El concepto de frontera en el estudio de la marginalidad urbana.....	Pág. 48
2.3 La delimitación espacial del margen: ¿dónde está el oriente de Cali?.....	Pág. 49
2.4 “El Distrito es todo lo que queda entre el Río Cauca y la Simón Bolívar”: seis esquemas para la definición espacial del corredor oriental de Cali.....	Pág. 55
2.5 El espacio vivido: entre “el agite” y la desconexión.....	Pág. 60
3. La domesticación de la incertidumbre.....	Pág. 65
3.1 La incertidumbre económica: una forma de violencia estructural vivida por los habitantes del oriente de Cali.....	Pág. 67
3.2 “Romper la cadena”: la búsqueda permanente de una oportunidad.....	Pág. 70
3.3 La violencia en las narrativas identitarias de los jóvenes del oriente.....	Pág. 77
3.4 El bucle de la precariedad económica y la violencia.....	Pág. 84
3.5 La domesticación de las violencias: “uno ya sabe cuál es el amigo que roba”.....	Pág. 88
4. El margen tiene color de piel.....	Pág. 93
4.1 La presencia de gente negra en Cali.....	Pág. 95
4.2 La explotación del folclor afropacífico en Cali: El Petronio y el oriente.....	Pág. 99
4.3 El racismo vivido/no vivido/normalizado.....	Pág. 106
4.4 Entre lo étnico y lo racial: el silencio en las narrativas identitarias de los jóvenes del oriente de Cali.....	Pág. 110
Reflexiones finales y nuevos interrogantes.....	Pág. 115
Referencias bibliográficas.....	Pág. 135

Introducción

Entre los años 2015 y 2016 fui contratada como profesional psicosocial en un proyecto de la Alcaldía de Cali, Colombia, que pretendía erradicar el trabajo infantil en los sectores considerados “más vulnerables” de la ciudad. Junto a otra psicóloga y un equipo de artistas, realizábamos actividades con alrededor de trescientos adolescentes de la comuna 18, emplazada en una zona de la ciudad conocida como “La Ladera”¹ y catalogada polémica, pero copiosamente, como una de las zonas urbano-marginales de Santiago de Cali. La consigna del proyecto era “ocupar el tiempo libre” de los adolescentes.

Tratando de evadir la lógica de la eficiencia en detrimento de la calidad, que suele adueñarse de los proyectos de intervención social y corromper hasta al más ético de los profesionales, mi compañera y yo organizábamos sesiones que, cuando teníamos éxito, lograban reunir hasta veinte de los trescientos adolescentes que teníamos a nuestro cargo; a los demás, los buscábamos hasta el cansancio en sus casas, en sus colegios, recorriendo kilómetros de esas pobladísimas lomas que enmarcan el poniente caleño.

Durante los meses que trabajé en la comuna 18 no me había cuestionado la representación unificada y estática que tenía de La Ladera, así como tampoco lo había hecho con relación al corredor oriental de la ciudad de Cali, que es también un cinturón marginal. En mi imaginario, estos dos bloques de la ciudad, el oriente y el poniente, eran objetos permanentes, sólidos, incuestionables y conocidos por todos; hasta un episodio que ocurrió con Nigga Mina, como se hacía llamar uno de los chicos que estaban a mi cargo. Para ese entonces Nigga Mina tenía alrededor de catorce años y era, sin lugar a duda, el mejor bailarín de raga² que yo había conocido.

Una de las últimas actividades que realizamos en la caseta comunal “comedores”, punto medio de la loma de “Los Chorros” en la comuna 18³, consistió en una cartografía de la zona. Extendimos pliegos de papel y repartimos marcadores entre los jóvenes; les pedimos que dibujaran “La Ladera”, los lugares donde vivían, las zonas importantes, las calles que recordaban, los puntos peligrosos, los lugares que querían y los que no. Unos minutos después de iniciar la actividad, Mina se detuvo para preguntarnos con auténtica inquietud y sin sonrojarse *¿qué es La Ladera?* La pregunta nos resultaba tan obvia que no estábamos preparadas para contestarla, se había convertido para nosotras en lo que María Ana Portal y Carlos Aguado (1991) denominan una *evidencia social*, un “presupuesto básico, empírico y funcional” (Aguado y Portal, 1992, p.63), que

¹ Sector ubicado en la ladera de los cerros occidentales que hacen parte de una extensión menor de la cordillera occidental que enmarca el poniente de la ciudad de Cali.

² Baile urbano.

³ Para lectores que no estén familiarizados, la ciudad de Santiago de Cali se encuentra dividida en aproximadamente 249 barrios y 91 urbanizaciones que a su vez están agrupadas en 22 comunas. Las comunas son formas de división político-administrativa que reúnen a los barrios en función de sus características (historia de poblamiento, nivel socio-económico, flujos comerciales, etc.), necesidades específicas, y funcionan como unidades de administración política regidas por Juntas de Acción Local. Así mismo, el municipio de Santiago de Cali, tiene, además de la cabecera municipal, 15 corregimientos o áreas continuadas de carácter rural o semi-rural. Sin embargo, existe en la ciudad de Cali la figura del Distrito de Aguablanca en el oriente de la ciudad, que, aún sin formar actualmente parte de la división política-administrativa, continúa presente en el imaginario de los caleños. La comprensión de lo que es el Distrito de Aguablanca es uno de los objetos de este trabajo.

regía nuestro sistema de ordenamiento de la ciudad en términos espaciales, históricos, de clase, e incluso étnicos.

Aunque siempre había renegado de las visiones esencialistas que suelen construirse acerca de estos sectores, principalmente desde la perspectiva académica, —que fluctúa entre una concepción basada en la carencia y la romantización de la precariedad—; yo misma había construido una visión sustancial de los márgenes caleños a la que me enfrenté cuando Mina, hijo de migrantes del pacífico colombiano llegados a Cali en la década de los noventa, afrodescendiente, obligado a ausentarse del colegio por amenazas a su vida, me recordó que las experiencias de la ciudad son múltiples.

Mina ahora debe rondar los veinte años, presta actualmente servicio militar y su desenfadada pregunta fue el germen de las mías, pero en mi caso respecto al oriente de la ciudad, un sector con el que he estado relacionada de distintas maneras: es la zona donde vive mi familia paterna, donde nací y de la que progresivamente me alejé buscando un “mejor futuro”, donde desarrollé la mayor parte de mis trabajos de licenciatura; un escenario que también representa la otredad, zona depositaria de estereotipos históricamente consolidados en el imaginario de los caleños, receptora de migrantes, hervidero de conflictos, cuna de expresiones artísticas y culturales, residencia de la mano de obra que levanta la ciudad todos los días, escenario de tragedias e historias heroicas.

Este trabajo es un esfuerzo por entender la ciudad, mi ciudad, y las distintas formas que toma *lo urbano*; trata de comprender qué es el oriente de Cali, a través de narraciones sobre la experiencia de habitar los márgenes, en la voz de jóvenes que nacieron ahí una vez consolidado el proceso de poblamiento de este sector, en los años noventa, y que actualmente residen en lo que se denomina el Conglomerado Oriente.

¿Marginal, periférico, excluido o subalterno? Escoger una denominación

El estudio de grupos humanos escindidos de la cultura y economía dominantes ha sido la piedra angular del pensamiento antropológico y de otras disciplinas como la psicología. Podríamos leer este interés como un impulso permanente por encontrar en la otredad los elementos necesarios para comprender el funcionamiento de la vida social. Esta otredad se ha representado de muchas maneras, casi siempre en aquellos que no son hombres blancos occidentales; en quienes no tienen una forma de organización política semejante al Estado-nación; en quienes utilizan sistemas de administración de sus recursos que difieren del modelo capitalista; etc. En general, parecemos tener una fascinación por los grupos humanos que se desvían de los sistemas hegemónicos en términos políticos, económicos, étnicos, culturales o psicológicos.

Esta inclinación está relacionada con una idea que ha sido planteada desde el pensamiento sociológico: la necesidad de comprender los bordes sociales para lograr dar sentido al centro (Gómez-Soto, 2019). No obstante, las formas de concebir la ontología de los marginales han sido diversas y han respondido a marcos ideológicos distintos. Podemos rastrear tres grandes corrientes:

Las *teorías de la modernización*, surgidas en los años sesenta y ancladas a una concepción desarrollista de las sociedades, definieron la marginalidad como una condición de desarticulación entre sectores tradicionales y sectores modernos (Delfino, 2012). Desde esta perspectiva, los sectores tradicionales se mantienen al margen porque no han adoptado los valores propios del hombre moderno y se resisten a integrarse a los nuevos ritmos económicos. La corriente desarrollista plantea que la marginalidad puede ser resuelta a través de intervención -pública o privada- que garantice el pleno empleo y equilibre las condiciones en la que los individuos compiten en el mercado; todo depende de “la buena disposición de los incorporados para abrir sus puertas e integrar a todos y... [de] la capacidad de presión que puedan ejercer las organizaciones de marginados.” (Enríquez, 2007, p.62).

Esta perspectiva, adoptada por instituciones como Desarrollo para América Latina (DESAL) o la Comisión Económica para América Latina y el Caribe (CEPAL), ha conducido a la construcción de políticas públicas enfocadas en dos metas: primero, una ruptura de las barreras de desigualdad que aumente las posibilidades de los marginados de acceder a empleo y educación, cualificando sus condiciones para la competencia; y segundo, un impulso a la organización de los sectores marginales para lograr la visibilización de sus demandas. Estas dos rutas, presuntamente, conducirían a resolver lo que los organismos económicos internacionales han definido como una integración aún no alcanzada de los sectores marginales.

Sin embargo, el fracaso de este modelo interpretativo es indiscutible: transcurrido más de medio siglo desde su formulación, el sistema económico contemporáneo no ha logrado incorporar a los sectores marginales —si es que se lo ha propuesto—, y la persistencia de las organizaciones sociales no ha sido suficiente para lograr el equilibrio de las condiciones de competencia.

Anticipándose a este fracaso, durante la década de los setenta, surge una visión crítica de la marginalidad, que responsabiliza al modelo económico-político capitalista de la producción de la desigualdad a través de una apropiación/distribución inequitativa de los recursos y la riqueza (Bassols, 1990; Cortés, 2006; Delfino, 2012). Esta visión, denominada estructural-económica y surgida desde la *teoría de la dependencia*, señala la necesidad de analizar la manera en que el modelo capitalista condena a amplios segmentos de la sociedad a la precariedad permanente, por lo que no se trata de una situación transitoria o coyuntural del sistema-mundo contemporáneo, sino del resultado de un modelo hegemónico que se fundamenta en la desigualdad.

Uno de los conceptos más fructíferos de la teoría de la dependencia, retomado desde el marco de los sistemas-mundo, es el de *periferia*. Las ciencias sociales lo han utilizado en las últimas décadas para analizar diferentes fenómenos, entre ellos el de la segmentación

urbana. Desde esta perspectiva, la diada centro-periferia nos permite comprender que las diferencias económicas entre grupos humanos son producto de un intercambio desigual en el que sociedades “desarrolladas” encuentran la manera de obtener la plusvalía de sociedades “subdesarrolladas”. Desde esta base, la teoría de la dependencia plantea que la marginalidad se encuentra anclada a la economía capitalista y que es incluso una condición *sine qua non* de su existencia (Wallerstein, 2005).

En lo que tiene que ver con las dinámicas urbanas, María Ana Portal y Antonio Ziri6n (2019) nos dicen que el concepto de periferia nos ha permitido reconocer y analizar “procesos de segregaci6n, aislamiento, exclusi6n y desconexi6n” (p.12). Sin embargo, considero que la noci6n de periferia resulta limitada para la comprensi6n de la ciudad, pues contiene una doble acepci6n: una relacionada con la ubicaci6n f6sica de los grupos sociales en los l6mites geogr6ficos de la ciudad, y otra con el lugar que ocupan en el flujo econ6mico.

Como lo explican estos mismos autores “no todas las periferias son m6rgenes pobres” (Portal y Ziri6n, 2019, p.13) y, adem6s, no todos los contextos marginales est6n en los bordes de la ciudad. Si bien ambas categor6as est6n relacionadas, marginal y perif6rico no son equivalentes⁴. As6, la diada centro-periferia, tan 6til en el an6lisis de las din6micas globales, se hace m6s dif6cil de asir en los contextos urbanos.

Una tercera propuesta en el an6lisis de la marginalidad en Am6rica Latina ocurri6 durante los a6os noventa con el florecimiento del concepto de exclusi6n social. Con este giro, muchos pensadores latinoamericanos buscaron poner el acento en el papel del Estado como productor y reproductor de los segmentos marginales, as6 como ampliar la mirada econ6mica a una dimensi6n cultural, ecol6gica e incluso psicol6gica del fen6meno (Enr6quez, 2007).

Una de las cuestiones que resulta problem6tica en esta tercera corriente, y por la que he decidido no utilizarla en el marco de esta investigaci6n, es la definici6n de los sectores marginales a partir de la carencia: excluidos, empobrecidos, vulnerados, etc., son nociones que abundan en esta tercera l6nea de pensamiento. Si bien estas definiciones denuncian las estructuras que soportan la desigualdad, restan potencia a los grupos marginales, limitando sus posibilidades de acci6n y asign6ndoles un papel pasivo. Esta corriente ha mantenido la discusi6n en t6rminos de inclusi6n/exclusi6n al grupo social

⁴ Un ejemplo para identificar esta diferencia podr6a ser las diadas Santa F6/Santa Marta Acatitla, en Ciudad de M6xico, o Calim6 Decepaz/Ciudad Jard6n, en Cali. En estos casos, Santa F6 y Ciudad Jard6n, aun estando ubicados en sectores geogr6ficamente perif6ricos de ambas ciudades son escenarios de condensaci6n econ6mica; mientras Santa Marta Acatitla y Calim6 Decep6z, adem6s de estar ubicados en la periferia urbana, poseen caracter6sticas socioecon6micas, 6tnicas y culturales que los convierten en sectores marginales.

hegemónico; lo que ha provocado interpretaciones que, por su diversidad, han sido adaptadas y utilizadas estratégicamente desde todos los frentes de la estructura social, generando confusiones en su definición.

Otra de las nociones popularizadas durante los últimos años y ampliamente acogidas por la comunidad académica es la de *subalternidad*, trabajada por muchos teóricos marxistas pero acuñada especialmente por Gramsci en sus Cuadernos desde la cárcel. La noción de subalternidad alude a los segmentos de la sociedad que se encuentran en posición de subordinación frente a otros grupos sociales hegemónicos.

El concepto de subalternidad es sumamente fecundo para el análisis de los grupos marginales en la medida en que introduce una dimensión cultural al estudio de la desigualdad, trascendiendo la visión económica y enfocándose en los mecanismos de orden sociocultural que utilizan los grupos hegemónicos para definir “las reglas que estructuran y determinan cómo hay que librar las luchas” (Crehan, 2004, p.227). Además, la propuesta gramsciana enfatiza en las relaciones de tensión y transformación constante que ocurren entre los grupos dominantes y los subalternos.

Sin embargo, considero que existen dos razones para evitar el uso de esta categoría en la definición de los segmentos marginales en contextos urbanos. Primero, la noción de subalternidad remite a un proceso de subjetivación política que viven los grupos marginales y que los conduce a una toma de conciencia sobre su posición en el entramado social; y segundo, esta noción está basada en una relación de subordinación clara entre unos y otros (Modonesi, 2012). En el caso de los segmentos urbano-marginales no podemos hablar, aunque así lo quisiéramos, de un proceso de subjetivación política que sea evidente, salvo en el casos de las organizaciones sociales surgidas en estos contextos; así como tampoco podemos hablar de una absoluta subordinación a las lógicas hegemónicas, pues en los márgenes urbanos existen redes de poder que, muchas veces desde la ilegalidad, imponen sistemas de ordenamiento, de significados y de uso de la fuerza, ejerciendo dominio sobre el resto de la ciudad.

Teniendo en cuenta las consideraciones anteriores, este trabajo busca retomar la denominación de marginalidad analizándola de manera crítica, pero atendiendo también a su potencia. Si pensamos que el margen es lo que nos permite reconocer las formas y la identidad de las cosas; el concepto parece tomar un mayor protagonismo, comparado con otros. La propuesta es invertir el proceso, convirtiendo la orilla, el borde, en un elemento sustancial para la comprensión del todo.

Si nos alejamos de las concepciones desarrollistas, la denominación “marginal” remite a aquello perteneciente o relativo al margen; a un asunto, una cuestión o un aspecto de importancia secundaria; una persona o grupo que, voluntaria o forzosamente, actúa por

fuera de las convenciones sociales⁵. Desde un razonamiento intuitivo el margen es, simple y llanamente, la línea que demarca la orilla de una figura geométrica y que nos permite saber de qué figura hablamos: reconocemos un círculo o un octágono en función de las líneas que lo conforman, que lo definen. El margen es también el borde, la ribera que contiene un río o el final de una hoja de papel. El margen pareciera poseer una función identitaria, estructurante.

Este adjetivo —que en el imaginario popular parece estar asociado a la precariedad, la indignidad e incluso a lo estéticamente desagradable—, ha sido uno de los conceptos privilegiados para caracterizar a aquellos grupos sociales que, por distintos motivos, contrastan con la cultura o economía hegemónicas. Sin embargo, de alguna manera, a fuerza del uso y la costumbre, la noción que define aquello que se encuentra en el borde, a la orilla o en la periferia, terminó evocando en quien la escucha el retrato de la miseria. Los diferentes modelos que han abordado el fenómeno de la marginalidad se han limitado a una definición problemática del mismo, negándole su potencia. Para las distintas corrientes —de la modernización, de la dependencia, o de la exclusión/segregación—, lo marginal es censurable, repulsivo, infortunado, indeseable, pero ¿qué significa realmente estar al margen, vivir al margen?

Identidad y territorio: dos conceptos fundamentales para la comprensión de la marginalidad urbana.

Habiendo expuesto el tópico que deseo abordar—el de la marginalidad urbana—, y los motivos para elegir la noción de marginalidad, quiero presentar de manera general dos conceptos que son transversales a esta investigación y que fueron centrales en el análisis de la información obtenida durante el trabajo de campo: los conceptos de *identidad* y *territorio*. Los abordaré aquí de manera general porque, como verán, ambos serán retomados en el transcurso del documento en un intento por profundizar en su definición a partir de la información recolectada.

Algunas de las propuestas teóricas que considero más esclarecedoras en la comprensión de lo que es la identidad son, por un lado, las de la escuela psicoanalítica que nos enseñó sobre influencia de los sistemas culturales en la configuración de las estructuras psicológicas; por otro, el concepto de *relatividad estructural* planteado por Evans-Pritchard (1977) en su trabajo sobre las formas de organización política de los Nuer, donde nos mostró las mutaciones constantes en la pertenencia de los individuos a los grupos, y los usos estratégicos y coyunturales de la identidad; y, finalmente, la

⁵ Definiciones tomadas de la Real Academia Española.

concepción narrativa de la identidad, que, si bien ha sido explorada principalmente desde la psicología, sienta sus bases en la propuesta del filósofo y antropólogo Paul Ricoeur.

Esta última propuesta define la identidad como la noción de sí mismos que tienen los individuos, y reconoce que esta se forma a partir de ejercicios narrativos que utilizan como herramienta más común los relatos. Estos relatos combinan elementos históricos colectivamente legitimados con experiencias propias de los sujetos, para arrojar una narración que da a los individuos la sensación de unidad. Así, los relatos identitarios siempre se encuentran en tensión entre la narración de las transformaciones y una búsqueda de la permanencia, que Ricoeur llama un núcleo sustancial. Es por esto por lo que a pesar de que la evidencia nos enseña la permanente mutación de los individuos y los grupos en términos de su composición, sus características, valores y experiencias; existe una búsqueda constante de lo semejante —identidad en el sentido idem—, y lo propio —identidad en el sentido ipse— (Ricoeur, 1999).

La perspectiva narrativa de la identidad, si bien se opone a una concepción sustancialista de esta, no sucumbe al relativismo absoluto que supone una completa subordinación de los individuos a la cultura (Crossley, 2007). Por el contrario, reconoce la tensión generada por la inminencia del cambio y la necesidad de los sujetos o grupos de crear relatos coherentes que les permitan ordenar su vida y sus realidades. En este sentido, “el relato es la dimensión lingüística que proporcionamos a la dimensión temporal de la vida” (Ricoeur, 1999, p. 342), y podríamos decir que también a la dimensión espacial de la vida.

Autores como Jerome Bruner (1991) han estudiado prolíficamente las implicaciones sociales y políticas de este paradigma, además de las características que tienen las narrativas identitarias y su valor para la comprensión no solo de los individuos sino de sus contextos. Para Bruner (2004), las narrativas elaboradas por los sujetos nos presentan una secuencialidad significada de los episodios de su historia —seleccionando aquellos con un mayor grado de importancia— y, además, nos enseñan su perspectiva sobre el funcionamiento del mundo, al describir sus límites como agentes, sus responsabilidades y el lugar que ocupan los otros en la narración.

En una vía que considero similar, Aguado y Portal (1992) nos hablan de la identidad como un proceso. Hablar sobre la identidad, nos explican los autores, no implica la clasificación de rasgos distintivos y estáticos de un grupo social, sino procesos de identificación, diferenciación y conflicto que ocurren de manera constante y cambiante. Estos procesos pueden ser analizados a partir del estudio de las prácticas y significados tejidos por los sujetos para la “apropiación del mundo material” (Aguado y Portal, 1992, p.43). Uno de los referentes más importantes en los procesos de identificación son los marcos ideológicos que, para estos autores, deben ser comprendidos como sistemas de ordenamiento que los grupos humanos construyen buscando dotar de sentido la vida

social y garantizar su funcionamiento. Estos marcos ideológicos, que suelen naturalizarse, se producen de manera particular en cada grupo social e implican relaciones de poder, distinción, oposición e identificación, que los individuos asumen de manera diferenciada.

Por último, Aguado y Portal (1992) señalan —y esto es otro elemento en común con la concepción narrativa de la identidad—, que existen dos ejes de ordenamiento de la vida: el tiempo y el espacio, fundamentales en la composición de las ideologías y en la configuración de las identidades. Ambos ejes están presentes en la elaboración de los relatos identitarios y, como veremos en los siguientes capítulos, son indisolubles: todos los espacios tienen una historia y todas las historias ocurren en algún lugar.

Llegados a este punto considero importante introducir la noción de *territorio*, que a mi parecer nos permite resolver la escisión entre tiempo y espacio, porque nos habla de la manera en la que son significados los lugares a través de las historias que se cuentan sobre los ellos. La noción de territorio combina la experiencia de los sujetos en un espacio y un tiempo definido. El territorio, como nos dice Gilberto Giménez (2005), es el espacio apropiado; es decir el entorno físico que ha sido dotado de significados, ordenado y dispuesto para el despliegue de la vida cultural, las actividades productivas, etc., por lo que resulta de suma importancia para comprender los procesos de identificación.

Aunque, como nos dice Alejandro Grimson (2011), "la esfera territorial no determina mecánicamente las identificaciones" (p.136) —pues la identidad es un campo de significación en el que los individuos tenemos un margen de elección, por reducido que sea, frente a una cultura que nos antecede y ordena el mundo en el que vivimos—, los procesos de apropiación del espacio son cruciales para entender las identidades de quienes los habitan. Esto se debe a que uno de los hilos conductores de las narrativas identitarias es el de la pertenencia a un territorio, a un espacio significado.

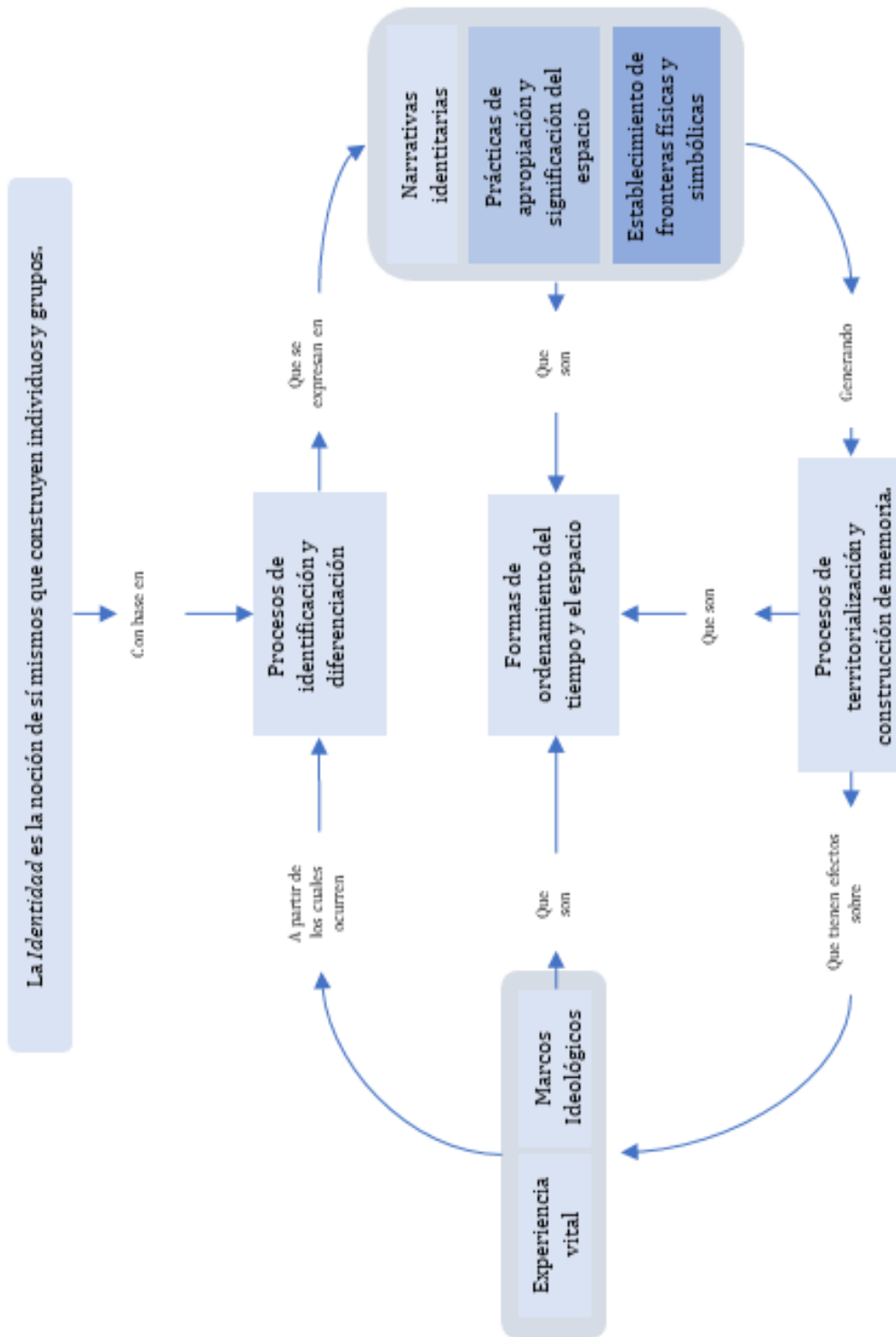
De acuerdo con Ángela Giglia (2019) este sentido de pertenencia a un territorio se puede dar en tres vías: 1) por un proceso de pertenencia electiva, es decir, haber elegido el lugar que se habita; 2) a partir de una relación especular con el territorio, es decir cuando hay una "correspondencia entre el lugar que se habita y la experiencia biográfica del sujeto" (p.74); y 3) a partir de un proceso de domesticación del espacio: "haber visto crecer el lugar y haber contribuido a producirlo es lo que desarrolla el sentido de pertenencia" (p.79).

Finalmente considero necesario introducir un elemento señalado por Grimson (2011): la importancia de la noción de frontera en la configuración de la identidad de los individuos y grupos. El establecimiento de fronteras, en términos espaciales y simbólicos, es uno de los elementos que hacen parte del proceso de identificación y territorialización, pues

permite la diferenciación de los otros y la contención del propio grupo. Las fronteras, si bien son cambiantes y susceptibles de ser atravesadas, siguen teniendo efectos en la vida social, y aunque no podemos caer en la simplicidad de establecer una relación dicotómica y antagonista entre los dos lados de la frontera, tampoco podemos omitirla.

Las fronteras pueden desplazarse, desdibujarse, volver a trazarse. Pero no pueden desaparecer, son constitutivas de toda vida social. Un proyecto de abolición de todas las fronteras estaría necesariamente destinado a fracasar, ya que es imposible vivir fuera del espacio y sin categorías de clasificación. (Grimson, 2011, p.134)

Considerando los distintos elementos enunciados para la comprensión de los procesos de identificación y de territorialización, quiero presentar un pequeño esquema para ilustrar el marco conceptual que orienta esta investigación:



Esquema 1: elementos conceptuales para el abordaje de la identidad y el territorio. Autoría propia.

Planteamiento del problema: preguntas, objetivos e hipótesis

¿Cómo se dan entonces estos procesos de identificación, diferenciación y territorialización en los márgenes urbanos? Este trabajo se centra en el análisis de la ciudad de Cali, Colombia, que muchos autores han definido como una ciudad forzada, poblada de multitudes que no se identifican alrededor de nada, una ciudad que “no sabe para dónde va, ni a qué” (Martínez-Toro, 2013, p.36), configurada a partir de un proceso de “amalgamiento anónimo” (Becerra, 2006, p.256), pero que no para de expandirse y recibir personas de todas partes; por lo que se hace fundamental estudiarla, analizarla y tratar de comprender cuáles son los ejes de su despliegue.

Un punto de partida para pensar en el asunto de la configuración cultural de los márgenes de Cali fue mi historia personal. Yo misma había nacido en Calipso, uno de los barrios que hacen parte del oriente de la ciudad de Cali, Colombia, en un sector que, como la Ladera —mencionada al iniciar el capítulo—, se encuentra signado por la precariedad económica y la violencia: el Distrito de Aguablanca. Distintas circunstancias nos llevaron a mí y a mi familia a mudarnos con frecuencia, manteniéndonos siempre en el margen oriental de la ciudad, entre las comunas 6 y 7, alejándonos del Distrito y todo lo que implicaba vivir allí, pero ¿qué significaba alejarse del Distrito? ¿hasta dónde había que ir? ¿qué diferencias había entre el Distrito y el resto del oriente?, ¿Y entre el oriente y “el resto de la ciudad”?

Este trabajo surge del interés por comprender la manera en la que se configuran culturalmente los márgenes urbanos, y la manera como la marginalidad se convierte en un elemento de identificación para las personas que viven en estos sectores. El escenario que he elegido para abordar este problema es el del llamado “Conglomerado Oriente” (Alcaldía de Cali, 2011) de la Ciudad de Cali, en donde se encuentra incluido el sector tradicionalmente denominado como Distrito de Aguablanca.

Haber elegido el Conglomerado oriente de la ciudad de Cali, no significa que en él se defina ni se agote la marginalidad, sino que funciona como escenario apropiado para indagar sobre el fenómeno. Este bloque urbano, como se explicará en el siguiente capítulo, corresponde a todo el corredor oriental de la ciudad, agrupando alrededor de seis comunas⁶ que comparten un proceso de poblamiento y urbanización similar, relacionadas principalmente por su vecindad con el Río Cauca y sus características socioeconómicas, que impiden a la mayor parte de sus habitantes vivir en condiciones dignas.

⁶ Forma de división político-administrativa que reúne a los barrios —colonias— de la ciudad en función de sus características sociodemográficas, geográficas e historia de poblamiento.

Si nos fijamos en las cifras de la última compilación estadística realizada por la Alcaldía de Cali con base en las proyecciones del censo poblacional de 2005, el llamado Conglomerado Oriente no resulta para nada despreciable. De acuerdo la Alcaldía de Cali (2019), esta zona de la ciudad concentra alrededor de 924.967 habitantes, de un total de 2'459.789 personas residentes en Cali para el año 2019. Es decir que el conglomerado oriente, limitando su definición a las comunas 6, 7, 13, 14, 15 y 21 acoge a cerca del 38% de la población caleña, y tiene la mayor tasa de densidad poblacional de todo el municipio.

Si incluyéramos en el conglomerado oriente algunos sectores de la comuna 16 y de la comuna 12 que comparten características históricas, sociodemográficas y económicas, la población del corredor oriental de Cali podría contener cerca de la mitad de los habitantes de toda la ciudad y, sin embargo, mantener su condición de marginal. Esto nos remite, nuevamente, a la complejidad de la definición de los márgenes urbanos ¿puede la mitad de la población de una ciudad estar en condición de “marginalidad”? ¿es entonces la marginalidad la norma en la composición de las urbes? ¿es el centro la excepción?

Si bien todo el Conglomerado Oriente cuenta con una historia de urbanización, una composición étnica y características socioeconómicas relativamente homogéneas, el sector más representativo del oriente ha sido tradicionalmente el Distrito de Aguablanca, compuesto, para autores como Valencia (2017), Agier y Quintín (2003) y Urrea y Quintín (2000), por las comunas 13, 14 y 15, y más recientemente la comuna 21. Aunque la denominación Distrito de Aguablanca no aparece en los documentos institucionales recientes de manera oficial —sería interesante rastrear cuál fue el momento de su eliminación—, está anclada indiscutiblemente en el imaginario popular de los caleños. De hecho, la mayor parte de las investigaciones sobre el oriente de la ciudad se enfocan específicamente en este sector.

Resulta entonces inquietante que pese a la relativa homogeneidad que puede encontrarse en este corredor de la ciudad, el Distrito de Aguablanca haya sido el depositario de un conjunto de representaciones que acentúan la precariedad económica, la intensidad de la violencia y la delincuencia; mientras las comunas que no se asumen como parte del Distrito, pero sí del conglomerado, han sido dejadas a un lado en el análisis académico, la intervención pública y el imaginario popular. Esta situación hace que el Conglomerado Oriente se convierta en un escenario propicio para un análisis de la marginalidad, en la medida en que su composición y las distintas formas de relación e integración de sus habitantes a la ciudad central, plantean un escenario diverso y complejo que puede arrojar luces sobre la configuración cultural de los márgenes urbanos.

Basados en lo anterior, este documento aborda la *experiencia de la marginalidad*, vivida por jóvenes habitantes del Conglomerado Oriente de la ciudad de Cali, Colombia, donde una gran parte del territorio ha sido tradicionalmente definido como urbano-marginal, con una composición étnica mayoritariamente negra, pobladores migrantes de otras zonas del suroccidente del país y de condiciones socioeconómicas precarias (Urrea y Murillo, 1999).

Todos estos factores, como veremos en los siguientes capítulos, han convertido al corredor oriental de la ciudad y especialmente a la zona conocida como el Distrito de Aguablanca en un sector estigmatizado, temido y observado hasta el cansancio por las investigaciones de la pobreza, de las que este trabajo toma distancia. Las preguntas que orientan este proyecto son:

¿Cómo se ha construido y qué dimensiones configuran la experiencia de la marginalidad en los jóvenes habitantes del Conglomerado Oriente de la ciudad de Cali, Colombia?

¿Cómo la marginalidad se ha convertido en un elemento de identificación para esta población y, específicamente, para los jóvenes habitantes del Distrito de Aguablanca?

¿Cómo se dan, en esta población, los procesos de territorialización del Conglomerado Oriente de la ciudad de Cali y del Distrito de Aguablanca?

¿Cómo se relacionan los jóvenes del Conglomerado Oriente con la ciudad integrada?

Cada una de estas preguntas requiere que vencamos la visión romántica de las comunidades marginales, que suelen ser caracterizadas como comunitaristas y armónicas. Debemos tener en cuenta que los niveles de separación de la *ciudad integrada* o *ciudad central* (Giglia, 2016) son relativos a la posición que ocupa cada sujeto en la estructura social y además son cambiantes. Por lo tanto, debemos partir del hecho de que las relaciones entre los distintos individuos y segmentos de los grupos marginales son conflictivas, coyunturales y, aun así, tienen un enorme potencial creativo y transformador que debemos comprender.

Estos interrogantes nos exigen abordar el fenómeno de la configuración cultural de los márgenes urbanos incluyendo una visión histórica de la conformación de la ciudad de Cali, integrada a una dimensión experiencial de las personas que habitan el corredor oriente, y específicamente las personas que dan vida al Distrito de Aguablanca, el sector que ha sufrido con mayor intensidad la estigmatización.

Para esto, debemos analizar las múltiples narrativas y prácticas en las que se mezclan y transforman los discursos estructurales y las experiencias de la marginalidad, dando lugar a escenarios que producen y reproducen la separación de la ciudad integrada, en distintos niveles. De esta manera el objetivo general de este trabajo es *analizar las experiencias de marginalidad vividas por jóvenes habitantes del corredor oriental de la ciudad de Cali y su relación con la ciudad integrada*. Para esto debemos cumplir de manera específica con los siguientes puntos:

- Describir los elementos que componen las narrativas identitarias de los jóvenes habitantes del Conglomerado Oriente de la ciudad de Cali, Colombia, específicamente de jóvenes habitantes del Distrito de Aguablanca.
- Caracterizar las prácticas de apropiación y significación del espacio llevadas a cabo por los jóvenes habitantes del Conglomerado Oriente de la ciudad de Cali.
- Reconocer las fronteras simbólicas y físicas que establecen los jóvenes habitantes del Conglomerado Oriente de la ciudad de Cali, Colombia, respecto a la ciudad integrada.

Finalmente, quiero presentar las hipótesis que sirvieron como punto de partida en el desarrollo de esta investigación y que, como verán, no se cumplieron a cabalidad, pero permitieron la reformulación metodológica en momentos necesarios y la ampliación de los referentes conceptuales para la comprensión de cada una de las dimensiones que empezaron a surgir y cobrar relevancia durante el trabajo de campo. Cada una de las hipótesis pretendía responder, de manera simple, a las preguntas de investigación planteadas unas líneas atrás:

- Para los jóvenes habitantes del Conglomerado Oriente de la ciudad de Cali, la experiencia de la marginalidad se configura a partir de una historia común de ascendientes migrantes, de narraciones de precariedad económica y del reconocimiento de la pertenencia étnica a comunidades negras cuando es el caso.
- La marginalidad se ha convertido en un elemento de identificación por parte de los jóvenes del oriente de Cali, especialmente de los jóvenes de Aguablanca, como una manera de responder a los constantes señalamientos y procesos de estigmatización que ha ejercido la ciudad integrada contra este sector. Esto ocurre a partir de narrativas y prácticas que reivindican la bravura, la viveza y la resiliencia de los habitantes del oriente.

- Existen formas de significación del espacio diferenciadas entre el Distrito de Aguablanca y el resto del corredor oriental de la ciudad. El Distrito de Aguablanca ha sido significado como un espacio hostil y las prácticas de los jóvenes reiteran la separación simbólica y física de la ciudad integrada.
- El Conglomerado Oriente de la ciudad de Cali se encuentra cultural y económicamente escindido de la ciudad integrada. Sin embargo, existe una relación mucho más hostil entre los habitantes del Distrito de Aguablanca y la ciudad central, basada en la estigmatización histórica de este sector.

Consideraciones metodológicas

Esta investigación parte de la idea de que la ciudad es un producto social; esto quiere decir que la ciudad no es para nada una consecuencia inevitable de nuestra naturaleza o la única forma de organización posible de la vida social, sino el resultado de dinámicas político-económicas particulares. Como nos sugiere Manuel Castells (2014), las ciudades no son espacios neutrales, sino que reflejan sistemas de ordenamiento de la realidad específicos, con valores y prácticas que se privilegian; las ciudades encarnan ideologías.

La cuestión urbana debe su importancia actual al papel estratégico que asumen las ciudades en el régimen político-económico contemporáneo, convirtiéndose en escenarios paradigmáticos para dilucidar y comprender los conflictos de esta sociedad; como si pudiéramos encontrar en ellas una suerte de síntesis de la historia. Pero las ciudades no solo reflejan formas de producción material sino también simbólica, por lo que debemos trascender los análisis tecnocráticos e infraestructurales, y pensar en la experiencia de habitarlas (Vivescas, 2006).

En este sentido el conocimiento antropológico nos puede permitir acercarnos al estudio *de la ciudad* y la manera como en estos espacios ocurren un conjunto de intersecciones que construyen y transforman lo urbano (García Canclini, 2001). Las ciudades, y sobre todo las ciudades latinoamericanas, contienen expresiones culturales diversas que se solapan, se oponen y cruzan constantemente dando lugar a múltiples experiencias y distintos niveles de aproximación a lo urbano. Lo anterior implica que, para comprender la ciudad en su complejidad, es necesario aproximarnos a las experiencias y referentes más locales de la misma, porque en realidad La Urbe —esta concepción ideal de la ciudad moderna—, no existe, o al menos no resulta evidente en lugares como Cali, Colombia, donde no es fácil identificar centros de condensación financiera, donde se yuxtaponen prácticas rurales y lógicas urbanas, y donde los flujos sociales desbordan la institucionalidad.

En esta vía, el estudio de los márgenes urbanos es, no solo una elección teórica, sino una opción metodológica en la que se asume que es a partir de la comprensión de los límites como se puede dar sentido al centro (Gómez-Soto, 2019). Lo que quiero decir es que en los márgenes de la ciudad es donde confluyen de manera más evidente los fenómenos migratorios, la segmentación laboral, educativa, etc., y donde parece resaltar con más fuerza la fragmentación de los grupos humanos y del espacio.

Estudiar la marginalidad, cuya definición se ha dado fundamentalmente a partir del hecho de no estar integrada a la ciudad central, nos puede permitir entender en qué momento empieza esta última, y cuáles son esos límites culturales, económicos y políticos entre lo marginal y lo integrado en el contexto urbano. Realmente considero que es necesario profundizar en estas preguntas para entender las ciudades contemporáneas. Para lograrlo debemos romper con dos abordajes heredados de la tradición académica: 1) la comprensión estrictamente económica de la marginalidad y 2) la concepción estructural de este fenómeno.

Como veíamos durante la introducción, las corrientes que estudian la marginalidad urbana, nacidas en su mayoría en el seno de la economía y la sociología, privilegian la dimensión económica en el análisis del fenómeno, definiendo los márgenes en función de la posición que ocupan individuos y grupos en el complejo económico-político, y acentuando principalmente sus posibilidades e imposibilidades de integración. Sin embargo, como nos dice García Canclini (2001), el análisis económico de la organización urbana no es suficiente para comprender los flujos en las ciudades, debemos estudiar la producción y circulación de significados.

Pero además de haber sido comprendida solo desde una dimensión económica, la marginalidad ha sido estudiada principalmente desde un paradigma estructuralista, desde el que se busca caracterizar lo que Radcliffe-Brown (1972) denominó *entidades unificadas*, con relación a las cuales se organiza, divide y opone la vida social, en este caso: la sociedad integrada y la sociedad marginal. Los efectos de esta concepción estructuralista se han extendido a la mayor parte de los tópicos abordados por las ciencias sociales, que durante décadas han mantenido un enfoque esencialista en la comprensión de la vida social. Luis Reygadas (2019) nos muestra las consecuencias que esta visión sustancialista ha tenido en cuatro dimensiones: una dimensión ontológica, una epistemológica, una ética y una política:

La dimensión ontológica se refiere a que se considera que los dos elementos de la oposición son esencialmente distintos, tienen naturalezas diferentes... El enfoque epistemológico alude a que, debido a su naturaleza contrastante, cada uno de los extremos de la oposición debe ser conocido de una manera radicalmente distinta al otro, o bien presenta desafíos metodológicos

absolutamente diferentes... La aproximación ético-valorativa consiste en estimar de manera absolutamente positiva a uno de los polos de la dualidad y de manera completamente negativa al lado contrario... Por último, la visión política señala que debe darse un tratamiento del todo diferente a cada una de las partes que componen la dualidad (p. 76-77).

Las consecuencias señaladas por el autor pueden extrapolarse fácilmente a los modelos explicativos de la marginalidad urbana, donde se han construido explicaciones dualistas en las que los grupos sociales marginales e integrados han sido definidos como radicalmente opuestos, y se han usado metodologías diferenciadas en el estudio de los sectores integrados y los marginales. Esta visión esencialista conlleva muchos riesgos, entre ellos la construcción de categorías rígidas y por tanto inmovilizadoras: la concepción de narrativas compuestas por héroes y villanos que obstaculizan el entendimiento de la vida social.

Llegados a este punto resulta de mucha utilidad la propuesta de David Mosse (2013) en la que, tras un recorrido por las corrientes que desde la antropología han estudiado el fenómeno del desarrollo, nos invita a pensar en este último como una *categoría práctica*. Así como lo propone el autor para el caso del desarrollo, debemos dejar de pensar la marginalidad como un fenómeno que ocurre por fuera de las experiencias y la agencia de un grupo social, o solo como una categoría de análisis desde la cual caracterizar una estructura socioeconómica determinada; y empezar a pensar este fenómeno como producto de las interacciones entre actores que manipulan los discursos y significados dando lugar a configuraciones y prácticas muy diversas, pero, además, como el resultado de la intersección de distintas dimensiones de la vida social.

Para entender la *experiencia de la marginalidad* debemos comprender diacrónica y sincrónicamente nuestro objeto de estudio, realizar un análisis contextual de cada uno de los actores involucrados en la investigación, y enfocarnos en los intercambios, contradicciones y conflictos, más que en las prácticas y significados aparentemente consolidados (Van Velsen, 1967).

Finalmente quiero decir que este trabajo corresponde a un ejercicio complejo de reflexividad en el que la metodología se vio transformada en función: primero de los hallazgos, en un ejercicio permanente de revisión de la información recolectada y los modelos explicativos que podían ayudarme a comprenderla (Guber, 2011); y segundo, de las exigencias surgidas de la coyuntura de la pandemia durante el año 2020, que transformó la investigación, convirtiendo las entrevistas de la estancia de profundización en largas conversaciones con los informantes que estuvieron atravesadas por las reflexiones sobre el confinamiento, pero que también se hicieron una vía de escape al bombardeo mediático sobre la pandemia. Pero la pandemia no solo transformó las

entrevistas, sino la observación participante, que pasó de ser una participación en actividades cotidianas de los jóvenes del oriente, a ser una participación en movilizaciones sociales y políticas desarrolladas como respuesta a la crisis económica ocurrida en el este sector de la ciudad a raíz de las medidas tomadas por las administraciones locales y nacionales.

Atendiendo a todas las consideraciones mencionadas quiero realizar una caracterización del proceso de recolección de información, de las herramientas utilizadas durante el trabajo de campo, de los actores involucrados en la investigación y de las estrategias que utilicé para analizar la información recogida.

Sobre el trabajo de campo y los instrumentos utilizados.

El trabajo de campo de esta investigación fue desarrollado en dos momentos a los que he denominado *estancia inicial* y *estancia de profundización*. La estancia inicial ocurrió durante los meses de julio y agosto del año 2019. Durante esta temporada me propuse reactivar los vínculos con algunas organizaciones sociales y colectivos del oriente de la ciudad, con el fin de participar en actividades que me permitieran un acercamiento a los espacios de encuentro de jóvenes habitantes del oriente de Cali, presentando mis intereses y realizando algunos ejercicios encaminados a comprender los procesos de identificación y territorialización vividos por esta población.

En este momento de la investigación las preguntas seguían enfocadas exclusivamente en el Distrito de Aguablanca, por lo que el criterio inicial para la búsqueda de los informantes y las actividades era su residencia en las comunas 13, 14, 15 y 21. Los dos escenarios de vinculación inicial fueron la Biblioteca Centro Cultural Nuevo Latir, ubicada en el punto de intersección entre las comunas 13, 14 y 15, sobre la Avenida Ciudad de Cali, y el evento Encuentro de Culturas Urbanas desarrollado el sábado 3 de agosto en el Parque Longitudinal ubicado en la comuna 13.

Aunque las visitas a la Biblioteca Nuevo Latir fueron varias, el evento más significativo en términos etnográficos fue el “Bibliopetronio”, llevado a cabo el viernes 9 de agosto. Abordaremos este evento en el cuarto capítulo.

Por su parte, el Encuentro de Culturas Urbanas fue un espacio de convergencia de colectivos y procesos sociales que me permitió establecer un vínculo con algunos de los actores que aparecerán a lo largo del trabajo. Principalmente la líder comunitaria a quien llamaremos Ana y el grupo de jóvenes con quienes ella trabaja: este grupo se hace llamar La Barra. Con La Barra tuve la oportunidad de llevar a cabo un proceso de construcción de logos y eslóganes con el objetivo de conocer sus narraciones identitarias, al que me

referiré a lo largo del trabajo. Finalmente, la estancia inicial sirvió para poner en marcha entrevistas con algunos actores que serán descritos más adelante, incluyendo algunos miembros de mi familia, habitantes de la comuna 13.

En un segundo momento está la *estancia de profundización*, que estaba inicialmente preparada para los meses de marzo y abril del año 2020 y terminó extendiéndose, por motivo de la pandemia de la Covid-19, entre los meses de marzo y julio del mismo año. Para este momento, la información recolectada en la estancia inicial me había llevado a modificar mi objeto de investigación, pasando de un interés específico por el Distrito de Aguablanca, a una inquietud por la configuración cultural del Conglomerado Oriente de la ciudad de Cali y el lugar del Distrito de Aguablanca al interior de este corredor urbano.

La estancia de profundización tenía inicialmente el objetivo de incrementar el número y la profundidad de las entrevistas con los jóvenes, y desarrollar de manera constante y sistemática actividades con grupos específicos de jóvenes. Sin embargo, las políticas de aislamiento obligatorio desplegadas en Colombia para combatir la pandemia ocasionaron la cancelación de la mayor parte de actividades, y me obligaron a limitar el trabajo durante los meses de marzo y abril a entrevistas virtuales con actores que describiré en el siguiente apartado.

No obstante, durante este período ocurrieron algunos episodios que contribuyeron al desarrollo de mi trabajo, relacionados con las manifestaciones de descontento por parte de los habitantes del oriente de Cali que se vieron sumamente afectados por las restricciones a la movilidad y la oleada de despidos que vino a raíz de la declaración de emergencia económica por parte del gobierno nacional. Este disgusto se convirtió en movilizaciones de distinto tipo: ollas comunitarias, bloqueos a vías como la Avenida Ciudad de Cali o la Simón Bolívar, y algunas marchas hacia el interior de la ciudad, donde se encuentran los centros político-administrativos. Tuve la oportunidad de participar en algunas de estas movilizaciones y aquellas actividades a las que no pude asistir de manera presencial, busqué seguirlas a través de las redes sociales, recolectando información que me permitió vislumbrar en esas expresiones elementos de identificación y diferenciación del “resto de la ciudad”, así como prácticas de territorialización.

Así mismo, participé de manera activa en algunas de las actividades desarrolladas por la Casa Cultural el Chontaduro, un espacio de producción cultural y reflexión política y social que lleva más de treinta años trabajando por el oriente de Cali, y donde se realizan actividades de orden artístico y político. Allí realicé actividades educativas complementarias con niños entre los 10 y 15 años, abordando temas como la exclusión, el medio ambiente y el racismo en la ciudad.

Debo decir que el mayor logro durante esta segunda estancia de campo consistió en profundizar en las entrevistas con todos los informantes, al punto que, en algunos de los casos, las entrevistas en profundidad se hicieron cercanas a la construcción de historias de vida, siendo estas mi fuente principal de información para el desarrollo del proyecto.

Tenemos entonces que mi trabajo etnográfico toma como fuentes: a) documentos institucionales y de archivo que describen el proceso histórico de conformación del corredor oriental de la ciudad, así como sus condiciones actuales; b) el diario de campo desarrollado a partir de la participación en actividades específicas —fundamentalmente eventos culturales y políticos— y visitas espontáneas a distintos sectores del oriente —a informantes, amigos y familiares—; c) las entrevistas en profundidad realizadas a jóvenes habitantes de este corredor urbano; d) material recolectado a través de redes sociales relacionado con manifestaciones sociales en el marco de la pandemia y, finalmente, e) elementos retomados de mi propia experiencia como habitante de la ciudad de Cali, Colombia, y habitante parcial del Conglomerado Oriente.

Sobre los jóvenes involucrados en esta investigación.

Es importante aclarar que la elección de la población objeto de esta investigación estuvo basada en varios criterios. El primer criterio consistió en que fueran personas nacidas durante la última etapa de crecimiento y transformación significativa del oriente de Cali, acotada por Jesús González (2012) a la década de los noventa, momento en que inició la intervención de agencias inmobiliarias en el sector. Este criterio radica en la intención de que los informantes no hicieran parte de las primeras oleadas migratorias, buscando que su posición generacional estuviera en un punto intermedio entre los primeros urbanizadores informales del oriente —en su mayoría migrantes—, y los niños nacidos en la última década, cuyos padres en su mayoría crecieron en la ciudad de Cali. Es decir, buscando que nuestros informantes fueran cercanos a lo que Alejandro Grimson (2011) define como una frontera cultural, un escenario de intercambio y cruce entre dos sistemas de significado, en este caso entre las comunidades de origen y la ciudad. En segundo lugar, la aproximación a este segmento se da en términos prácticos, pues es este el nicho poblacional al que tengo un acceso más orgánico y con el que he establecido vínculos anteriores al desarrollo de la investigación.

Una vez aclarado lo anterior, quiero presentar de manera general a los jóvenes y grupos que hicieron parte de este trabajo, con la intención de comprender a nuestros informantes en función de las distintas posiciones que ocupan en el entramado social. Para este propósito he elegido algunos elementos que considero relevantes para su descripción: principalmente su edad, el lugar en el que residen y su acceso a la educación superior, además de elementos biográficos que nos permitirán comprender su relación con el

corredor oriental, etc. Algunos de los nombres de los informantes fueron cambiados por solicitud de ellos mismos, o, en algunos casos, de manera arbitraria para evitar comprometer la integridad de las personas cuando la información dada los podría poner en riesgo.

Entre los actores más relevantes para el desarrollo de este trabajo tenemos a *Rocky14* y a *Helena*, ambos de 29 años, crecieron en la comuna 14 en los barrios de Puertas del Sol y Villa San Marcos, respectivamente. Durante la estancia de campo inicial Helena vivía en Puertas del Sol, en su casa materna, mientras Rocky14 había tenido que mudarse a la comuna 8, al barrio Villacolombia, por amenazas que recibió por parte de sus vecinos en el barrio Villa San Marcos. Durante la estancia de profundización ambos se habían mudado, como pareja, a otro barrio de la ciudad, alejado del oriente. Vale la pena señalar que tanto Helena como Rocky 14 completaron su formación de pregrado y actualmente trabajan en ámbitos académicos. Sus reflexiones, surgidas de su experiencia personal y de su enorme capacidad de análisis del contexto en el que crecieron, fueron fundamentales para el desarrollo de este trabajo.

Por otro lado, tenemos a *Juan* y *Fabian*, hermanos de 24 y 28 años respectivamente, habitantes del barrio La Paz, en la comuna 13. Aunque ambos concluyeron su formación secundaria, solo Fabian continuó con una formación técnica en electricidad. Ambos se dedican a labores relacionadas con la construcción, mantenimiento y reparación de infraestructura. Viven en la casa familiar, en la que también residen su abuela, su padre y su madre —separados—, y la novia de Fabián. Por distintos motivos, que explicaremos a lo largo de los capítulos, su familia ha transitado por numerosos barrios del oriente de la ciudad entre los que se encuentran El Rodeo, Calimio y La Paz. Considero importante señalar que Juan y Fabian son miembros de mi familia, lo que me permitió un acercamiento más constante y al mismo tiempo ocasionó dificultades al mantener los tópicos de las conversaciones y el registro sistemático de todas sus intervenciones.

Otra informante que aparecerá a lo largo del documento es *Ana*, que, como explicaba, es habitante de la comuna 13, tiene 25 años, y vive en su casa materna junto a sus padres, su hermano y su hijo, de alrededor de tres años. Ana trabaja en diferentes proyectos de intervención comunitaria y tiene un papel articulador en su contexto inmediato. Uno de los grupos con los que trabaja es La Barra, un colectivo de alrededor de quince jóvenes miembros y exmiembros de pandillas del sector, que hacen parte de un programa impulsado desde la alcaldía municipal para transformar sus proyectos de vida y ofrecerles posibilidades de empleo.

Los jóvenes de La Barra, jóvenes de entre 18 y 25 años —*Cumbamba*, *Christian*, *Maye*, *La Chola*, *Dayana borrador* y *Dayana*—, con quienes tuve una aproximación más superficial, son en general desempleados o trabajadores informales, algunos de ellos

concluyeron su formación secundaria y otros están en proceso de validarla; todos asisten a las actividades llevadas a cabo por la alcaldía con la expectativa de obtener alguna posibilidad de empleo.

Otros de los informantes con quienes establecí contacto durante la estancia de profundización fueron *Camilo, David*, ambos de 26 años y *Gabriela*, de 24. Todos ellos son estudiantes de pregrado de una universidad pública de la ciudad, y se desenvuelven en el ámbito de la educación, las ciencias sociales y las humanidades, respectivamente. Camilo, vive entre las comunas 6 y 7, hace parte de un colectivo que reivindica la negritud en la ciudad de Cali, participando también de actividades desarrolladas por la Casa Cultural el Chontaduro. David vive en la comuna 13, es miembro de un proyecto educativo llamado Preicfes Pablo Freire que brinda nivelación académica a jóvenes del oriente de Cali con el objetivo de aumentar sus posibilidades de acceder a la educación superior. Ambos se reconocen como hombres negros y hacen parte de la Resistencia Antirracista de la ciudad de Cali.

David y Camilo se encuentran también vinculados a la Casa Cultural el Chontaduro, a la que tuve la posibilidad de aproximarme durante la estancia de profundización iniciando un trabajo de educación complementaria que se mantiene vigente con un grupo de niños de entre 10 y 15 años. A la Casa Cultural el Chontaduro también pertenece *Debay*, habitante de un municipio vecino del oriente de Cali: Candelaria. Debay, de 26 años, participa principalmente en un espacio de formación política de mujeres del oriente de Cali, en el que propician reflexiones sobre el género, la pertenencia étnica y la experiencia de habitar el oriente de la ciudad.

Finalmente tenemos a *Andres*, de 23 años, habitante de la comuna 6. Andrés concluyó su formación secundaria y actualmente es conductor de vehículos de carga, vive en su casa paterna en el barrio Floralia, en el que reside la mayor parte de su familia, que fue una de las pioneras en el proceso de urbanización de esta comuna. Andrés es también un amigo cercano de mi familia, por lo que la información aportada por él es abundante, aunque el registro de esta es parcial, por la dificultad de grabar todas nuestras conversaciones.

Estrategias de análisis

Las entrevistas a los informantes estuvieron orientadas por tres categorías construidas a partir de la revisión de la literatura y las intenciones iniciales del trabajo:

- a) Una dimensión histórica en la que se indagó a partir de preguntas sobre la llegada de las familias de los informantes a la ciudad de Cali y su proceso de emplazamiento en el oriente de la ciudad.
- b) Una dimensión autobiográfica relacionada con la propia historia de los informantes en relación con el oriente: el tiempo que llevan viviendo en esta zona de la ciudad, los eventos significativos de su historia personal, las relaciones que han establecido con otros espacios en la ciudad de Cali y la descripción que realizan de sí mismos.
- c) Una dimensión experiencial del espacio que indagó por sus apreciaciones acerca del oriente de Cali, su extensión geográfica, sus características, sus semejanzas y diferencias con el “resto de la ciudad”, y sus transformaciones en el tiempo que ellos lo han habitado.

La información recolectada durante las primeras entrevistas dio lugar a la introducción de preguntas relacionadas con otros tópicos:

- d) La pertenencia étnica de los informantes, solo en los casos en los que este tema cobró relevancia en las narrativas identitarias de estos actores.
- e) Las experiencias de violencia vividas por los habitantes del oriente en dos líneas: violencia económica a partir de la precarización de la vida, producida por la distribución inequitativa de la riqueza y las oportunidades; e inseguridad, relacionada con los episodios de robos, amenazas y asesinatos que aparecen constantemente en las narraciones de los entrevistados.

Para la etapa de análisis quise retomar algunos elementos de lo que desde la psicología y las ciencias del comportamiento se ha denominado *análisis narrativo* (Crossley, 2007; Capella, 2013). Desde este paradigma, que traté de exponer brevemente en el apartado sobre identidad y territorio, se asume que en las enunciaciones y prácticas de los sujetos es posible rastrear núcleos de significado. Teniendo en cuenta que la información recolectada adquirió principalmente la forma de relatos —incluyendo las actividades desarrolladas por los jóvenes y consignadas en el diario de campo—, el análisis narrativo se convirtió en una herramienta muy útil.

Si comprendemos los relatos de los informantes y sus actividades culturales y políticas, como ejercicios narrativos a partir de los cuales buscan conciliar las versiones preestablecidas de la realidad —las ideologías en términos de Aguado y Portal (1992)— y su propia experiencia vital, podemos asumir, como lo dice Claudia Capella (2013), que las narrativas identitarias presentan una selección de los eventos significativos realizada por los sujetos, y por tanto nos revelan, no solo su visión de sí mismos, sino su noción del mundo que habitan. En esta medida es posible analizar tópicos, patrones y recursos

utilizados por las personas para construir su interpretación sobre el mundo, lo que Catherine Riessman (2008) denomina un análisis temático de las narrativas. Además, nos dice esta autora, es necesario realizar un análisis performativo, es decir un análisis de la manera como se expresan estas narraciones en presencia del investigador y de otros actores del contexto estudiado.

Atendiendo a lo anterior, toda la información recolectada a través de las entrevistas fue sistematizada, junto a los elementos registrados en el diario de campo y los datos recogidos a través de redes sociales, en cinco categorías de análisis, cuya separación es artificial y se da solo con objetivos prácticos, pues en la realidad estas dimensiones se cruzan permanentemente.

Primero una *dimensión autobiográfica*, relacionada con las narraciones de los entrevistados que se dan en clave histórica: referencias al proceso de poblamiento de la zona y a su historia personal en relación con el oriente. En esta categoría el componente de la migración y el movimiento tomó muchísima fuerza durante las entrevistas por lo que trataremos de analizarlo en el primer capítulo de este trabajo.

La segunda fue una *dimensión espacial*, que alude a los procesos de territorialización, las percepciones y experiencias de los sujetos relacionadas con el uso y los significados del espacio correspondiente al oriente de Cali, y su distinción frente al resto de la ciudad. Este tema se abordará en el segundo capítulo.

En tercer lugar, estuvo la *dimensión económica*, referida a las posibilidades e imposibilidades de integración de estos jóvenes a las lógicas económicas dominantes, sus experiencias en la informalidad y sus principales fuentes de recursos. A continuación, la *dimensión de la violencia*, relacionada con las experiencias de inseguridad y vulneración vividas en el oriente de la ciudad. Como veremos, la dimensión de la violencia está estrechamente ligada a todas las otras categorías, pero especialmente a las narraciones sobre la precariedad económica. Trataré de profundizar en estas dos dimensiones durante el tercer capítulo.

Por último, quise añadir una categoría de análisis relacionada con la *pertenencia étnica*. Si bien el componente étnico racial no fue un elemento que resaltara particularmente en las entrevistas que realicé, salvo en los casos de jóvenes con vínculos a organizaciones que reivindican la negritud en la ciudad de Cali; este es un eje fundamental para la comprensión de la segmentación urbana, y es una vía sobre la que se han desarrollado múltiples investigaciones que pretenden comprender el oriente de la ciudad. Si bien el tema de las identidades étnicas no es un campo al que me haya aproximado antes, el trabajo me obligó a comprender que tratar de pensar la ciudad de Cali evitando el

abordaje de lo étnico-racial es absurdo, por lo que, pese a mi falta de experiencia, intentaré abordar este tema en el cuarto capítulo.

Finalmente, y como un ejercicio que pretendió acercarse a la auto-etnografía, quise abrir cada uno de los capítulos con una breve descripción de algunas de mis experiencias en el oriente de la ciudad de Cali, como una manera de aproximar a los lectores a la comprensión de este sector en un proceso de mediación, utilizando el estilo de la crónica como herramienta para el trabajo etnográfico. Espero que estos breves incisos sean de utilidad.

1. CALI, UNA CIUDAD CON VOCACIÓN DE PUERTO SECO⁷.

Primer capítulo

Nací en Calipso, en la comuna 13, uno de los barrios que están justo en el límite de lo que popularmente se conoce como el Distrito de Aguablanca. No sé cómo llegó mi familia a esa casa. Mi abuelo materno venía de Neiva y mi abuela materna había nacido en Cali. Nunca tuvieron un lugar de residencia fijo ni adquirieron alguna propiedad. Cuando mi abuelo murió, mi abuela y mis tíos empezaron a moverse por muchos lugares, vivieron en Villavicencio, en Cúcuta, en Venezuela, en Buga, pero finalmente se instalaron en Cali, donde se conocieron mis padres.

Mi familia paterna venía de Nariño, del sur de Colombia, límite con Ecuador. Migraron buscando mejores oportunidades en Cali y se instalaron en barrio El Rodeo, cuando lo que hoy corresponde a la comuna 12 aún eran lotes baldíos en pleno proceso de ocupación. Pasados un poco más de dos años desde mi nacimiento, a raíz de la muerte de mi padre, nos mudamos a otro barrio llamado “El Paraiso”, que queda cruzando la avenida Simón Bolívar, haciéndonos vecinas de mi familia paterna.

Finalizando los años noventa las lógicas de la violencia y la falta de oportunidades en Colombia produjeron migraciones masivas de varones jóvenes hacia España y Estados Unidos. En esa época una gran parte de mi familia materna migró al extranjero y yo pasé a vivir a una casa en la comuna 5, más integrada a la “ciudad central”. En esa casa vivimos durante 12 años, y aunque no estábamos en un contexto propiamente seguro, algo en el entorno daba la sensación de estar en un “mejor lugar”, habíamos dejado de vivir en el oriente para vivir en el norte, pero las cosas no eran tan distintas. Estábamos sobre una calle peatonal frente a unas grandes bodegas que funcionaron como plaza de mercado, discoteca y gimnasio. Vivíamos junto a una esquina en la que también funcionó durante muchos años una cantina que luego se convirtió en una panadería. Siempre hubo muchísimo ruido y movimiento.

Alrededor del 2012 nos mudamos a otro barrio de la comuna 6, que implicaba menos gastos porque se encontraba atravesando la Simón Bolívar, hacia el oriente. La zona era mucho más residencial que la anterior, pero las casas estaban muy juntas. Lo más característico de ese barrio era el ruido constante de la música que salía de las casas, y un olor desagradable que, durante las horas más calurosas del día, venía desde el canal de la CVC y la planta de tratamiento de aguas residuales que se encontraba detrás del barrio, al otro lado de la Avenida Ciudad de Cali. Ahí viví por dos años más.

Mi familia paterna, que levantó los muros de su casa en los tiempos de ocupación del lote baldío que ahora es el Rodeo, se mudó también a otros barrios, manteniéndose siempre en el oriente de la ciudad. Fueron a vivir primero a Calimio, tratando de sacar adelante un negocio, pero luego volvieron al Rodeo, tras la muerte del hijo mayor, asesinado por riñas entre hinchas de fútbol. Ahora viven en La Paz, en la comuna 13. Algunas de sus voces aparecerán a lo largo del trabajo.

Este relato, que es el mío, refleja, como veremos más adelante, algunos elementos en común con las narrativas identitarias de los informantes: el movimiento permanente, el desconocimiento de una historia más allá de la vivida, la necesidad de encontrar un lugar de arraigo y la paradójica

⁷ Esta metáfora es tomada del texto de Vidal, F. (2006) *Imaginario del habitar la ciudad*. En: Ayala, A. (comp.) *Memorias para pensar la ciudad*. Bellas Artes. Facultad de Artes Escénicas. Cali.

resistencia a hacerlo. Pero antes de adentrarnos en la experiencia de la marginalidad a partir de otros relatos, es importante tomar en consideración algunos elementos de la versión oficial de la ciudad de Cali: la Historia de la ciudad.

1.1 Panorama histórico de la ciudad de Cali.

Más que el resultado de la dominación de poblaciones indígenas —casi todas exterminadas en la región—, las urbes que el “Nuevo Mundo” estableció en lo que hoy es territorio colombiano fueron asentamientos improvisados que buscaban principalmente dar cumplimiento a las exigencias de la corona española. Altas demandas de explotación minera, agropecuaria, trasbordo de personas y mercancías, o asignación de tierras para las encomiendas, dieron lugar el siglo XVI y el XVII a las grandes ciudades que existen hoy en Colombia (Vázquez, 1980).

Cali, particularmente, tuvo muchas funciones, todas ellas asociadas a su ubicación estratégica y a su posibilidad de ser un punto vinculante entre regiones dadas sus características: una zona accesible —por estar ubicada en un valle geográfico—, conectada con la salida al océano pacífico a través del puerto de Buenaventura, con la ciudad de Popayán y el camino al sur del continente, con Santa Fe de Antioquia al norte, y una ruta relativamente sencilla hacia el centro del país a través de la cordillera central (ver imagen 1). Hay que recordar que las condiciones geográficas de Colombia fueron desde la conquista y son hasta ahora, un elemento fundamental para comprender la fragmentación, e incluso aislamiento cultural y político, de lo que muchos se aventuran a llamar la nación colombiana (Palacios y Saford, 2012).

Desde su fundación, y hasta ya entrado el siglo XX, la ciudad de Santiago de Cali, o simplemente Cali, fue un escenario poco significativo en términos económicos y políticos, valorado exclusivamente como un lugar de tránsito de mercancías. Nos dice Óscar Ramos (2006) que, incluso en épocas anteriores a la conquista, la región correspondiente al Valle del Río Cauca, dónde hoy está emplazada la ciudad, era igualmente diversa y dispersa, por lo que “no hay desde entonces un caleño que tenga la misma vivencia del otro” (p.157).

Las tierras caleñas, inicialmente distribuidas entre las encomiendas y usadas exclusivamente para el autoabastecimiento, pasaron a ser zona de explotación para el suministro de alimentos y herramientas durante la bonanza minera en el Litoral Pacífico a mediados del siglo XVIII. En esta época se agudizó la introducción de mano de obra

esclava. En 1796 había en Cali 1106 esclavos negros, que eran ya el 17% de la población total, conformada por 6548 personas. Para mediados del siglo XVIII ya toda la tierra cultivable de la ciudad estaba en manos de grandes hacendados (Vázquez, 1980).

La caída de la minería en el Litoral Pacífico dio paso al comercio de cacao, café y tabaco con las ciudades de Palmira y Popayán, y una segregación inicial de indígenas y negros

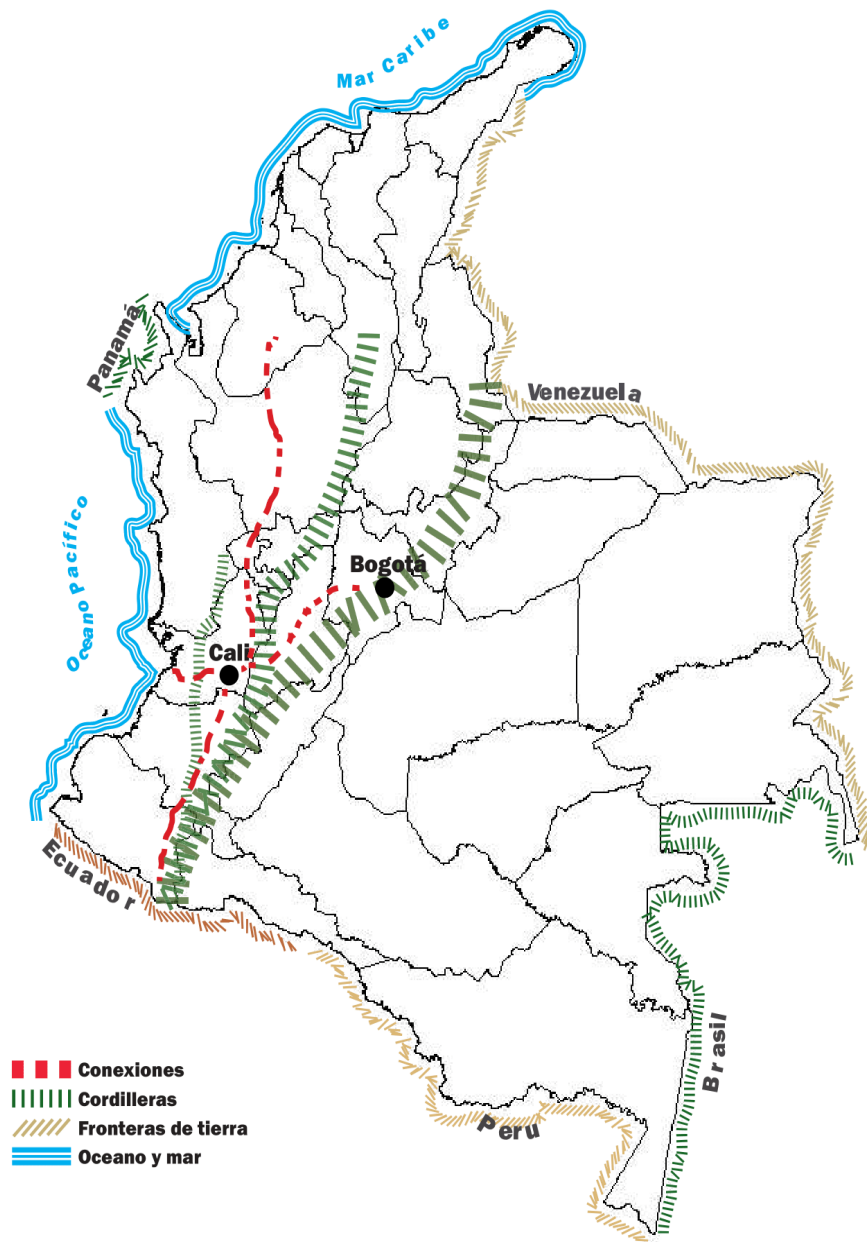


Imagen 1: Mapa de Colombia con ubicación de Cali y relación aproximada de la ciudad con la geografía nacional. Autoría propia.

a la periferia oriental de la ciudad, en los caminos que conducían hacia Juanchito, Navarro, Candelaria, Palmeras y Cerrito, desde donde llevaban sus mercancías para vender en la plaza central una o dos veces por semana. Vino nuevamente la escasez con las guerras de independencia del siglo XIX. Para ese entonces, la reubicación de los grupos de esclavos liberados dispersó la población hacia el oriente, sin modificar la distribución original de las parcelas, que excluía a indígenas y negros. Llegaron entonces períodos de relativa prosperidad debidos a la redistribución parcial de las haciendas efectuada desde el proyecto independentista, para luego enfrentar una nueva crisis motivada por las guerras civiles de finales de siglo.

Es el siglo XX y el apogeo de la industria en el territorio colombiano, lo que marca un nuevo rumbo para la ciudad de Cali. Como lo asegura Pedro Martínez Toro (2018) "identificamos una fase compacta y monocéntrica que va desde la fundación colonial de la ciudad en el siglo XVI hasta 1920" (p.8), en la cual hubo una relativa estabilidad en términos de la composición demográfica de la ciudad y sus dinámicas económicas. Pero la ciudad, tal y como la conocemos ahora, es un producto del siglo XX, un resultado de la arremetida de la revolución industrial, de efectos tardíos en Latinoamérica.

1.2 El despegue industrial de Santiago de Cali

Fue en el siglo XX cuando Cali cambió de ritmo. La ciudad, que para 1920 contaba con cerca de cincuenta mil habitantes y seis barrios -San Francisco, La Merced, San Antonio, Santa Librada, San Nicolas y Santa Rosa-, se vio presa de explosiones demográficas recurrentes que la llevaron a alcanzar los novecientos mil habitantes para la década de 1970 (Escobar, 2009).

Cali, como la conocemos, se posicionó como la principal ciudad del suroccidente colombiano —sobrepasando a la tradicional Popayán—, debido a los entronques comerciales que movilizaron la economía de la región alrededor de 1930 y al despegue de la industria nacional y sus consiguientes migraciones (Cabrera, Nieto y Giraldo, 2017). En este período Cali tuvo un impulso industrial importante que al principio incluyó cervecerías, tabacaleras, fabricación de muebles, jabones, manufactura, químicos y material de construcción; finalmente la industria cañera se hizo dominante en el Valle del Cauca y Cali nuevamente se estableció como un centro de comercio.

Son varios los episodios detonantes de esta transformación: la conclusión del Ferrocarril del Pacífico, que conectaba de manera más eficiente y segura la ciudad de Cali con el puerto de Buenaventura, posicionado para ese momento -debido a la apertura del canal de Panamá- como el principal puerto del pacífico; y la migración de población desde la región de Antioquia hacia lo que en ese entonces se conocía como el Valle alto del Río

Cauca, hoy eje cafetero, que elevó el comercio de café, activó económica y fortaleció la relación entre el suroccidente y el centro del país (Vásquez, 1980). Así mismo, fueron episodios relevantes la designación de la ciudad como capital del departamento del Valle del Cauca en 1910, y la “construcción del tranvía (1912) que conecta al centro urbano de Cali con el puerto fluvial sobre el río Cauca” (Martínez-Toro, 2018, p.12).

Sin embargo, debemos también analizar las transformaciones de la ciudad de Cali en el marco de las lógicas de dependencia que han definido las trayectorias de las urbes latinoamericanas. Pedro Martínez Toro (2018) nos dice que el crecimiento de Cali se encuentra amarrado a la Misión Chardon, que implicó la compra y despojo de enormes porciones del territorio del Valle del Cauca para el desarrollo de los ingenios azucareros. Así mismo, debemos tener en cuenta el despliegue de políticas nacionales de vivienda en los años setenta que favorecieron el desplazamiento desde el campo a la ciudad y agudizaron la concentración de la tierra en el país; y, a nivel local, la aparición de la Corporación autónoma regional del Valle del Cauca (CVC) como entidad de control de las inundaciones y agente de un reordenamiento que favoreció el desarrollo agroindustrial de los ingenios.

Desde este momento a Cali llegaron personas de todas partes del país, en especial del suroccidente, especialmente negros, a construir lo que hoy conocemos. Como nos dice Fernando Vidal (2006) “Cali es una ciudad con vocación de puerto seco. Desde la colonia fue un sitio de paso y encuentro, quizá por eso su sentido de civismo”. Pero hace falta describir un tercer momento, el que vino a partir de los años setenta y que consolidó las zonas marginales de la ciudad, particularmente la zona oriente, que es objeto de esta investigación.

1.3 La ciudad neoliberal: la constitución de los márgenes caleños

Sobre el poblamiento de las zonas periféricas de Cali, sabemos que inició entre los años cuarenta y setenta debido al auge industrial y empresarial. Este crecimiento ocurrió desde el entonces límite nororiental de la ciudad, hacia el valle de inundación del Río Cauca y en la pronunciación leve de la cordillera occidental que enmarca el poniente de la ciudad: creando lo que hoy se conoce como el Conglomerado Oriente y el Conglomerado Ladera, respectivamente (Alcaldía de Cali, 2011) (Ver Imagen 2).

La configuración de la Ladera y del oriente ha sido producto de migraciones regionales desencadenadas por desastres naturales, búsqueda de oportunidades de empleo, educación y acceso a servicios, y principalmente por desplazamientos producidos por el conflicto armado y el narcotráfico. La mayor parte de la migración ocurrió entre los años

setenta y noventa, y provino del pacífico chocoano, vallecaucano y nariñense, del macizo caucano y de la región cafetera del país (Caldas, Risaralda y Quindío).

Este proceso de poblamiento inició con la ocupación informal y la creación de vecindades principalmente a través de *redes de compadrazgo* o *paisanaje* (Adler, 1998), y la posterior urbanización conseguida a través de la presión organizativa, la autogestión y la conformación de grupos urbanos insurgentes. Sin embargo, a la fecha, una gran parte de este territorio aún no ha pasado por procesos de urbanización, adecuación de servicios públicos o titulación de lotes, y mucho menos por procesos de integración económica, política o cultural. Jesús González (2012), nos permite rastrear tres momentos fundamentales en el proceso de poblamiento de las zonas periféricas de Cali:

Primero, nos dice González, en los años sesenta se generaron fuertes oleadas migratorias desde los departamentos del Cauca, Nariño, Chocó y Putumayo, y aunque este éxodo fue impulsado por distintas causas —en su mayoría violentas—, es posible afirmar que la ciudad de Cali se presentaba para ese momento como un escenario de oportunidades laborales, debido al crecimiento de su industria y su economía.

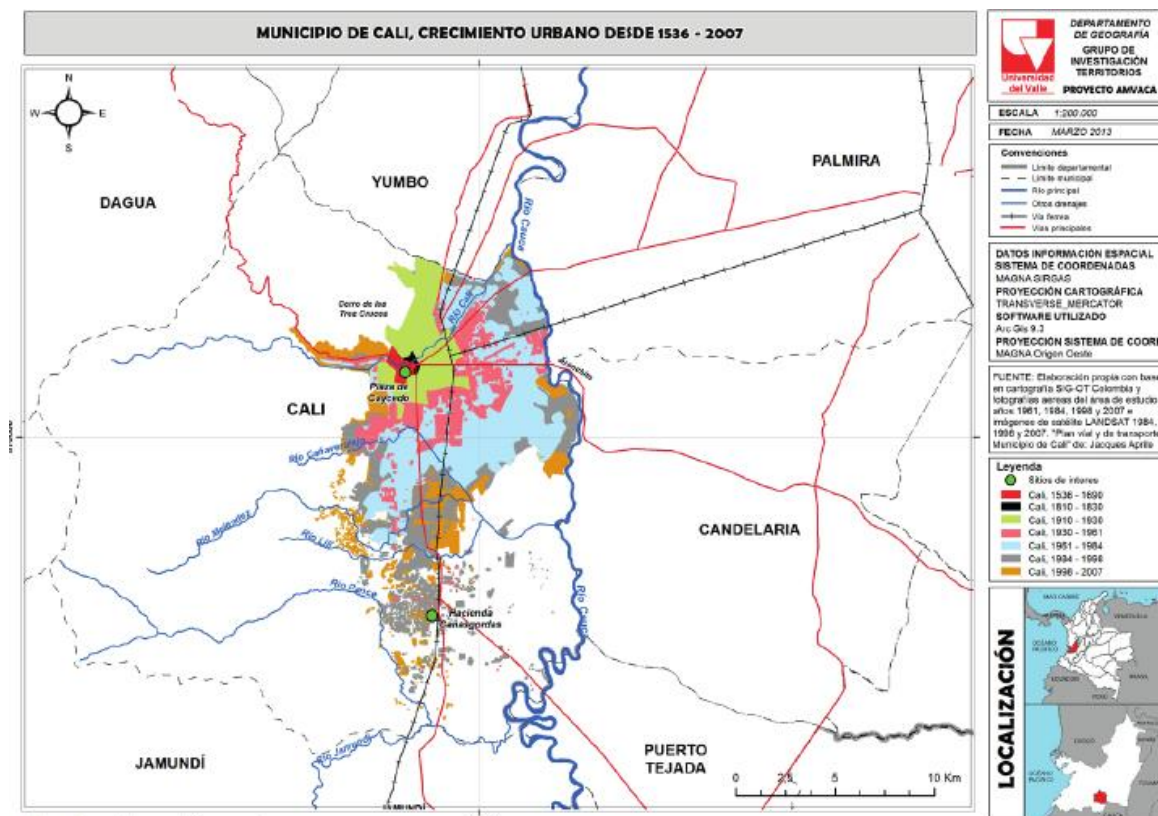


Imagen 2: Crecimiento de Cali entre 1536 y 2007. Tomada de Martínez-Toro (2018:11)

Finalizando los años setenta e iniciando los ochenta, el autor ubica un segundo momento relacionado, primero con la venta engañosa de lotes a migrantes y desplazados por parte

de funcionarios públicos y falsas organizaciones inmobiliarias, y segundo con la recuperación de tierras por parte de familias, redes de colonos, organizaciones religiosas y grupos urbanos insurgentes.

Finalmente, González (2012) señala un tercer momento ocurrido durante los años noventa, que fue la creación de zonas residenciales de interés social para la ubicación de población desplazada o de escasos recursos, facilitando el acceso a la vivienda propia.

Cuando hablamos específicamente de la ocupación de la periferia oriental de la ciudad de Cali debemos remitirnos hasta tiempos de la colonia, cuando allí eran relegados los indios y negros que no podían ser pagados por los hacendados, a los actuales municipios de Juanchito, Candelaria, Navarro, Palmeras y Cerrito, y quienes con el cultivo de la tierra abastecían el mercado central de la ciudad una o dos veces por semana. Sin embargo, la ocupación masiva del oriente ocurrió ya entrado el siglo XX, junto a la desecación de la ribera de inundación del Río Cauca. El poblamiento inició con los trabajadores de la zona, que anteriormente funcionaba como terreno de cultivo de millo, y fue alentado por migraciones desde el pacífico sur, que derivaron en la composición mayoritariamente negra e indígena de estos barrios (Urrea y Murillo, 1999). Una cita literaria de Eustaquio Palacios ilustra vivamente lo que era el oriente de Cali antes de la explosión demográfica:

Catayá se denominaba la llanura que luego fue bautizada con el bello nombre de Aguablanca. En tiempos de sequía estos terrenos estaban cultivados con plátano, maíz y cacao, pertenecientes a diferentes dueños. En épocas de lluvia la laguna ofrecía preciado espectáculo: desde el segundo piso de algunos edificios de la ciudad se la admiraba como un enorme espejo deslumbrante. En épocas de lluvias, coincidiendo con los desbordes del Cauca, se extendía muellemente por el llano y sobre la tersa igualdad de sus ondas se deslizaban filas innumerables de garzas, de iguazas, de patas y garzones, y de tiempo en tiempo rayaba su superficie una canoa o una balsa, portadora de frutos, de preferencia plátanos que llevaba de bogador un negro vigoroso. (Palacios, 1940, p.169)



Imagen 3: Panorámica de Cali con la Ciénaga de Aguablanca al fondo, Foto Escarria, 1929. Tomado de UNIDAD DE PLANIFICACIÓN URBANA 4 –AGUABLANCADOCUMENTO TÉCNICO DESOPORTE – ACUERDO 0433 DE 2017. <https://www.cali.gov.co/info/viewpdf/pdf1540170632.pdf>

1.4 El Conglomerado Oriente y el Distrito de Aguablanca

El corredor oriental de la ciudad de Cali, o Conglomerado Oriente, como es denominado en algunos documentos institucionales e investigaciones, es una de las zonas periféricas con procesos autónomos de urbanización (autoconstrucción) y ocupación más estudiadas y analizadas en la ciudad. No obstante, la noción de Conglomerado oriente, o corredor oriental no resulta tan popular como la de Distrito de Aguablanca, que ha sido la denominación que tradicionalmente se ha dado a este sector de la ciudad. Sin embargo, existen disonancias respecto a estas dos concepciones que parecieran no referirse a lo mismo. Este es un elemento interesante para la investigación en relación con la significación que los habitantes del oriente hacen del espacio y sus procesos de territorialización, por lo que ampliaremos el análisis de esta situación en el siguiente capítulo.

Por ahora, podemos decir que, en términos generales, las comunas que corresponden al Conglomerado Oriente son la 6, 7, 13, 14, 15 y 21 (Ver Imagen 4), esto según el informe realizado por el Departamento Administrativo De Planeación Municipal y la Subdirección De Desarrollo Integral (Alcaldía de Cali, 2011) —basado en el Sistema de Indicadores de

Inclusión Social (SIISAS), y en la compilación de Barbary y Urrea (2004) sobre las dinámicas sociopolíticas en Cali y el Pacífico—.

Uno de los elementos comunes a este corredor oriental es el lugar que ocupa en el devenir histórico de la ciudad de Cali. Como pudimos observar en la Imagen 3, el levantamiento del oriente de Cali es producto de los años setenta y noventa, momento en el que la ciudad busca incorporarse al capitalismo globalizado: Cali trata de modernizarse para el desarrollo de los VI Juegos Panamericanos de 1971; y el Estado inicia sus políticas de fortalecimiento del sector privado —empezando por el inmobiliario— y la ejecución de planes de desarrollo que favorecieron el desplazamiento del campo a la ciudad. Debido a esto, el oriente de Cali se puebla de migrantes que llegan para levantar el proyecto modernizador, pero que, paradójicamente, recurren en su mayoría a la ocupación de lotes baldíos y la autoconstrucción en el antiguo Valle de Inundación del Río Cauca.

Ya en los años noventa inicia la intervención del Estado en el proceso de urbanización del oriente, preocupado por la expansión masiva, desordenada, pero sobre todo poco rentable, de la ciudad. Nuevamente esta intervención se da a través de la financiación a la oferta y el desarrollo de proyectos de vivienda de interés social en este sector.

Hay una constante en el desarrollo urbano de la ciudad de Cali y su entorno metropolitano: sus contradicciones socioespaciales. La contienda de clases de la ciudad colonial, convertida en contradicciones socioespaciales de calidad, localización y derechos en la oferta residencial diferenciada por y para segmentos socioeconómicos se ha agudizado con la intrusión reciente, brutal y dictatorial del capital financiero globalizado en el crecimiento urbano, el cual se tradujo en especulación⁸ (Martínez-Toro, 2018, p. 15)

Como vemos, la consolidación del conglomerado oriente es relativamente reciente en la historia de la ciudad, completando alrededor de medio siglo. Pero además es lo que Óscar Becerra (2006)⁹ llama un proceso de “Amalgamiento”, resultado de un proyecto económico nacional, de las migraciones provocadas por la búsqueda de oportunidades en una ciudad prometedora, y de los convulsionados episodios de violencia que azotaron al país durante las últimas décadas del siglo XX.

⁸ Martínez-Toro, P. (2018) Op. Cit. Pág. 15.

⁹ Op. Cit.

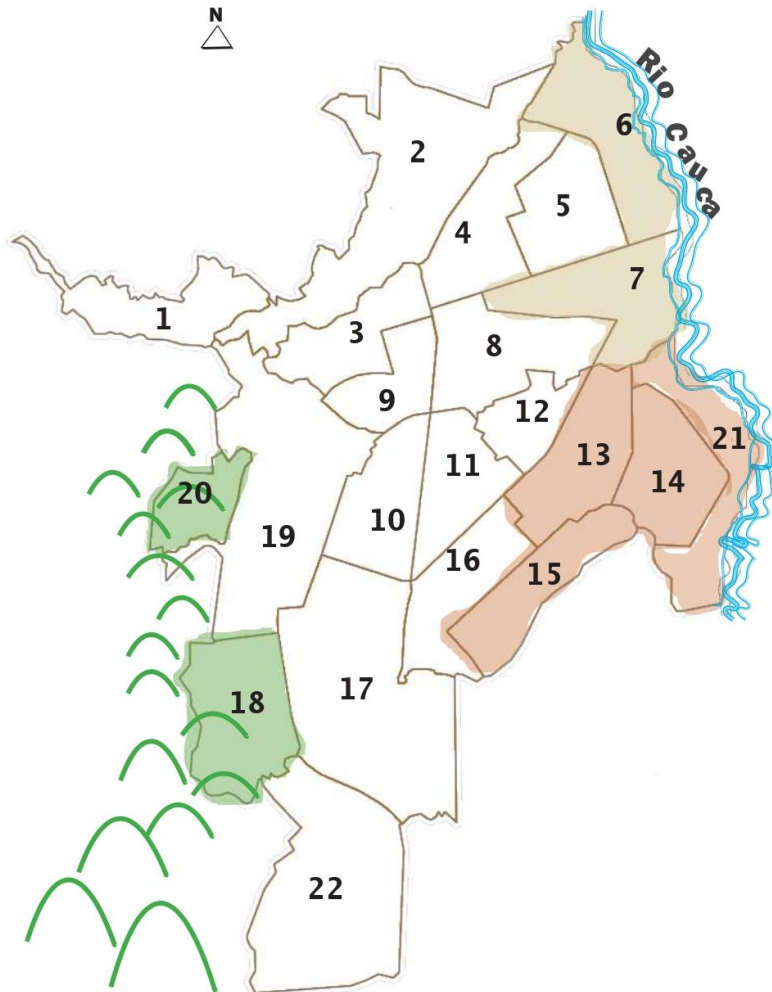


Imagen 4: Mapa de Cali. A la izquierda comunas que forman parte del Conglomerado Oriente. Autoría propia.

1.5 Migración: Cali como una ciudad de la impermanencia.

En medio de este vaivén económico-político que ha dado forma a la ciudad de Cali, podemos aceptar, como lo asegura Óscar Ramos (2006), que uno de los signos que define a la ciudad, y quizá al corredor oriental, es el de la *impermanencia*. Si bien las lógicas de la migración y movimiento son un denominador común de las grandes ciudades —siempre hechas de gente que llega—, es interesante señalar la vigencia de este fenómeno en el corredor oriental de la ciudad de Cali, que se presenta como un territorio en permanente construcción.

Portal y Ziri3n (2019) nos ofrecen una met3fora muy ilustrativa de las periferias al describirlas como membranas: escenarios de intercambio permanente con el exterior, en donde ocurren procesos de convergencia cultural. Aunque la informaci3n recogida en esta investigaci3n no nos permite hablar en general de las periferias de la ciudad de Cali como una membrana, podemos decir, sin temor a equivocarnos, que todos los j3venes entrevistados para este proyecto narraron experiencias de migraci3n que hacen parte de su historia personal, por lo es posible pensar que el corredor oriental constituye actualmente un espacio de circulaci3n cultural y de permanente movilidad.

Existen m3ltiples aproximaciones a las redes de migraci3n que dieron forma a los m3rgenes de la ciudad de Cali, especialmente al margen oriental. Sobre este tema Urrea, Arboleda y Arias (1999), presentan una investigaci3n bastante detallada de los patrones de desplazamiento de las familias que llegaron a la ciudad de Cali en las 3ltimas d3cadas del siglo XX. Estos patrones se asemejan a lo que Adler (1998) describe como redes de compadrazgo, en las que los procesos de desplazamiento se dan de forma encadenada jalonados principalmente por v3nculos afectivos y de solidaridad. En el caso de Cali, nos dicen Urrea *et al* (1999), las mujeres suelen iniciar estas cadenas de migraci3n, impulsadas por posibilidades laborales en el servicio dom3stico, para luego convocar a hijos y hermanas, quienes a su vez convocan a sus propios hijos y esposos a la ciudad.

Este patr3n de ocupaci3n se ve reflejado en muchos de los testimonios recolectados en esta investigaci3n. Camilo, estudiante universitario, habitante de la comuna 6 —que si bien es parte del Conglomerado Oriente no est3 incluida en lo que popularmente se conoce como el Distrito de Aguablanca—, nos cuenta:

Yo soy hijo de migrantes hijos de migrantes. Mi mam3 migr3 de su tierra a Cali, los pap3s de mis pap3s migraron en su momento en Cali, a Puerto Mallarino... Mi mam3 es de Buenaventura, nacida en Buenaventura y criada en el Bajo Calima, hija de un paisa que migr3 a esa zona del pa3s a montar un negocio e hija de la partera del pueblo. Mi mam3, por razones familiares, conoce a mi pap3 en el pueblo y deciden migrar a Cali huyendo de sus problemas familiares... como en el 89 o 90. Mi mam3 no llega al oriente, llega aqu3 a la comuna seis. La familia de mi pap3 es de Puerto Mallarino. Mi abuela tambi3n migr3 a Cali. Mi abuela ha viajado por muchas partes trabajando en casas de familia, en restaurantes y dem3s. La familia, casi toda de ella es del Cauca. Su pap3 es del Cauca, de un corregimiento de Florida que se llama Chocosito. Mi abuela decide migrar a Cali buscando trabajo. En Puerto Mallarino conoce a mi abuelo que ven3a del Choc3, y de esa uni3n nace mi pap3. Y fuera de eso soy una mezcla de muchas cosas, de much3simas.

Esta intervenci3n hace evidente, a partir de las numerosas intersecciones y desplazamientos rastreados por Camilo hasta dos generaciones atr3s, que la ciudad de Cali, como asegura Fernando Urrea (2012) "es un epicentro regional de confluencia de poblaciones con trayectorias diferenciadas y desiguales" (p.29), pero adem3s nos

muestra la preminencia de la dimensión económica como motivación del desplazamiento, al menos durante las primeras etapas de construcción del corredor oriental.

En esta misma vía, Juan, de 25 años, habitante del barrio La Paz en la comuna 13, miembro de una familia compuesta por seis personas —abuela materna; padres, que, aunque separados, comparten el mismo domicilio; su hermano Fabián, quien también hace parte de los informantes, y la novia de su hermano, que desde hace unos meses vive en la misma casa— nos dice:

Mi mamá se fue a Pasto como cuatro años, después de la muerte de Che, a trabajar allá. Yo también me fui con ella un año a trabajar, pero no me salió mucho y ese frío me devolvió. La otra semana Fabián va a viajar a Medellín porque le salió un trabajito allá, yo me quería ir, pero voy a esperar.

No se trata solamente de una situación coyuntural que ha obligado a la familia a moverse por motivos económicos. El desplazamiento ha sido una constante en la historia familiar. Fabián, de 27 años, hermano de Juan, relata las numerosas mudanzas que ha hecho la familia:

Nosotros primero vivimos en el Rodeo, donde íbamos al Juan Pablo (refiriéndose a la escuela primaria), de ahí nos fuimos a Calimio, donde mataron a Che, volvimos al Rodeo, primero a la casa de mi abuela; luego vendieron la casa de mi abuela y nos pasamos a la palomera; luego a la casa de la tienda y luego aquí a La Paz. ¡Sí que hemos volteado!

La presencia del desplazamiento en la familia de estos jóvenes parece estar motivada por dos factores: la violencia, que se manifiesta con las constantes referencias a la muerte de Che —hermano mayor—; y la búsqueda de oportunidades económicas, que va desde la intención actual de viajar a la ciudad de Medellín, hasta la primera mudanza a Calimio —otro barrio del corredor oriental—, que ocurrió por motivo de un negocio que los padres habían establecido en la zona alrededor de 2003, y terminó con la trágica muerte del hermano mayor. Un factor relevante, referido ya en otras investigaciones sobre la migración interna en la ciudad, es el desplazamiento que las familias realizan sin alejarse del corredor oriental.

En la investigación de Urrea *et al.* (1999), mencionada unas líneas atrás, aparecen mapas de migración intraurbana que nos enseñan cómo los recién llegados a la ciudad, realizan múltiples movimientos, siempre relativos al corredor oriental y a la mejora de las condiciones para la familia, que se va ampliando con quienes atienden progresivamente al llamado. Al respecto, los autores nos dicen:

La movilidad espacial intraurbana alta o baja hace referencia a los desplazamientos residenciales de la red familiar de un barrio a otro y que por el

fenómeno anterior tienen que ver a la vez con una movilidad social o desplazamiento de reclasamiento espacial –salir a vivir de un área estigmatizada, fuertemente segregada, a una menos estigmatizada o segregada- y que generalmente está asociada a un cambio en las condiciones de inserción al mercado laboral y mejoras en los niveles de escolaridad de los miembros de la red y los hogares que la componen entre una generación y otra. (Urrea *et al.*, 1999, p.8)

En el caso de Juan y Fabián la migración intraurbana no se debió a un proceso de reclasamiento en el que la familia lograra acceder a mejores condiciones laborales, sino todo lo contrario, los episodios de violencia y la quiebra del negocio en Calimio, arrinconaron a la familia a condiciones cada vez más precarias e incluso a la migración de algunos de sus miembros a otras ciudades. La precarización de la vida, aunada al asesinato del hijo mayor, produjo un momento de quiebre en la historia familiar que después de diecisiete años se sigue recordando.

Pero el movimiento no se limita a la migración intraurbana. Ana, de 25 años, integrante de una familia de cinco personas, narra con naturalidad su desplazamiento a otro departamento (estado), explicando las dinámicas delictivas en las que se vio involucrado su hermano y que pusieron en riesgo a su familia durante algún tiempo:

nosotros nos fuimos, por inseguridad nos fuimos tres años a vivir a Ibagué, vivimos en Ibagué tres años, pero yendo y viniendo. Vivíamos en Ibagué, vivíamos en el Espinal, no conocíamos a nadie... nos tocó que regresarnos porque la estadía allá es muy dura, la gente es muy dura también, son muy racistas.

Las motivaciones de estos desplazamientos son diversas. Podemos rastrear episodios de abuso intrafamiliar como detonante de los movimientos, como en el caso de la madre de Camilo.

...mi mamá se fue huyendo de mi papá, y mi tía abuela era la instructora de policía de Calamar, Guaviare, y mi tía la acogió en su casa. Ya cuando mi mamá estuvo estable económicamente vino por nosotros y nos fuimos con ella. Luego hicimos un retorno a Cali por el tema de violencia, del conflicto armado al que nos vimos sometidos nosotros en el pueblo. Eso fue como en el 2004, 2005.

Pero también encontramos casos como el de Rocky14, cuya familia decidió abandonar su casa motivados por las amenazas de los vecinos contra su vida. Lo más importante de este último caso, es la naturalización de la violencia que se hizo evidente durante la entrevista, en una discusión —junto a su novia—, sobre si las amenazas eran legítimas o no, pues por ser una práctica común en la zona —o quizá en la ciudad de Cali, tan imbuida en las lógicas del narcotráfico—, siempre existen dudas sobre la veracidad de la

advertencia. Trataremos de volver al tema de los círculos de violencia en el capítulo tres. Por lo que respecta a este capítulo, nos interesa el hecho de que Rocky14 tuvo que salir de su casa ubicada en barrio Villa San Marcos (comuna 14), al barrio Villacolombia (comuna 8), en un movimiento que parece común entre los habitantes del oriente.

Pero cuente por qué se fue del Distrito —Le pide Helena a Rocky14.

Porque esos negros son muy bullosos. —Responde Rocky14.

Le ofrecieron plomo y le tocó irse de allá, bizco. —Reitera Helena dirigiéndose a mí.

Un testimonio más es el de David, de 25 años, habitante del barrio El Poblado II, en la comuna 13, quien narró los múltiples desplazamientos de su madre en busca de oportunidades económicas, que lo llevaron a él, y a sus hermanas, al movimiento constante durante su infancia y los primeros años de su adolescencia:

Nací aquí en Cali, mi mamá se fue a vivir a M... en Nariño, en ese irse a vivir entre mares y selvas, allá viví un año. Tenía cinco, pero yo me acuerdo perfectamente de todo lo que había y todos los árboles que cortaba. Me encantaba coger pescados vivos, echarlos a un platón y al otro día llorar porque se morían. Volví a Cali, acá viví otro año. Mi mamá decidió volver a irse cerca de dos años. Mi mamá ya había dejado a mis hermanas en una fundación, ella nos cuenta que no quería que creyéramos en el lugar donde nacimos, porque los que nacieron con nosotros ya están muertos o encarcelados, por eso mi mamá creo que lo hizo. Mi mamá se volvió a ir y me quedé con mi madrina, porque se hicieron vínculos y amistades. En ese vivir con mi madrina terminé viviendo con la hija de mi madrina que era muy joven y me fui a vivir con la hija a Florida (municipio del Valle del Cauca), porque pues... maltratos y cosas que uno no quiere ver. Ya estaba grande, tenía siete años, casi ocho. Mi mamá regresó porque, afortunada o desafortunadamente, nunca logró conseguir los recursos ahí. Volví a ver a mi mamá. Estuve tres años con ella en el resguardo y lo recuerdo como una época muy feliz. Yo me iba de temporada de vacaciones a Cali, donde mi madrina, y llegaba una o dos semanas después de que habían iniciado clases.

Así, encontramos entre las narraciones de vida de todos los entrevistados la referencia a la migración de sus padres y abuelos como un elemento común; pero el movimiento no se detuvo con el emplazamiento en la ciudad de Cali. La migración se mantiene como un fenómeno vivo, entre casas de distintos miembros de sus familia o vecinos —como en el caso de David, que vivió algún tiempo con su madrina/vecina y luego con la hija de su madrina, o el caso de Rocky14 que vivió con sus tías durante la migración de su madre a Medellín—, entre barrios casi siempre pertenecientes o relativos al corredor oriental —como en los casos de Juan, Fabían, Rocky 14 y el mío—, o entre municipios —como en los casos de Fabián, Ana, David y Camilo—.

1.6 La historia viva.

Sabemos entonces que existen muchas investigaciones que narran la historia de poblamiento del corredor oriental de la ciudad de Cali, algunas problematizan este sector

de la ciudad en términos urbanísticos, muchas otras abordan el tema de la etnicidad en relación con los desplazamientos de población principalmente negra desde el pacífico norte y sur. Otras investigaciones tratan de desenmarañar las redes de migración y las formas de emplazamiento en la ciudad, y no son pocas las que abordan las formas de organización popular y comunitaria que fueron el germen del, relativamente reciente, Conglomerado Oriente.

De manera casi unánime la literatura coincide en que la ciudad de Cali es básicamente un producto del siglo XX y del despliegue industrial en el territorio colombiano; y en general coinciden también en ubicar históricamente el crecimiento del margen oriental de la ciudad, entre los años setenta y noventa. Podríamos decir que es en este momento cuando el Estado, al menos a nivel local, asumió la inevitabilidad del crecimiento de la ciudad hacia el valle de inundación del Río Cauca, y proporcionó las condiciones para el desarrollo de proyectos inmobiliarios.

Sin embargo, esta historia, que podríamos denominar “la historia oficial” de conformación del Conglomerado Oriente, no aparece en las narraciones identitarias de los jóvenes que hicieron parte de esta investigación. Ante las preguntas por la historia de sus barrios o la historia del lugar donde viven, las respuestas siempre se remiten a la historia personal, a las vivencias de ellos mismos y sus familias. Juan, de 25 años, habitante del barrio La Paz en la comuna 13, responde a estas preguntas diciendo:

No, yo no sé. Esta casa la compró mi papá hace años, en las buenas épocas. Ya estaba construido por aquí, pero poquito, la mayoría de gente tenía las casas a medias, de a poquitos es que se ha ido organizando... Esto cambió fue con la entrada del Mio (transporte masivo local), porque acomodaron las calles. Pero ya. Cuando nosotros llegamos aquí estaba más feo... como más en obra negra y muchos lotes sin construir, pero la gente ha ido acomodando las casas.

Así mismo, su hermano Fabián y Paula, una prima de 24 años que vive muy cerca de la zona, dicen saber muy poco sobre el lugar. Para Juan y Fabián la historia de poblamiento de La Paz no constituye un elemento relevante o central en su narrativa identitaria, y no solo en el caso de La Paz, sino también en el caso del barrio El Rodeo, donde pasaron toda su infancia. Al hablar de este último, la conversación se decanta por la escuela, por los amigos de infancia, por “la muerte del Mono”, “la casa del Gordo y Marieyi”, el tiempo que lleva el Gordo preso y quién se quedó con esa casa. De eso hablamos durante horas.

Esta parece ser una cuestión generalizada. En agosto de 2019, durante uno de los acercamientos de mi *estancia inicial*, realicé una actividad de elaboración de logos y eslóganes con el grupo de La Barra. Esta actividad se dio gracias a Ana, quien es la encargada de conducir y sostener este grupo de trabajo y a quien denominan institucionalmente como *Enlace comunitario*. En la actividad participaron *Cumbamba*,

Christian, Sebastián, Dayana borrador, Dayana, Maye y La Chola. Ninguno de los diseños elaborados por los jóvenes tenía un contenido que remitiera a la historia del territorio.

Los jóvenes, de entre 18 y 25 años, exmiembros, miembros o relativos a pandillas de la zona, referían en sus logos el Gravity Bike, una práctica deportiva de alto riesgo que suele realizarse en las zonas de ladera de algunas ciudades colombianas y que también es conocida como “El Azote”; el fútbol; expectativas como la de poder establecer una peluquería y dedicarse a la elaboración de trenzas —como la de Maye—; la necesidad de ser selectivo con Las amistades; o la angustia que provoca no tener dinero para pagar el pasaje del siguiente día para asistir a una entrevista de trabajo —como en el caso de la Chola, que abandonó la actividad luego de dibujar una cabeza llena de signos de interrogación para “ir a ver cómo resolvía la situación”—.

Pero tenemos también otros casos. Helena, por ejemplo, conoce con mucho detalle el proceso de poblamiento del corredor oriental de Cali. Ella tuvo formación como psicóloga y tiene una amplia comprensión del territorio que habitó hasta hace muy poco. No obstante, ante las preguntas por el lugar que habita, opta por contarnos de la historia del Distrito a partir de la historia de sus papás:

Lo que pasaba es que mis papás, ellos se conocieron en Bogotá, entonces ellos empezaron a vivir en la casa de mis abuelos y a mi mamá no le gustaba que mis abuelos mantuvieran a mi papá. Entonces ella quería tener una casa y, yo no sé, ellos se vinieron para acá para Cali a vivir ahí a la casa de mi abuela y como que se dieron cuenta que estaban vendiendo unos terrenos ahí en Las Minas, en la parte alta de Los Chorros (refiriéndose a la comuna 18, al oeste de la ciudad), entonces supuestamente ellos compraron un lote y mucha más gente compró un lote y al final, ¡pues no eran lotes para vender!, porque eso era una mina y pues: los habían estafado. Entonces nada, pues ellos hicieron un proceso ahí, metieron una tutela y al final les adjudicaron una casa ahí en Puertas del Sol.

¿Un lote o una casa? —Le pregunto.

Un lote. Un lote y ellos construyeron la casa. Entonces mis papás peleaban mucho por la plata, además se subían a pelear a la terraza porque ellos creían que ahí uno no los escuchaba, pero mentiras, uno escuchaba todo, porque la terraza pues estaba ahí en el segundo piso. Entonces se subieron a pelear y mi mamá dijo que ella no tenía tres ladrillos pegados al culo, entonces se consiguió el rancho. El rancho quedaba en otro sector de Puertas del Sol, como a unas cinco cuadras.

Las distintas preguntas con las que intenté abordar la historia del territorio desataron, sin excepción, historias de movimiento, de desplazamiento de las familias desde otros lugares del país o la ciudad, lógicas que parecen caóticas al ser comparadas con narrativas identitarias de jóvenes que han crecido en zonas rurales o que hacen parte del sector integrado de la ciudad, con quienes también he tenido la posibilidad de trabajar a

partir de la construcción de autobiografías. Camilo, de 26 años, habitante del barrio Floralia en la comuna 6, nos cuenta:

Quando mi mamá llega aquí a Cali después de que estuvo viajando por muchas zonas del país, nazco yo en el 93. Mi mamá me tiene a mí y digamos que es la típica familia de ese tiempo. Las violencias que vivió mi mamá fue la misma violencia en la que creció mi papá. Mi mamá se separó de mi papá, y nosotros vivimos mucho tiempo en los llanos orientales. Se fue mi mamá y yo me quedé en Cali con mi papá y mi abuela. Mi mamá se regresa por nosotros, recoge a mis dos hermanas que vivían en el Pacífico y a mí... Yo tengo tres hermanos más, de la unión de mi papá y mi mamá. Mis dos hermanas criadas en el pacífico en la casa paterna de mi mamá, y mi hermano y yo, que hemos sido criados por mi abuela, muy pocas veces nos hemos movido, pero luego de eso que mi mamá regresa por nosotros cuatro, nos fuimos a vivir a Calamar, Guaviare, cerca de... Vivimos primero en Villavicencio un año y luego vivimos como cuatro años en Calamar, Guaviare.

David, de 26 años, habitante del Poblado II en la comuna 13, cuenta una historia que remite a la misma lógica:

Nacimos todos acá, mis hermanas y yo. Mi mamá llegó muy pequeña, llegó adolescente a trabajar en casas de familia y oficios varios, después vendiendo en las calles chontaduros y frutas. Trabajó en muchas cosas con la intención de ofrecernos recursos, pero terminamos todos separados. Me fui a Florida y mis hermanas terminaron en una fundación viviendo, allá crecieron, allá hicieron familia. De hecho, somos seis y nunca, nunca vivimos juntos. Mis hermanas pequeñas crecieron con mi papá. El momento de reencuentro ha sido ahora que somos adultos.

No en todos los casos la reflexión sobre los procesos de migración o sobre la llegada al oriente son tan exhaustivos. Ana, de 25 años, habitante del Poblado II como David, sabe que su familia ha venido de la costa Pacífica, específicamente de Guapi, donde todavía viven sus tías y primos.

De Guapi. Sí, allá viven mis primos, mis tías, pues primas de mi mamá, son como en segundo grado, ellos viven allá en Guapi...

¿Y ya has ido a conocer? —Pregunto.

No, no conozco Guapi, lo conozco por fotos que mi tía me lo presentó alguna vez, ¿como hace qué?, como hace dos años.

¿De allá vinieron tus papás a invadir¹⁰? —Pregunto.

...ellos no hicieron invasión, cuando ellos llegaron aquí eso ya estaba invadido, ellos compraron fue un lote, ellos vivían pagando arriendo y compraron ese lote, y llegaron acá como en el ochenta y siete. Hace treinta y dos años.

La conversación con Helena y Rocky 14, también deriva en la historia familiar.

¿Vos no sabes de dónde vienen tus abuelos? —Pregunta Helena.

Sí, ¿no te estoy diciendo? Que mi abuelo de mi mamá venía desplazado... —Responde Rocky14.

¹⁰ Esta es la manera como popularmente se denomina a los procesos de ocupación de lotes.

¿Pero de dónde? —Replica Helena.

De las guerras esas de los liberales y esas güevonadas —Rocky14.

¿Pero de qué parte? —Insiste Helena.

De allá del norte... Ellos venían del norte —Rocky14.

¿Pero la familia de tu mamá? —Pregunto.

De mi mamá... venían del norte desplazados por esas guerrillas liberales y esas güevonadas que habían antes. No me acuerdo bien esa historia. Entonces ellos venían desplazados y se poncharon ahí en Tuluá (Municipio del Valle del Cauca, a dos horas de distancia de Cali), mi abuelo compró una tierra. Entonces ahí vivían en la finca y entonces mi mamá se vino a Cali a estudiar y mi papá ya vivía en Cali porque...

Y refiriéndose al caso específico de emplazamiento en el oriente, nos dicen.

Ve, y ¿ustedes también invadieron ahí en Villa San Marcos? —Pregunto.

No, eso fue comprado —Responde Rocky14.

No, eso fue casa de interés social, doña Luz la compró (Doña Luz es la mamá de Rocky14). Ella ya la compró hecha. Porque es que doña Luz consiguió trabajo en el hospitalito. Es un hospital que hay en el Distrito que cuando llegaron era un hospital que era patrocinado por alemanes, entonces a ella le pagaban y le pagaban bien. ¿Le pagaban qué, como un millón seiscientos (cerca de \$500 USD)? Una cosa así... entonces ella ahí fue que se consiguió su casa. Pero antes de eso, cuando ella se fue pa'lla, mientras don Ivan se daba la buena vida a ellos les tocaba cambiar bolsas de papel periódico por comida. —Complementa Helena.

Las historias narradas por las informantes no pretenden ser “La Historia” del Distrito de Aguablanca, o del corredor oriental; y muy pocas veces hacen referencia al proceso de poblamiento en abstracto. Todas ellas, cuentan anécdotas personales que alcanzan, en la mayoría de los casos, a la generación inmediatamente anterior —la de los padres—, y solo en algunos a la generación de los abuelos. Sería muy enriquecedor indagar en las narrativas identitarias de las generaciones anteriores, para analizar las transformaciones discursivas, y la importancia de la dimensión histórica en cada caso.

En mi experiencia personal, en conversaciones que desbordan los objetivos de esta investigación, he encontrado que las narraciones de las personas mayores, llegadas al oriente de Cali durante los años setenta y ochenta, enuncian reiteradamente elementos relacionados con la asignación de lotes, la instalación de redes eléctricas y de acueducto, y la construcción de vías, en algo que podríamos relacionar con lo que Ángela Giglia (2019) denomina un *proceso de domesticación del espacio*, y que es un elemento fundamental en la territorialización.

Aunque esta referencia a momentos de transformación del oriente aparece en algunas de las conversaciones, como en el caso de Helena, que profundiza en lo que ya Juan había mencionado como el momento de introducción del transporte masivo al oriente de Cali (Mio – Masivo Integrado de Occidente).

Bizco lo que pasa es que con lo de las Megaobras construyeron el Nuevo Latir, construyeron el de acá atrás el Isaías, construyeron la Troncal y mejoraron también la zona del Nuevo Latir. Entonces toda esa zona pasó a ser más transitable y pusieron como dos o tres estaciones del Mio ahí en la Troncal, entonces eso hizo que, evidentemente, hubiera mayor movilidad. Antes nadie se metía por la Ciudad de Cali, todo el mundo prefería ir a dar la vuelta hasta allá y antes era una calle mocha, ahora por lo menos con el puente uno sabe que sale directo al Caney.

En la mayoría de los relatos de los jóvenes del oriente, estas historias de *domesticación del espacio* se refieren a la creación de estrategias de supervivencia a las distintas formas de violencia vividas en el corredor oriental. Trataré de profundizar en esta idea en los siguientes capítulos.

2. LA DEFINICIÓN DEL ESPACIO MARGINAL: DEL ORIENTE SALE EL SOL. *Segundo capítulo*

Entrar al oriente de Cali es una tarea difícil y tardada desde cualquier punto de la ciudad cuando se utiliza transporte público. Desde mi lugar temporal de residencia, ubicado en el norte de la ciudad, hasta la Ciudadela Educativa Nuevo Latir —ubicada en el punto de intercepción entre las comunas 13, 14 y 15—, hay alrededor de 9km, o 9.5km dependiendo de la ruta que se escoja. Desde este punto, una de las posibilidades que ofrece el Masivo Integrado de Occidente (MIO – transporte masivo de la ciudad de Cali) es la ruta P12A, que atraviesa toda la Avenida Ciudad de Cali desde la estación Paso del Comercio hasta la estación Nuevo Latir. Si esperar la llegada de la ruta en la estación nos tomó cerca de 25 minutos —pasando una ruta P12A por cada tres rutas P24A (que toma la autopista)—, recorrer la Avenida Ciudad de Cali nos tomó 50 minutos hasta llegar al lugar acordado.

Para tener un punto de comparación basta decir que un recorrido desde el mismo punto en el norte hasta el sur de la ciudad, donde se encuentra la Universidad del Valle (a 16.3km), tarda cerca de 40 minutos, en los que se ofrece aproximadamente una ruta cada cinco minutos que va en esa dirección, y además se ofrece el servicio de rutas exprés, que solo paran en seis estaciones durante el recorrido, haciéndolo más eficiente. La segregación espacial del oriente se hace evidente desde el primer momento en que uno intenta acceder o salir de este.

Pero el MIO no es la única forma de transporte público, ni la más eficiente. Otra modalidad es la de los “piratas” que son vehículos particulares que atraviesan el oriente de norte a sur y de sur a norte, durante todo el día y que, por un valor aproximado al pasaje en autobús, te dejan en cualquier punto sobre una de las dos vías principales que definen al oriente: la Avenida Simón Bolívar y la Avenida Ciudad de Cali. También están los buses tradicionales, que utilizan estas mismas rutas pero que han salido lentamente de circulación desde la incorporación del Masivo. Sin embargo, estas dos opciones están teñidas de un manto de inseguridad, la primera por encontrarse dentro de la ilegalidad y la segunda por los numerosos episodios de robos vividos en los buses.

Luego de 25 minutos esperando en la estación de Chiminangos, pasó un primer autobús al que todos tratamos de ingresar por temor a tener que esperar por más tiempo. Apretados iniciamos el camino, interrumpido cada tres o cuatro calles para recoger a nuevos pasajeros y dejar a algunos. Pero las deficiencias en la movilidad desde y hacia el oriente no son la única dimensión que vale la pena describir. La intersección entre la dimensión socio-económica y la étnico-racial, se hace también evidente en este recorrido. La estación desde donde nos dirigimos hacia el Nuevo Latir, en contraste con las que se dirigen al resto de la ciudad, tienen un porcentaje claramente mayor de personas fenotípicamente afro, una gran parte lucen uniformes de trabajo o cargan con herramientas. Casi ninguno de nosotros lleva mochilas o bolsos, tampoco audífonos puestos, y mucho menos celulares a la vista.

La recolección alta de pasajeros se hizo hasta la carrera octava (puente de Juanchito), donde subían entre tres y cuatro personas cada parada. En adelante no subieron tan abundantemente los pasajeros. El mayor descenso se hizo primero en la estación Andrés Sanín, un gran intercambiador de transporte desde donde salen rutas alimentadoras a muchos otros puntos del oriente. Ahí mismo el camión volvió a llenarse para vaciarse casi completamente en la parada que da a la estación de policía de “los mangos”, un punto altamente comercial y de mucha vida en el barrio Marroquín I. Tanto la estación Nuevo Latir como Los Mangos, parecen resultar un punto de

conexión hacia las zonas más profundas del oriente, correspondientes a la comuna 14 y la comuna 21.

Al incorporarse a la avenida Ciudad de Cali, uno inicia un recorrido por el oriente, pero nunca sabe en qué momento empieza y termina el Distrito de Aguablanca, que es la zona más estigmatizada. Si tuviera que escoger un corazón del oriente, señalaría la estación de policía de Los Mangos. Luego de la estación Los Mangos, la recolección de pasajeros se redujo, la mayor parte descendieron en el trayecto hacia el Nuevo Latir, donde mi acompañante y yo también salimos.

2.1 La producción simbólica del espacio

Ha pasado muy poco tiempo desde que las ciencias sociales y las humanidades reconsideraron la necesidad de analizar la vida social y la cultura desde una dimensión espacial (Lindón, 2006). Las posibilidades que trajo consigo la corriente posmoderna expandida durante la segunda mitad del siglo XX —que nos permitió regresar la mirada a los sujetos, los significados y lo local, tomando distancia de las grandes narrativas y de la búsqueda de la verdad—, derivaron en una separación progresiva y radical del estudio de la vida social en sus niveles simbólico y material. De acuerdo con Lindón (2006), es solo hasta finales del siglo pasado cuando se hace inminente la necesidad de pensar nuevamente “la relación entre el mundo material externo y el mundo interno del sujeto” (p.359), así como la importancia de un abordaje interdisciplinario del espacio.

Este *giro espacial* (Serje y Salcedo, 2008) de las ciencias sociales —que para la geografía significó un giro cultural y un esfuerzo por trascender una visión naturalista del espacio (Giménez, 2005)—, actualizó la pregunta por la diada identidad-territorio, que mencionamos durante la introducción, sobre la que han surgido numerosas investigaciones.

Como se mencionó antes, la definición del concepto de identidad es bastante compleja. En esta investigación se parte de la idea de que la identidad es un *proceso de significación de sí mismo* que realizan los individuos y grupos sociales a partir de relaciones de identificación, diferenciación y oposición, que se transforman permanentemente. En este proceso el individuo, o el grupo, hace uso de marcos ideológicos —entendiendo la ideología en el sentido positivo propuesto por Aguado y Portal (1992), como sistemas de ordenamiento de la realidad—, que le permiten posicionarse en términos históricos, étnicos, económicos, etc.

Una de las dimensiones más relevantes en el análisis de la identidad es la *pertenencia socioterritorial* (Gimenez, 2009), que se refiere a la imagen distintiva que los actores forjan de sí mismos en función del espacio que ocupan, las formas de apropiación de ese espacio, y la diferenciación con otros territorios y colectividades. Es por esto por lo que,

si queremos entender la identidad de un grupo social y sus procesos de territorialización, debemos aproximarnos a la vivencia del espacio que tienen los grupos humanos.

Atendiendo a los muchos llamados que se han hecho a las ciencias sociales a espacializar sus preguntas, este trabajo intenta aproximarse a la experiencia espacial de los márgenes. De ninguna manera se trata de pensar el espacio simplemente como el escenario en el que “ocurre” la cultura, sino de desentrañar el sentido que tiene para los habitantes de los márgenes el espacio que habitan y la manera como ellos mismos lo producen, partiendo de un análisis del espacio vivido —así como trató de hacerse con la historia vivida—, como eje para descifrar los procesos de identificación y territorialización de los habitantes de los márgenes urbanos.

Partimos entonces de dos premisas: el espacio —y el mundo material, en general— es condición necesaria para el despliegue de toda práctica y proceso de significación, es decir para el despliegue de la cultura (Giménez, 2005); y el espacio es al mismo tiempo una *evidencia social* (Portal y Aguado, 1992), es decir un producto de la cultura que, por efecto de su permanencia, termina siendo asumido como un hecho, algo que no requiere explicación y que funciona por inercia en un grupo social.

Siendo el espacio un elemento fundamental en los procesos de identificación de los grupos humanos, y la base de la territorialización, cualquier intención de comprender una configuración cultural, debe indagar por la experiencia del espacio en primer nivel, para luego preguntarse por la construcción del territorio. Para el trabajo etnográfico, lo anterior significa una atención detallada sobre las afirmaciones que hacen los informantes y que muchas veces obvian la dimensión material de la experiencia; pero también la indagación directiva hacia preguntas concretas por los límites del espacio que habitan, sus características, sus apreciaciones estéticas, etc.

Como veremos en las siguientes secciones la separación de este capítulo es artificial, pues todas las narraciones sobre la espacialidad de los márgenes están atravesadas por experiencias relacionadas con la pertenencia étnica, la violencia, la precariedad económica, etc. Para algunos informantes el margen urbano puede distinguirse espacialmente por la presencia de gente negra, para otros por la apariencia de las casas y las calles, otros cuantos aluden a la historia de invasión (ocupación) de los lotes, y para la mayoría tiene que ver con las lógicas de violencia. No obstante, en todos los casos parece ser claro que existe una diferencia sustancial entre el Conglomerado Oriente, especialmente entre el Distrito de Aguablanca, y la ciudad central; trataremos de encontrar en qué consiste.

2.2 El concepto de frontera en el estudio de la marginalidad urbana.

Uno de los conceptos que aparece cuando pensamos en la relación identidad-territorio es el de *frontera*. En el caso de la marginalidad urbana el concepto de frontera funciona de múltiples maneras que vale la pena señalar. La primera, y más evidente, es que los territorios marginales suelen estar ubicados en las periferias urbanas. Esto se debe, fundamentalmente, a una distribución selectiva de la tierra que deja los terrenos de menor calidad a los segmentos de la población con menor poder adquisitivo. Esto no significa, como argumentamos al inicio del documento, que los conceptos de marginalidad y periferia sean equivalentes, pues si bien la periferia remite a las zonas físicamente distantes de la ciudad central, el concepto de marginalidad remite a una distancia simbólica, cultural si se quiere.

La voz periferia lleva consigo sedimentos de sentido de la voz arrabal: lo malo, los bajos fondos, la falta de moral, el territorio poblado por sujetos peligrosos. Pero también lleva sedimentos de la voz suburbio: la ilusión de la vida tranquila y natural. (Hiernaux y Lindón, 2004, p.119).

La noción de marginalidad, como ya decíamos en la introducción, lleva consigo la representación de la otredad, la diferencia, e incluso imaginarios de discordancia o desadaptación a la cultura integrada: algo que no encaja. Como vimos, esto tiene que ver con los abordajes tradicionales del concepto, que en todos los casos han convertido la marginalidad en un fenómeno indeseable.

En segundo lugar, al abordar la marginalidad urbana, la noción de frontera aparece como una forma de liminalidad cultural. Como nos enseña la tradición sociológica enfocada en el estudio de las migraciones, el análisis de la marginalidad siempre ha tenido un presupuesto de base: el sujeto marginal es aquel que se encuentra entre dos culturas (Gómez-Soto, 2019).

Aunque esta corriente de pensamiento puede ser criticada por presentar o bien una visión excesivamente optimista de los sujetos fronterizos —diciendo que al estar por fuera de dos culturas están más allá de ellas y pueden ser críticos de ambas—, o bien al pensar en sujetos permanentemente angustiados por su no pertenencia; debemos resaltar la importancia de su aporte epistemológico que consiste en reconocer la necesidad de estudiar la frontera para lograr comprender el centro.

En este mismo sentido, pero esta vez desde la antropología, Alejandro Grimson (2011) nos advierte también sobre la estrecha relación entre la identidad y la noción de frontera. Para el autor, la lectura posmoderna de la frontera que ha pretendido presentar esta última como una ficción institucional que desaparece en la vivencia de los sujetos y

grupos, solo nos ha alejado de la comprensión de la vida social. Si bien el autor reconoce que la territorialidad no es extensiva a la identidad y que el campo de las identificaciones es un espacio donde el individuo tiene un mayor grado de autodeterminación, nos invita a comprender los procesos de diferenciación y el establecimiento de límites para lograr descifrar las configuraciones culturales, evitando caer en las dicotomías simplistas que crean antagonismos, esta vez sí ficticios, entre los habitantes de uno y otro lado de la frontera.

Teniendo en cuenta lo anterior, el objetivo es que la reflexión de este capítulo no solo aborde la vivencia del espacio por parte de los habitantes del corredor oriental, sino la definición de los límites que surge desde su propia experiencia, indagando, aunque suene redundante, por los límites de la marginalidad, ¿dónde empieza y termina el oriente de Cali? ¿dónde empieza y termina el Distrito de Aguablanca? ¿dónde empieza y termina la marginalidad?

2.3 La delimitación espacial del margen: ¿dónde está el oriente de Cali?

Si definir los límites del corredor oriental de la ciudad de Cali resulta complicado acudiendo a los documentos institucionales, recurrir a la experiencia de sus habitantes no hace el problema más simple. Como ya decíamos, las vivencias de la ciudad son múltiples, y la definición de lo que corresponde al oriente hace que se intercepten variables económicas, étnicas, históricas, pero sobre todo apreciaciones diversas sobre el espacio.

Uno de los únicos documentos institucionales de los últimos años en el que aparece una referencia explícita al oriente de la ciudad, como algo más que una “zona”, es el documento “Pobreza y exclusión social: un análisis de los hogares y la población de sectores populares y clases medias bajas a través del SIISAS, 2009”, en el que la Alcaldía de Santiago de Cali realizó un diagnóstico de la ciudad en función de la concentración de familias en situaciones de precariedad económica. En este documento se establecen segmentos de la ciudad entre los que aparecen el “Conglomerado Oriente” y el “Conglomerado Ladera” (Ver imagen 5) como los sectores con mayores tasas de pobreza, exclusión y, un elemento que es importante señalar, mayores percepciones de discriminación.

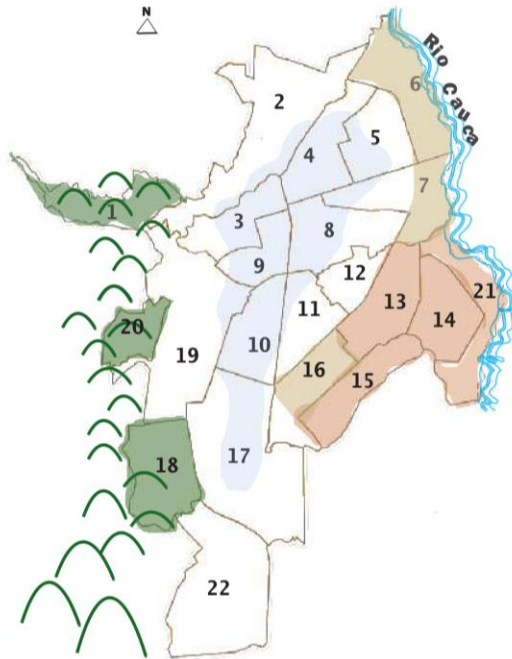


Imagen 5: Conglomerado ladera a la izquierda. Conglomerado Oriente a la derecha. Autoría propia.

La definición de estos conglomerados por parte de la Alcaldía se hace en función de tres criterios: uno espacial, uno económico y uno étnico:

a) una contigüidad espacial con características geográficas similares (por ejemplo, área de ladera) y distribución espacial a partir del centro urbano (centro, centro oriente, oriente); b) distribución urbano-rural de la población (por lo que se construyó un conglomerado “rural”); c) el peso demográfico de la población afrodescendiente por comunas y barrios de acuerdo a los datos del Censo 2005, por considerar este peso demográfico un importante indicador de segregación espacial socio-racial del territorio municipal asociado a la geografía urbana (Alcaldía de Cali, 2011, p.1)

De acuerdo con este documento, existen características que permiten englobar las comunas 6, 7, 13, 14, 15 y 21 del oriente de Cali como un corredor desde el que se establece una relación particular con la ciudad integrada y que, como la mayor parte de los territorios urbano-marginales en las ciudades latinoamericanas, cuenta con una alta concentración de fenómenos asociados a la violencia y la precariedad económica: elevadas tasas de jefatura femenina, concentración de población afrocolombiana, monoparentalidad, informalidad laboral, etc.

Otro documento reciente en el que se hace alusión tangencial al oriente de la ciudad es el “Acuerdo 0433 de 2017” en el que el Departamento Administrativo de Planeación Municipal de la Alcaldía de Santiago de Cali elabora un diagnóstico territorial para definir las intervenciones públicas de urbanismo, necesarias en cada sector de la ciudad.

Uno de los documentos técnicos que soportan dicho acuerdo, describe la Unidad de Planificación Urbana 4 —Aguablanca, como un “área residencial periférica del oriente de la ciudad que se concibe como la mayor zona residencial de los sectores populares, carentes en su mayoría de condiciones urbanas adecuadas para su funcionamiento” (Alcaldía de Cali, 2017, p.6), e incluye en esta llamada UPU4—Aguablanca, 61 barrios del oriente de la ciudad pertenecientes a las comunas 7, 12, 13, 14, 15, 16, 17 y 21 (Ver imagen 6), a partir de criterios aparentemente objetivos relacionados con su proximidad al Río Cauca y sus características ecosistémicas:

La característica del paisaje corresponde a la homogeneidad, densidad y ausencia de espacio público en lo construido, contando con elementos potenciales naturales y construidos. Se cuenta con elementos importantes como el Río Cauca, que aunque actualmente está en suelo rural, tiene influencia enorme sobre esta UPU (incluido su dique y área forestal protectora AFP). Incluye también los cinturones ecológicos y el antiguo cauce del río Meléndez, las lagunas de El Pondaje y Charco Azul, el Parque Lineal Ciudad Córdoba y el Ecoparque Písamos. Uno de sus principales elementos es el sistema de canales, que aunque actualmente está en condiciones de deterioro ambiental y espacial, son potenciales conectores y articuladores de proyectos ambientales y de espacio público. Tiene vías importantes para la conectividad ambiental como la Autopista Oriental y la Avenida Ciudad De Cali. (Alcaldía de Cali, 2017, p.15).

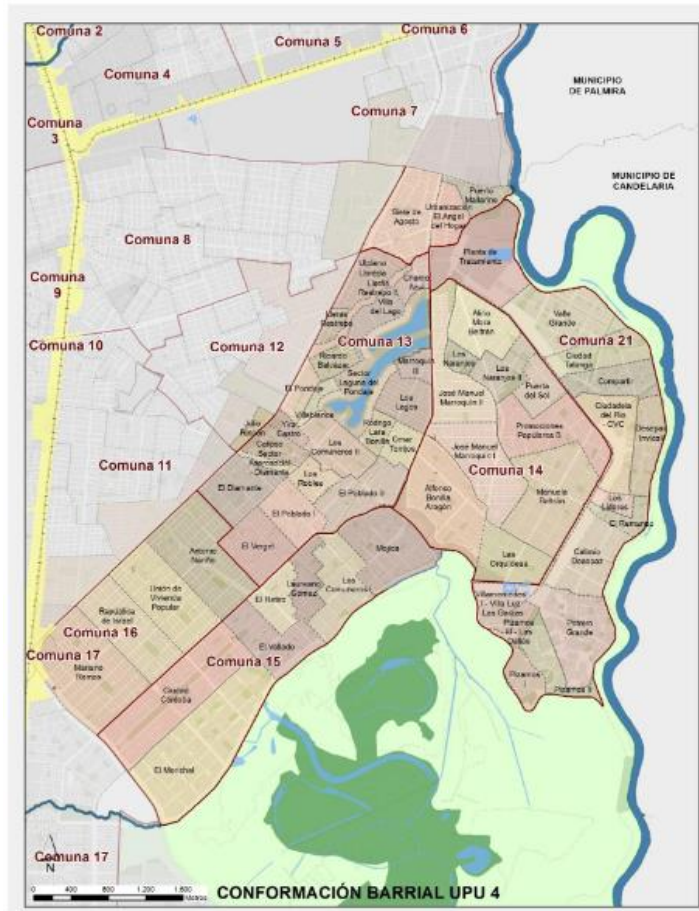


Imagen 6: definición de la Unidad de Planificación Urbana 4—Aguablanca. Tomado de Alcaldía de Cali (2017)

Simultáneamente, el Acuerdo 0433 separa a la mayor parte de los barrios de la comuna 7 y a la comuna 6 en lo que denomina la Unidad de Planificación Urbana 3—Río Cauca (Alcaldía de Cali, 2017b) (Ver Imagen 7), cuya descripción resulta muy similar a la de la UPU4—Aguablanca, y resalta su condición de vecindad al Río Cauca, las migraciones que produjeron su poblamiento y sus procesos de urbanización informal.



Imagen 7: Unidad de Planificación Urbana 3—Río Cauca.
Tomado de Alcaldía de Santiago de Cali (2017b)

Como se puede ver en la imagen 6, la diferencia más notable en esta distinción tiene que ver con que la UPA4—Aguablanca, se delimita justo en la frontera del municipio vecino Candelaria, y la UPU3—Río Cauca, corresponde a la vecindad con el municipio de Palmira, hacia donde se extiende una importante vía que comunica a la ciudad con el Aeropuerto Alfonso Bonilla Aragón, y con el centro y norte del país. La distinción en este caso es arbitraria, y pese a reconocer en su planteamiento elementos históricos o ecosistémicos comunes, las UPU 3 y 4 se definen principalmente por cuestiones de orden político-económico.

Si contrastamos ambas propuestas, la del 2009 y la del 2017, con las concepciones populares respecto a la conformación del corredor oriental de la ciudad, encontramos un elemento adicional: la aparición del Distrito de Aguablanca, o simplemente Distrito, que es la manera más popularizada para denominar al oriente de Cali.

Distrito de Aguablanca fue la abreviación de lo que hasta los años sesenta se conoció como el “Distrito de Riego de Aguablanca”, que correspondía a toda la zona de inundación del Río Cauca, donde las condiciones medioambientales favorecían el desarrollo de actividades agrícolas de diversa índole (Ver Imagen 8). La denominación de Aguablanca parece haber surgido del efecto visual provocado por el espejo de agua que se extendía por todo el oriente de la ciudad, como se aprecia en la fotografía del primer capítulo.

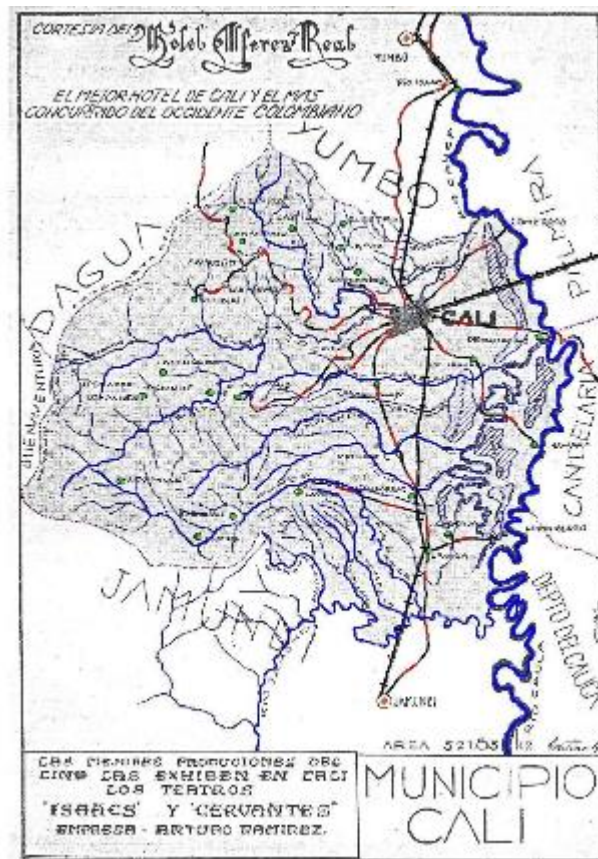


Imagen 8: mapa de Cali 1944 con ilustración de los sistemas fluviales. Tomado de Jiménez (2005)

No obstante, los documentos institucionales han suprimido paulatinamente la figura del Distrito de Aguablanca; incluso los dos textos mencionados antes, solo hablan del Distrito como referencia histórica. Las estadísticas municipales registradas en los documentos Cali en Cifras (Alcaldía de Cali 2006, 2015, 2019), así como los planes de ordenamiento territorial de los últimos dos períodos de la Alcaldía no mencionan al Distrito de Aguablanca de ninguna manera, limitándose a describir los distintos indicadores socioeconómicos en función de las comunas. Tal como nos dice María Carman (2007), pareciera que el Estado implementa una política nominalista, como si dejar de nombrar los espacios marginales o transformar sus denominaciones, eliminara sus problemáticas por arte de magia.

Pese a esto, El Distrito se mantiene presente en las narrativas de los habitantes del oriente de Cali, siendo una referencia recurrente en la información recolectada, al punto que los informantes reemplazan indiscriminadamente la palabra Oriente por la de Distrito, y aunque los criterios utilizados en su definición son múltiples, tienen dos elementos constantes: las vías de comunicación y el Río Cauca.

2.4 “El Distrito es todo lo que queda entre el Río Cauca y la Simón Bolívar”: seis esquemas para la definición espacial del corredor oriental de Cali.

“El Distrito es todo lo que queda entre el Río Cauca y la Simón Bolívar”, responde Rocky14 ante la pregunta sobre ¿qué es el Distrito de Aguablanca?, dando prioridad a su localización en la ciudad de Cali. Después de eso, toda esta entrevista —así como las demás—, se convierte en una mezcla de referencias geográficas, anécdotas de robos y episodios violentos, y narraciones llenas de emociones encontradas respecto al sector y sus habitantes.

Lograr reconstruir la experiencia de habitar un espacio catalogado como urbano-marginal implica introducir en el análisis a los sujetos, a los cuerpos que se desenvuelven cotidianamente en estos barrios dotándolos de sentido y convirtiéndolos en lugares que, como veremos, no solo involucran la dimensión concreta del espacio sino la experiencia temporal y, sin duda, las emociones asociadas a esas experiencias (Bailly, 1989).

Entre los elementos que salen a colación durante las entrevistas sobre lo que significa vivir en el oriente de Cali está la “desconexión” de la ciudad integrada. Las declaraciones de los informantes muestran que quienes viven en el oriente no solo reconocen el estado de aislamiento de este sector de la ciudad, sino que identifican con detalle los indicadores de esta desarticulación entre la ciudad integrada y la marginal. Rocky14, que como ya vimos vivió la mayor parte de su vida en Villa San Marcos, en la comuna 14, y se vio obligado a salir del ella por amenazas contra su vida, es uno de los más enfáticos en señalar la diferencia entre lo que para él es “Cali” y lo que es el Distrito.

La Simón Bolívar era pa'acá era Distrito y pa'allá era Cali... es que el Distrito está encerrado. El Distrito la única salida [que tiene] es por el Puente de los Mil Días, o por la Troncal, y ahora está la salida pal'sur, porque antes la otra salida era por la escombrera y la escombrera es un puente de dos carriles. Viene la Simón Bolívar que trae cinco carriles y pasa a dos carriles. Esa era la salida del oriente hacia el sur.

Pensar que un sector que alberga cerca de un tercio de la población caleña solo cuente con tres conexiones viales a la ciudad central resulta descabellado. Esta situación refleja lo que Paola Jirón (2007) denomina una doble exclusión:

Estar espacialmente confinado a la periferia, con vulnerabilidades aglomeradas, y el tener muy pocas posibilidades de acceder a los beneficios de la ciudad, es decir baja motilidad; lo que hace que las personas vivan en ciudades paralelas, superpuestos pero sin encontrarse, y sin la necesidad de hacerlo tampoco (p.181).

La diferencia aquí es que los habitantes de esta zona requieren realizar desplazamientos regulares a la ciudad integrada, pues la mayor parte de la población empleada en el oriente se dedica a la construcción o al servicio doméstico en el sur y noroeste de la ciudad. La situación de desconexión vial aparece recurrentemente:

Antes de que construyeran la salida hacia al sur, ¿salían por la Troncal a la Simón Bolívar? —pregunto.

Cuando hicieron la Troncal, porque antes tocaba salir por...—responde Helena

Por el Puente de los Mil Días. Sino que el Distrito está encerrado, al Distrito no le hacen salidas a Cali. Solo tiene dos salidas: la Ciudad de Cali y la Troncal. Y ahora está la salida al sur con ese puente. De resto necesita uno tener... —Rocky14

Pero también está la... la del siete de agosto. Donde está la estación. —insisto.

Sí bizco, pero esa es la Ciudad de Cali. Lo que pasa es que la Ciudad de Cali atraviesa todo el Distrito. La Ciudad de Cali va desde acá desde el Caney hasta la salida al Paso del Comercio. Todo eso es la Ciudad de Cali, la única calle que atravesaba todo el Distrito es la Ciudad de Cali —explica Helena.

Le decían la autopista del Distrito —bromea Rocky14.

Otro caso es el de Andrés, de 23 años, habitante del barrio Floralia en la comuna 6, que utiliza la referencia de la Avenida Ciudad de Cali para definir lo que corresponde al Distrito cuando le pregunto por los límites del oriente. Para Andrés el Distrito es todo lo que se encuentra a los alrededores de la Avenida Ciudad de Cali y el Río Cauca, y el criterio que utiliza para definirlo es el del proceso de urbanización: “todo eso fue invasión”, me dice cuándo le pregunto cómo sabe que esa zona corresponde al oriente. Pero Andrés no considera que su barrio, Floralia, por el que siente un profundo apego y del que se está orgulloso por la bravura de sus habitantes, haga parte del oriente.

No, Floralia no, porque está al otro lado de la recta (refiriéndose a la carretera Panamericana que funciona como conexión con el centro y norte del país). Ahí después de la recta empieza la ciudad de Cali y de ahí pa'llá todo eso es Distrito, todo eso es invasión. —dice Andrés.

Pero Floralia también fue invasión, ahí está también el Jarillón —lo interpeleo.

No, pero esa es de antes. Floralia no es Distrito —reitera.

¿Y La Paz? (le pregunto refiriéndome a un barrio que queda del otro lado de la ciudad de Cali, hacia la avenida Simón Bolívar), eso está después de la ciudad de Cali, hacia la Simón —pregunto.

Esa sí, pero es que ya son calles las que lo conectan —explica.

Para Andrés, la presencia de la carretera Panamericana es un indicador esencial de la división entre su barrio y los barrios del Distrito de Aguablanca, pero también la historia de poblamiento que conoce del oriente. Esta formulación no dista mucho de la propuesta de la Alcaldía de Cali que divide la UPU3 de la UPU4, señalando la presencia de la carretera panamericana en la primera. Esta carretera parece representar para la zona nororiental una relación diferente con la ciudad integrada. Así también lo afirma Camilo, que vive en el barrio Paso del Comercio, entre las comunas 6 y 7, a un costado de la

panamericana. Cuando le pregunto a Camilo por la ubicación del oriente de la ciudad me dice:

El Distrito va desde charco azul, justo después de Andrés Sanín, hasta Mojica III. Desde Charco Azul hasta Nuevo Latir...

¿Y, cómo te das cuenta de eso? —pregunto.

Cuando yo transito en bicicleta hacia el oriente por la Ciudad de Cali (Avenida Ciudad de Cali)... cuando llegás al terminal del mío (transporte masivo) de Andrés Sanín, ahí termina todo, hay un vacío, no ves muchas casas... De alguna u otra manera se nota que ese sector estuviera cercado... Como si hubiese ahí algo en la forma de las calles que separa al Distrito del resto de Cali...

Camilo tampoco considera que su barrio haga parte del oriente, aunque la historia de poblamiento de las comunas 6 y 7 sea compartida con el resto de ese corredor urbano. Las razones que expone Camilo son varias: las características fenotípicas de la población, la apariencia de las casas y la sensación de cercamiento o segregación que le produce el sector que él señala.

Uno llega a la estación del Nuevo Latir y camina 500 u 800 metros y las casas cambian, uno empieza a ver que la gente cambia, hay más caras negras... [En el Distrito] la gente siempre está aglomerada, un ambiente sonoro bastante particular, la cercanía entre ellos mismos. Cuando ya vamos llegando a Ciudad Córdoba y al Morichal, la gente se ve menos, las casas ya se ven terminadas, no encontramos la misma densidad de personas. Hasta cierto punto no hay calles, no encontrás pavimentación, pero cuando estás llegando a Ciudad Córdoba eso cambia.

¿Y esta zona es diferente? —pregunto (refiriéndome a las comunas 6 y 7).

Yo siento que la composición física del Jarillón de Floralia y de Paso del comercio... podríamos decir que eso viene siendo como una extensión del Distrito.

Las definiciones del margen oriental de la ciudad son múltiples, pero hay que señalar que todas las anteriores son ricas en referentes espaciales comparadas con muchas de las respuestas dadas por otros informantes. Juan, por ejemplo, que vive en La Paz, no compartía conmigo la noción de oriente, así que le pregunté por los límites del Distrito “¿Dónde creés que empieza y dónde termina?”, “El Distrito es todo lo que hay por aquí”, respondió. Entonces me dirigí a Paula, su prima, que levantó los hombros en señal de desconocimiento.

Juan, así como su tío Marcos y su hermano Fabian, muestran escaso dominio de la ciudad integrada. Hablan con exactitud de las rutas a sus trabajos, en el sur de la ciudad: “por la Clínica Amiga”, dice Fabian, describiendo el camino que toman en bicicleta para llegar a sus trabajos por la avenida Simón Bolívar. Sin embargo, cuando hablamos sobre el Festival Petronio Álvarez —uno de los más famosos de la ciudad en la última década—, que se desarrollaba por los días de mi *estancia inicial* de campo, en agosto de 2019, ninguno dio cuenta del lugar del evento, confundiendo incluso zonas que hacen parte de los referentes tradicionales de la ciudad central: el barrio de San Antonio y la Plaza de Toros.

Si bien es muy difícil definir con exactitud el corredor oriental de la ciudad, los elementos recolectados durante las entrevistas y en la revisión documental nos permiten generar algunos esquemas (Ver imagen 9). Todas estas imágenes nos muestran que, en el imaginario popular, el oriente se extiende un poco más o un poco menos en todas las direcciones, pero nos dan la impresión de guardar un elemento común sobre el que debemos seguir trabajando. Quiero analizar estos seis esquemas en el siguiente apartado.



Imagen 9: seis versiones de la delimitación del oriente de Cali.

2.5 El espacio vivido: entre “el agite” y la desconexión.

Entre las distintas delimitaciones espaciales del corredor oriental pareciera que la de Conglomerado Oriente, es la que tiene un mayor grado de precisión al tener en cuenta una dimensión histórica de los procesos de migración y poblamiento, la composición étnica de la población del oriente y las características ecosistémicas de esta zona de la ciudad. La delimitación surgida de la experiencia de los informantes más próxima a la del Conglomerado Oriente es la que corresponde al esquema A en la Imagen 9, que incluye en el corredor oriental toda la franja urbana que se extiende entre el Río Cauca y la Avenida Simón Bolívar. Sin embargo, es importante ahondar en esta concepción, pues pareciera ser demasiado general e incluir sectores en el sur de la ciudad de condiciones socioeconómicas más potentes.

La delimitación que elabora Gabriela, otra de las informantes, de 25 años, habitante del barrio el Poblado II, es cercana a la representada en el esquema A de la Imagen 9, aunque ella extiende el límite occidental del oriente hasta el Confamdi el Prado, llevando su definición del oriente hasta la autopista e incluyendo en esta zona a casi la mitad de la ciudad. Los criterios que utiliza Gabriela son muy similares a los usados por Camilo: la aglomeración de personas en las calles y algo que ella llama “el ritmo” y que caracteriza como agitado:

Yo lo digo por mi experiencia saliendo del oriente en la bici. Vos salís por la troncal y seguís, pasas Villanueva y llegas al Prado y todo eso es lo mismo, la gente en las calles, el comercio, la bulla, todo el mundo se pasa los semáforos, sabés que tenés que andar pilas, pendiente de no parar mucho tiempo en un punto pa’ que no te roben. Cuando llegas a la autopista y agarrás esa zona de la ciudad el ritmo cambia, ya no es agitado.

Así también, la delimitación A, que se replicó en conversaciones con habitantes del oriente más allá de las entrevistas realizadas específicamente para esta investigación, está ligada a la percepción de desconexión física de la ciudad integrada. Gabriela, tanto como Helena y Rocky 14, encadena esta definición del oriente a su idea de las rutas dispuestas para la salida de este sector de la ciudad—nunca mencionadas como rutas de ingreso—: la salida por el Puente de los mil días, la de la Troncal y la recientemente construida salida hacia el sur, que comunica al oriente con el barrio El Caney. Como en el primer capítulo, el movimiento se mantiene presente en la definición del margen: la posibilidad de salir y entrar.

Sin embargo, como nos dice Gilberto Giménez (2005), estas rutas físicas en sí mismas no adquieren sentido sino a partir de la “satisfacción de sus necesidades vitales, materiales o simbólicas” (p.9). Evidentemente las calles no cumplen de manera eficiente con la función esencial de permitir la circulación de las personas en el desarrollo de sus

actividades cotidianas, pero también son una expresión de la inseguridad permanente que experimentan los habitantes del oriente, y que hace parte de lo que Gabriela llama “el agite”. Helena, por ejemplo, refiriéndose a la nueva salida hacia el sur, construida entre el 2018 y 2019, dice:

A todo el mundo le da miedo meterse por ahí... A mí no, yo soy feliz porque me demoro quince minutos por lo del puente. Pero yo dejé de meterme por la Ciudad de Cali antes del puente porque vimos que robaron una moto ahí delante de nosotros. Entonces yo dije “No, ¡la chimba!”

Uno de los episodios más significativos durante la estancia inicial, que materializó la percepción de aislamiento, fue un encuentro con Rocky 14 y Helena en el sur de la ciudad en horas de la tarde. En esa oportunidad la conversación sobre sus historias de vida se extendió y decidimos continuarla durante la cena antes de retornar hacia las casas. Esa interacción se convirtió en una oportunidad para evidenciar la experiencia de vivir en el oriente, pues ambos estaban muy preocupados por comer algo antes de regresar al Distrito. El núcleo de la preocupación no era la inexistencia lugares abiertos para cenar en el oriente, sino la imposibilidad de transitar el Distrito de Aguablanca buscando un lugar en ese momento de la noche. Eran alrededor de las 9:00pm.

Bizco, pero son como las 9:30pm, ¿si hay comederos a esta hora? —pregunta Helena dirigiéndose a mí.

¡Bizco hoy es jueves! —le respondo, refiriéndome a la alta actividad nocturna que se ofrece en Cali durante los fines de semana.

Ay Helena usted dónde cree que está ¿en el Distrito? ¡Estamos en Cali! —dice Rocky14.

¿Y es que en el Distrito cierran temprano? —pregunto.

No, pero es que uno no anda por todas las cuadras del Distrito a esta hora. —Responde Rocky14.

Pero la inseguridad no se refiere exclusivamente a la presencia de actores violentos —asaltantes principalmente—, sino a la ausencia de autoridades institucionales. Esta misma situación se complejizó porque Helena y Rocky14 debían volver al oriente utilizando la motocicleta de Helena, pero solo contaban con un casco¹¹. Sin embargo, este problema resultaba resuelto si ambos lograban llegar a la Avenida Ciudad de Cali sin encontrarse con la policía, pues una vez allí, las posibilidades de ser detenidos eran mínimas: “¿quién lo va a parar a uno a esta hora en la Ciudad de Cali?”, pregunta irónicamente Rocky14.

El aislamiento de este sector de la ciudad ocasiona un escenario gris para la legalidad. Las mismas circunstancias que dificultan el tránsito por el oriente una vez entrada la noche, son las que facilitan la circulación cuando se incumplen los requerimientos

¹¹ Vale la pena aclarar que en Colombia está prohibida la circulación en moto sin portar casco y, en algunas ciudades como Cali y Medellín, también se prohíbe la circulación de varones como pasajeros de motocicletas, debido a las dimensiones alcanzadas por la práctica del sicariato durante los años noventa

legales: transitar en vehículos sin documentos, sin portar los implementos necesarios o con armas, etc. Quiero profundizar en el tema de la ilegalidad y la violencia en el siguiente capítulo.

No obstante, a pesar de la frecuencia de las narraciones de violencia en la descripción que los informantes hacen del espacio, también hay un reconocimiento de las transformaciones ocurridas a partir de la intervención del Estado en la construcción de estaciones de transporte masivo y megacolegios en el corredor oriental de la ciudad. Juan, se refiere al “progreso” de las casas del sector de La Paz y la activación del comercio, impulsada por la llegada del transporte público y la pavimentación de las calles, que facilitó la circulación de las personas y que “le cambió la cara al barrio”. Así mismo lo asegura Helena, pero las declaraciones de ambos dejan la impresión de que la transformación es superficial.

Pero además de hacerse más transitable ¿se hizo más segura o solo más transitable? —pregunto. No, eso no... eso es una percepción de seguridad todo —responde Helena. A ver párese allá a medio día un rato a ver qué le pasa —agrega Rocky 14. Lo que pasa es que con lo de las Megaobras construyeron el Nuevo Latir, construyeron el de acá atrás el Isaías, construyeron la Troncal y mejoraron también la zona del Nuevo Latir. Entonces toda esa zona pasó a ser más transitable y pusieron como dos o tres estaciones del Mio ahí en la Troncal, entonces eso hizo que, evidentemente, hubiera mayor movilidad. Antes nadie se metía por la Ciudad de Cali, todo el mundo prefería ir a dar la vuelta hasta allá y antes era una calle mocha, ahora por lo menos con el puente uno sabe que sale directo al Caney. —insiste Helena.

Estas intervenciones demuestran que analizar la experiencia del espacio requiere la inclusión de diferentes dimensiones de lo que Jirón (2007) llama vida cotidiana, y que resultan fundamentales para entender la manera en la que se construye el territorio, el espacio significado. Entre estas dimensiones de la vida cotidiana, Camilo, por ejemplo, hace alusión a la presencia de personas negras para su definición del Distrito de Aguablanca —que en la imagen 9 corresponde al esquema C— y también se refiere a la apariencia de las casas.

Andrés, cuya delimitación es representada en el esquema B de la Imagen 9 utiliza también un criterio que podría leerse como histórico —en términos del proceso de urbanización autónomo—, o como estético, cuando enuncia la idea de que el oriente se define porque “todo es invasión”, lo que remite a una forma particular de construcción de las casas, de manera improvisada y valiéndose de materiales reciclados.

Estas afirmaciones no son disparatadas si las analizamos a la luz de los datos arrojados por el Cali en Cifras (2019), donde se muestra que esta zona de la ciudad (la del esquema B y C en la Imagen 9) tiene el mayor nivel de densidad poblacional y mayores niveles de desempleo, concentrados en las comunas 14 y 21, lo que podría estar relacionado con

las afirmaciones de Camilo sobre la presencia permanente de grupos de personas en las calles. También ha sido una de las zonas con un proceso más lento de urbanización formal y esto tiene mucho que ver con que es la más próxima al Río Cauca, límite natural de la ciudad.

Pero las alusiones a la desconexión física de la ciudad y los rasgos concretos del corredor oriental —características de sus habitantes y apariencia de las casas—, remiten también a la desconexión a la cultura integrada o a la cultura hegemónica de la ciudad central. Un ejemplo claro de esto es el escaso dominio de los referentes tradicionales de la ciudad que muestran Juan y su familia, para quienes no es posible ubicar en su mapa mental de la ciudad lugares tan reconocidos como el barrio de San Antonio.

Un ejemplo más de esta escisión lo encontramos en otra intervención de Rocky14, para quien esta desconexión implica también una distinción entre las personas que viven en cada parte de la ciudad, afirmando que más allá de la avenida Simón Bolívar, y por consiguiente en el barrio donde él vive actualmente “sí vive gente, no como allá”. En otra de nuestras conversaciones, en la que también participaba Helena, la insistencia de Rocky en esta distinción desató una polémica.

Bizco, pero es que él se cree que salió del Distrito porque se fue a vivir a Villacolombia (risas) —dice Helena dirigiéndose a mí.

Villacolombia es del puente de los Mil Días pa’ca. —responde Rocky14— Ya no estoy en el Distrito. Entonces él dice que ya no está en el Distrito y que no va a volver. —se burla Helena.

¿Pero si es distinto o es la misma vaina? —pregunto.

¡No! ¿Cómo se le ocurre? Allá sí vive gente. —responde Rocky.

¿Y en el otro lado qué vive entonces? —pregunta Helena, con el rostro enojado.

Pues esa... gente también... pero esa gente diferente —responde Rocky.

¿Qué tipo de gente? —pregunto.

Pues ustedes son las psicólogas, ¡hagan la descripción! —responde riéndose— ¡Esos hijueputas negros bullosos! —insiste Rocky.

Tenemos entonces que la separación en la que Rocky insiste no es exclusivamente física, sino que implica también una diferencia cultural, que podemos entender en otro de los momentos de esta entrevista, donde Helena interpeló fuertemente a Rocky14 diciéndole que pese a sus constantes quejas acerca del Distrito, no se esforzaba por explorar otras zonas de la ciudad. Para esto Helena usó anécdotas en las que Rocky se había negado a entrar a lugares ubicados en la ciudad central que le resultaban “gomelos” (fresas, para México), o donde consideraba que los precios eran excesivos. Esta discusión condujo a la pregunta de Helena sobre cuáles eran entonces las razones que tenía para quejarse del Distrito de Aguablanca, a lo que Rocky14 respondió:

Si usted tiene en cuenta que en el Distrito no hay absolutamente nada. O sea, usted tiene su casa y de ahí pa’lla todas las demás son casas, a menos que usted vaya a ir a otra casa de otra persona

no tiene nada más que ir a hacer al Distrito o ¿qué tiene que ir a hacer allá? —pregunta Rocky—
¡Allá no hay nada pa' hacer!

Pero la gente de afuera, porque si uno vive allí todo lo encuentra allí —comento.

Julieth tiene razón, es la gente de afuera, porque uno si va a comprar algo, uno todo lo consigue allí, usted no necesita salir a ningún lado —añade Helena.

Ahí están los almacenes, pero ¿y qué? Entonces ¡Ufff! Pues vamos a divertirnos a la calle del comercio, ¡Uff, qué diversión! (en tono sarcástico) —insiste Rocky.

Pero ¿qué hay pa' hacer en el resto de la ciudad que no haya en el Distrito? —pregunto.

¡Hay un estadio, hay teatros, hay cines, hay de todo! ¡Hay bibliotecas, está la biblioteca departamental, está la Universidad del Valle! A ver ¿dígame qué hay en el Distrito? —señala Rocky, enfáticamente.

Y ¿qué cosas de esas haces? ¡Vos no vas a ballet, a vos no te gusta ir a cine, no te gusta ni el ballet, ni la ópera, ni las obras de teatro! Y decís entonces "Que el Distrito, que el Distrito, que el Distrito..." —lo interpela Helena.

Pero así me gustara ¿cómo me va a gustar ir si nunca he ido? ¡No hay nada de eso en el Distrito! —afirma Rocky14.

Pero no son cosas que te interesen tampoco. —le señalo.

¿Y cómo me va a interesar si nunca las he visto? La diferencia cuál sería: que si yo vivo al lado de un teatro, yo iría a un teatro. Pero yo no voy a ir a la gran putísima mierda, tener que comprar comida, tener que pagar pasajes, tener que decir "me quedo tarde" y pagar taxi, y gastar un montón de plata pa' hacer algo que, si estuviera aquí cerca, me costaba la mitad de la plata, y sabiendo que uno no tiene plata. —dice Rocky14.

Pero vamos y empezás a quejarte, que tan caro, que tan gomelo, que esto y que lo otro. —lo cuestiona Helena.

Sí, pero esas cosas deberían estar cerquita pa'poderme quejar, me toca ir hasta la gran putísima mierda, gastar plata pa'poderme quejar —concluye Rocky14.

Ese apartado de nuestra conversación resultó muy significativo porque, a mi entender, sintetiza de una manera muy sencilla los elementos que la literatura académica suele enunciar como definatorios de la marginalidad: la desarticulación física y económica con la ciudad integrada, pero sobre todo el acceso diferenciado a los productos de la cultura. En este caso Rocky logra hacer explícito su descontento por esta segregación, pero en la mayor parte de las entrevistas este acceso diferenciado aparece sin pasar por una reflexión consciente de los sujetos, y se materializa en el desconocimiento de los lugares tradicionalmente reconocidos en la ciudad, como es el caso de Juan y Fabian, cuya relación con la ciudad integrada ha sido exclusivamente laboral.

3. LA DOMESTICACIÓN DE LA INCERTIDUMBRE

Tercer capítulo

El aislamiento obligatorio se decretó en Colombia desde el 24 de marzo de 2020. Cada ciudad tomó medidas específicas de acuerdo con sus necesidades. En Cali, la ciudad del agite y la salsa acelerada, todo se detuvo: el comercio, la circulación de personas en las calles, los bares, las ventas ambulantes, etc. El primer fin de semana hubo toque de queda generalizado, nadie podía estar en las calles después de las nueve de la noche. La medida respondía, sin duda, al espíritu nocturno de la ciudad, que parece cobrar vida a las cinco de la tarde, cuando el sol por fin da tregua. El temor se desplegó por Cali y, sorprendentemente, las restricciones parecieron acatarse, con la esperanza de que la situación sería breve.

Pero en el mes de mayo empezaron a aparecer los pañuelos rojos. Como una medida impulsada desde organizaciones y colectivos de los márgenes de Cali, habitantes del oriente y la ladera hicieron surgir, por entre las ventanas y desde los balcones, pedazos de tela que anunciaban la escasez, el hambre, las dificultades que estaban pasando las familias. A pesar de ser un contexto de incertidumbre se tomó la medida del trapo para que aquellos que no se atrevían a expresarlo abiertamente, pudieran obtener algún apoyo; para saber quiénes la estaban pasando mal.

Los mercados (mandados) entregados por la alcaldía no dieron abasto, y junto a los pañuelos rojos empezaron a crecer iniciativas: ollas comunitarias, puntos de recolección de alimentos, “La 4ta marcha de la comida” —un camión llegado del departamento del Cauca, desde el Proceso de Liberación de la Madre Tierra, cargado de plátano, maracuyá, panela y otros víveres—, etc. En una esquina de La Paz, en la comuna 13, una mesa de plástico en la que había huevos, pastas y algunas bolsas de arroz, presentaba un letrero que decía “si necesitas toma, si te sobra dona” (Imagen 10).

El golpe de la pandemia en el oriente de Cali fue evidente, y no parecía tener que ver con las grandes rupturas económicas que anunciaban los noticieros, sino con dinámicas muy simples: la suspensión de las ventas ambulantes o el miedo de las personas a comprar cosas en la calle, el detenimiento de las obras de construcción, el despido de las empleadas domésticas por motivo de la cuarentena. Una emergencia económica a pequeña escala que no se solucionaba con la incesantemente discutida apertura de las fronteras marítimas y aéreas, y que puso en evidencia la situación tan vulnerable en la que se encuentran las familias del oriente, de la ladera, del centro oriente, del centro histórico de la ciudad; casi todas las que no hacen parte de la ciudad integrada, que tampoco sabemos con claridad dónde está.

Hubo varias marchas, una que salió del Paso del Comercio y que reclamaba la ineficiencia en la llegada de los subsidios a las familias del oriente, entre otras cosas; una en “Puerto Resistencia”, un punto de tránsito álgido en la comuna 16 que conecta al oriente con la ciudad integrada, en la que se exigía el congelamiento en el cobro de los servicios públicos y el establecimiento de una renta básica. También hubo bloqueos, principalmente en el Nuevo Latir, un punto del oriente que ha cobrado visibilidad y relevancia, al menos para los habitantes de esta zona de la ciudad. Casi todos, reprochando el mal manejo de la crisis sanitaria y económica.

Junto a los pañuelos rojos se multiplicaron los casos de Covid-19 en el oriente, así como las restricciones exclusivas para esta zona por su “indisciplina social”. Se dio rienda suelta a la “necropolítica en tiempos de pandemia” (Caicedo-Álvarez y Arias, 2020): toques de queda

específicos para las comunas “desobedientes”, prohibición de venta de alcohol, redadas a fiestas y reuniones en este corredor de la ciudad que, no hay que negarlo, con el tiempo se rehusó a seguir las medidas decretadas desde la alcaldía municipal. La muerte vino por todos los frentes: el virus, la saturación de un sistema de salud precario —aún más precario para el régimen subsidiado—, la necesidad de salir a las calles a trabajar, la represión de la policía, la estigmatización por parte de la ciudad integrada. Sin embargo, la mesa de plástico no ha sido retirada de este punto.



Imagen 10: fotografía tomada de la red social facebook, perfil "Barrio La Paz"Leidy",Rodrigo Lara Bonilla. En defensa de las zonas verde" online: <https://www.facebook.com/barriolapaz13>

3.1 La incertidumbre económica: una forma de violencia estructural vivida por los habitantes del oriente de Cali.

Durante las últimas décadas del siglo pasado las ciencias sociales interesadas en el fenómeno de la marginalidad buscaron crear un puente entre la concepción estrictamente económica de la distribución de los recursos, y la comprensión cultural de estos segmentos sociales. Adentrarse en una visión cultural de la marginalidad implicaba dotar de sentido los análisis basados en cifras de pobreza y epidemiologías de la violencia, y tratar de comprender los significados y prácticas que subyacen a estas lógicas socioeconómicas.

Uno de los estudios clásicos de la marginalidad urbana es la investigación realizada por Larissa Adler en el año de 1975, en una población denominada por la autora como Cerrada del Condor en la Ciudad de México. Esta investigación, en la que la Adler (1998) realiza una descripción detallada de los procesos de migración que provocan el poblamiento de los márgenes urbanos, y las formas de administración de los recursos y distribución de las responsabilidades en estas zonas de la ciudad; arroja, a mi parecer, tres elementos de mucha relevancia para la comprensión de las ciudades contemporáneas: el concepto de *redes de compadrazgo*, como el eje para explicar los procesos de migración —un fenómeno que para el caso del oriente de Cali, como veíamos en el primer capítulo, resulta evidente—; la noción de *incertidumbre económica crónica*, como el elemento característico de los sectores marginales; y las *redes de solidaridad recíproca*, como la estrategia de supervivencia implementada por los marginales para enfrentar las condiciones de escasez.

Si bien el modelo explicativo propuesto por la autora para analizar las lógicas económicas de los márgenes urbanos resulta bastante optimista en su comprensión de los vínculos entre vecinos y se basa en la existencia de una comunidad —lo que no siempre resulta tan evidente—; la noción de *incertidumbre económica crónica* resulta muy útil para entender el corredor oriental de la ciudad de Cali, que sin duda comparte esta característica con otras zonas urbano-marginales de Latinoamérica. Un punto de partida para analizar esta situación son los indicadores socioeconómicos de la ciudad, que nos pueden brindar un panorama general antes de adentrarnos en la experiencia de la incertidumbre y sus consecuencias.

Antes que nada, hay que señalar que encontrar estadísticas socioeconómicas diferenciadas por comunas para la Ciudad de Cali es una tarea interminable y poco fructífera. Los indicadores que aparecen en el repositorio documental de la Alcaldía de Cali¹² y cada una de sus secretarías, son en su mayoría cifras globales de la ciudad que

¹² Repositorio documental de la Alcaldía de Cali: <https://www.cali.gov.co/documentos/>

impiden analizar las lógicas y variaciones internas; y, además, están basadas en proyecciones de censos poblacionales de vieja data. Al parecer, en los años recientes, cada vez se ha hecho más difícil lograr una recolección eficiente y rigurosa de estadísticas en el país, lo que se evidenció en el polémico censo desarrollado por el Departamento Nacional de Estadística (DANE) durante el año 2018¹³, que estuvo atravesado por un sinnúmero de equivocaciones y faltantes. Además de esto, la ubicación de los documentos es diversa, y encontrar una sola base de datos en la que puedan hallarse resultados ordenados y filtrados es imposible.

Uno de los documentos más recientes en los que se arrojan cifras diferenciadas por comunas para la ciudad de Cali que nos pueden ayudar a comprender la incertidumbre económica crónica que vive el corredor oriental, y en general las zonas urbano-marginales de la ciudad, es el Análisis de la Encuesta de Empleo y Calidad de Vida 2012-2013 realizado por el Ministerio de Trabajo para el municipio de Santiago de Cali (Alcaldía de Cali, 2014).

Este estudio nos muestra varios factores que debemos tener en cuenta al tratar de comprender la experiencia de la marginalidad. Primero, nos enseña que las comunas periféricas marginales, es decir las que corresponden al Conglomerado Oriente y al Conglomerado Ladera (Imagen 2, capítulo 1), son los sectores con mayor número de personas por hogar, con un promedio de casi cuatro personas por unidad familiar. Además, es en estos conglomerados donde hay una mayor tasa de vinculación al SISBEN¹⁴, lo que indica una mayor cantidad de personas cuyos ingresos son insuficientes para el acceso a un régimen contributivo de salud, o que trabajan de manera informal.

Respecto al conglomerado oriente, este documento nos muestra una diferencia importante entre las comunas que lo componen. Así, tenemos que para el 2014, en las comunas 6 y 7, el 30.3% y 39.5% de los habitantes, respectivamente, hacía parte del SISBEN, mientras en las comunas 13, 14, 15, 16 y 21, el 44.3%, 49.1%, 47.9%, 45% y 53,4%, estaban vinculados a este sistema. En Cali, la comuna con mayor porcentaje de

¹³ Se puede indagar en noticias como las de la BBC News mundo (9 de noviembre de 2018) “Por qué casi 5 millones de colombianos desaparecieron” súbitamente de las cifras oficiales (y qué efectos tiene eso para el país)” Disponible en: <https://www.bbc.com/mundo/noticias-america-latina-46146957>

¹⁴ En Colombia el SISBEN o Sistema de Selección de Beneficiarios para Programas Sociales, es una herramienta que el Estado utiliza para identificar a la población con mayores carencias socioeconómicas y filtrar el acceso a programas de intervención social. Las personas pueden pertenecer al SISBEN en niveles 1, 2 y 3, siendo uno el de mayores necesidades. Los criterios para la calificación incluyen ingresos de la familia, tipo de actividades laborales, número de niños, características de la vivienda, entre otros. Uno de los elementos más relevantes del SISBEN es la posibilidad que da a las personas para acceder al régimen subsidiado de salud.

población vinculada al SISBEN es la comuna 20, con el 60%; y el promedio general de la ciudad está en 33.9%.

Sumado a esto tenemos que, a pesar de contar con más miembros en los grupos familiares, y con acceso a algunos de los subsidios estatales, es en estos sectores donde existe una mayor percepción de que los ingresos no son suficientes para la cobertura de los gastos totales de la familia. Respecto a la percepción de suficiencia de los ingresos, el Análisis de la encuesta de empleo y calidad de vida mencionado, también nos muestra algunas diferencias al interior del conglomerado oriente que es necesario tener en cuenta: en las comunas 6 y 7, el 7,8% y el 10.3% de las personas, respectivamente, considera que los ingresos superan el valor de los gastos; es decir que, al terminar de pagar las cuentas de cada mes, sobra dinero para ocio o inversiones. En contraste, solo el 2.3% y el 3.0% de los habitantes las comunas 14 y 21, consideran que los ingresos superan el valor de los gastos. Las comunas 13, 15 y 16, se encuentran en niveles intermedios entre estos dos puntos.

Si nos basamos en los dos indicadores expuestos hasta ahora, el de la vinculación al SISBEN y el de la percepción de suficiencia de los ingresos, podríamos intuir una mayor integración de las comunas 6 y 7 a la economía central. Incluso, podríamos aventurarnos a decir que las comunas “más profundas” del oriente, la 14 y la 21, parecen estar más desarticuladas a la economía hegemónica. Pero necesitamos más datos para que esta suposición sea concluyente.

Lo cierto es que el Conglomerado Oriente aportaba, para el año 2011, el 58,6% del total de la población vinculada al SISBEN (Alcaldía de Cali, 2011), y a pesar de que el Análisis de la encuesta de empleo y calidad de vida nos hable de una cifras moderadas de desempleo, donde todas las comunas del oriente de Cali rondan los 15 puntos porcentuales en desocupación, las cosas no son tan sencillas, pues en Colombia, estar “ocupado” significa haber trabajado al menos una hora durante la semana de referencia en la realización de la encuesta, pero ¿cuáles son esas condiciones de trabajo?

El Informe Especial de Informalidad Laboral y Empleo en Cali y 13 ciudades, elaborado por la Cámara de Comercio de Cali en el mes de marzo de 2020 (Cámara de Comercio de Cali, 2020), nos dice que actualmente, del total de la población ocupada en la ciudad, un 49.9% corresponde a personas que trabajan “por cuenta propia”: “La población ocupada *sin ningún* contrato en Cali fue 34,5% en 2019, 30,0% contó con *contrato escrito indefinido*, 21,0% registró *contrato verbal* y 14,5% presentó *contrato escrito fijo*” (Cámara de Comercio de Cali, 2020, p.2). Es decir que solo el 35.5% de la población caleña tiene algún grado de certeza laboral, contando con contratos escritos a término fijo o indefinido.

Si bien el informe adolece de cifras diferenciadas por comunas, como casi todos los indicadores oficiales de la ciudad, las investigaciones sobre mercado laboral en el oriente de Cali nos dejan ver que el empleo informal es el denominador común de este sector de la ciudad. Sus habitantes se dedican principalmente al servicio doméstico, en el caso de las mujeres, y a la construcción y mantenimiento de infraestructura, en el caso de los hombres (Urrea y Echeverry, 2015; Urrea, 2012; Urrea y Quintón, 2000), de una manera muy similar a las grandes urbes latinoamericanas.

Respecto a las formas de trabajo ejercidas por las personas que se encuentran vinculadas al SISBEN en niveles 1 y 2 en el oriente de Cali, el Informe de Pobreza y Exclusión social en Cali (Alcaldía de Cali, 2011), nos dice que el 61.5% de los encuestados en el Conglomerado Oriente son asalariados con empleos precarios, mientras el 34.8% trabajan por cuenta propia. No obstante, el 89.2% de las personas encuestadas en este corredor urbano, devengaban menos de 1.5 salarios mínimos, que para el año 2011 equivalía a \$ 535.600 (\$147.88 USD).

Una vez presentadas estas cifras, que considero necesarias para abrir el problema de la incertidumbre económica en los márgenes urbanos, quiero enfocarme en lo que a esta investigación respecta: ¿cómo se vive esa incertidumbre? ¿qué significa para los habitantes del oriente de Cali?

3.2 “Romper la cadena”: la búsqueda permanente de una oportunidad

La referencia a la insuficiencia económica de las familias del oriente aparece, por ejemplo, cuando David nos habla de cómo su mamá se desempeñaba como “platonera” o vendedora de frutas en las calles de Cali, tratando de conseguir el sustento para sus hijos y “sacarlos adelante”; o cuando Rocky14 habla de cómo él, su madre y sus hermanos, durante su infancia, vendían periódicos para poder conseguir el dinero de la comida. Ninguno de los dos utiliza un tono dramático o intenta evocar a través de la anécdota sentimientos de tristeza, sino una imagen de bravura. También aparece cuando Gabriela nos habla de las “dificultades económicas” que llevaron a su familia a retornar desde la comuna 5, donde ella pasó la mayor parte de su infancia y adolescencia, a la comuna 13, lo que les permitió estabilizarse.

Así, la precariedad económica, al menos en las entrevistas desarrolladas en este trabajo, nunca se menciona de manera directa: no se habla de la pobreza, del hambre, o de la imposibilidad; sino de los mecanismos utilizados para sobrevivir a estas circunstancias. David, por ejemplo, luego de reflexionar sobre sus condiciones de vida, nos narra la indignación que surgió en él durante un episodio en el que la líder de una fundación a la

que él asistió durante muchos años, le habló sobre el trabajo que desempeñaba su madre.

Yo siempre me preguntaba porque la vida mía era la que llevaba. Por qué mi mamá trabaja en las calles, por qué en estas condiciones, por qué he tenido que vivir en tantos lugares. El tiempo entre mi mamá y yo siempre era muy limitado. Siempre preguntarme esas cosas de mi alrededor... Una vez doña Leonor me dijo “es que ustedes no pueden pretender vivir del agache, ustedes tienen que romper con ese modelo, todo el tiempo en la vida vendiendo chontaduros”. “Pues doña Leonor” —dice David que respondió—, “mire, mi mamá vende chontaduros y eso no nos hace ni menos dignos ni menos gente. Así nos ha sacado adelante a todos”.

En esta misma vía muchas de las entrevistas y conversaciones con los habitantes del oriente van, sin mucho esfuerzo, de la precariedad a la “falta de oportunidades”, señalada siempre como la causante de problemas secundarios como la violencia, los embarazos a temprana edad, el consumo de drogas, etc. Esta alusión constante a la “falta de oportunidades” es equivalente a una frase pronunciada por una profesora durante el desarrollo de mi trabajo de licenciatura en el colegio Nuevo Latir para referirse a los niños del grado tercero, cuando, luego de explicar las múltiples dificultades de los niños para convivir con sus compañeros de clase, dijo: “no es que ellos tengan el corazón malo”; expresando una concepción ontológica de los habitantes del oriente y un análisis inicial de las condiciones estructurales que sostienen y reproducen la marginalidad urbana.

Para profundizar en este tema resulta interesante retomar las aportaciones realizadas por Loïc Wacquant (2000, 2001, 2007), quien, al describir las realidades contemporáneas de las capitales estadounidenses y europeas, nos propone el concepto de *nueva marginalidad urbana* o *marginalidad avanzada*. Este autor complejiza la noción de incertidumbre económica y la analiza como una forma de desarticulación de unos segmentos sociales a las lógicas hegemónicas “en el contexto de un avance y una prosperidad económica global” (Wacquant, 2001, p.172).

Este desacoplamiento económico corresponde, como lo señala Ángela Giglia (2016), a una desconexión respecto a las tendencias macroeconómicas, por ejemplo, el desarrollo de las tecnologías digitales, dada la especialización de los puestos de trabajo y la consecuente descalificación de gran parte de la población desempleada (Wacquant, 2001). Esto se puede evidenciar en la poca competencia de los sectores urbano-marginales, frente al desplazamiento de la economía contemporánea hacia el sector de los servicios y la relevancia adquirida por las tecnologías digitales en el mercado laboral de las grandes ciudades.

Ejemplo de esto son Fabian y Juan, para quienes la posibilidad de acceder a un trabajo estable es una preocupación constante, por lo que tienen la intención de desplazarse a otras ciudades en busca de empleo. Pero su comprensión de lo que es trabajar se remite

a las jornadas laborales claramente establecidas, al desplazamiento cotidiano a un punto de trabajo y, por qué no, a la inversión clara de esfuerzo físico. En una de nuestras conversaciones, se mostraban sorprendidos ante la posibilidad de que algunas personas realizáramos trabajo de investigación social. Ante mi explicación sobre las características del trabajo que yo estaba realizando para comprender la composición cultural de la ciudad y la “historia del oriente de Cali”, como les explicaba, su respuesta era incrédula.

Pero además de hacer eso, ¿estás trabajando? —preguntaba Juan.

Pues es que este es mi trabajo ahora —respondí.

No, pero trabajar en serio. —insistía Juan.

Funciona también para Andrés, de 23 años, quien a raíz de la emergencia económica desatada por la pandemia resultó desempleado por motivo de un recorte de personal efectuado por la empresa de transportes para la que trabajaba. Para este joven, la búsqueda de un empleo se convirtió, durante los meses del aislamiento obligatorio, en una peregrinación: preguntar por vacantes entre sus amigos y conocidos, enviar hojas de vida por correo electrónico, responder test psicométricos virtualmente, tener entrevistas por videoconferencia, todas estas, actividades que no lograba realizar por cuenta propia y para las que requería el apoyo de alguien más diestro en el uso de las tecnologías. “Por eso es que la gente se mama¹⁵, mano, pa’todo es un problema”, decía, refiriéndose a los múltiples obstáculos que significaba para él conseguir un trabajo en estas circunstancias, aun perteneciendo a una generación que se caracteriza por ser “nativa virtual”.

En este mismo sentido, el Análisis de la encuesta de empleo y calidad de vida que mencionamos en el apartado anterior señala, para el caso de la ciudad de Cali, una correlación negativa y alta entre dos de los indicadores de la encuesta: las tasas de analfabetismo y el acceso a las tecnologías digitales. Lo anterior quiere decir que aquellos sectores con una mayor tasa de analfabetismo tienen a su vez menos acceso y experticia en el manejo de las nuevas tecnologías.

Si pensamos en el manejo de las tecnologías como uno de los factores que permite o impide el acceso al empleo, nos sirven como ejemplo dos de los mapas presentados en el documento mencionado (Ver Imagen 11). En azul, en el mapa superior, podemos ver cuáles son las comunas cuya población mayor a cinco años usa computador, y en el mapa inferior, en rojo, podemos ver cuáles son las comunas con mayores y menores tasas de desempleo.

Aunque en estos mapas no es tan sencillo rastrear tendencias específicas en los sectores marginales, resulta evidente que existe un corredor de la ciudad, compuesto por las

¹⁵ En Cali se refiere a cansarse.

comunas 2, 19, 17 y 22, en el que se presenta un alto uso de computadores y una mayor vinculación laboral. Este gráfico nos da pistas sobre la cuestión de los centros urbanos de la ciudad de Cali, pues resulta interesante que sea esta la misma zona que ha sido privilegiada en la introducción del sistema de transporte masivo. Pero esto puede ser abordado en otro momento.

Lo que resulta de interés para este apartado de la investigación es la relación entre altas tasas de analfabetismo, poco uso de tecnologías digitales y altos niveles de trabajo informal que presenta el conglomerado oriente de la ciudad.

Estos datos nos permiten entender la razón por la que el corredor oriental vive un desacoplamiento a la economía hegemónica, y la fuerza de trabajo que contienen se mantiene relegada a actividades de orden físico o práctico, como el servicio doméstico o la construcción. Respecto a esto, David, uno de los informantes, nos cuenta la enorme frustración vivida frente a los intentos inicialmente fallidos de acceder a la universidad y lo que representó para él verse enfrentado a la necesidad de aprender el oficio de la zapatería:

Para mí era imposible continuar estudiando después del colegio en algún instituto, “a módicas cuotas”, eso para mí era imposible. Pero yo quería seguir. Yo terminé el colegio, me inscribí a la Universidad del Valle, y llegué al grado del colegio sabiendo que no había sido admitido. Frustrado, porque uno viene con esas ganas, con esos sueños. Me ofrecieron ingresar a un curso de oficios, era para trabajar en una empresa haciendo zapatos y tal, y yo me sentía ¡uff! ¡fatal!... el tiempo en el que terminé ese curso, para mí fue muy impactante, porque había que almorzar en medio de los pegantes, los zapatos, todo eso, y yo decía “no, yo tengo que volverme a inscribir a la universidad”. Fue como una negación, yo no estaba del todo dándola ahí... yo era la extensión de la máquina produciendo.

Esto no significa que para David el trabajo como zapatero estuviera desprovisto de valor, sino que había en él una fuerte intención por encontrar una oportunidad y, como lo dice él mismo, “romper con la cadena”:

Pero yo decía, “yo provengo de una comunidad de obreros”, mi mamá fue por varios años platonera, vendía frutas en la calle, entonces yo quería entrar en la universidad y romper con esa cadena. Para mí el trabajo nunca ha sido una cuestión vergonzosa, pero sí me parece importante creer que merecemos otras cosas para nuestras vidas. Me volví a presentar y no quedé, no quedé en ese primer llamado, y ahí entré en esa frustración nuevamente.

Uso de computador (Personas de 5 años y más) por comuna y corregimiento
EECV Municipio de Cali

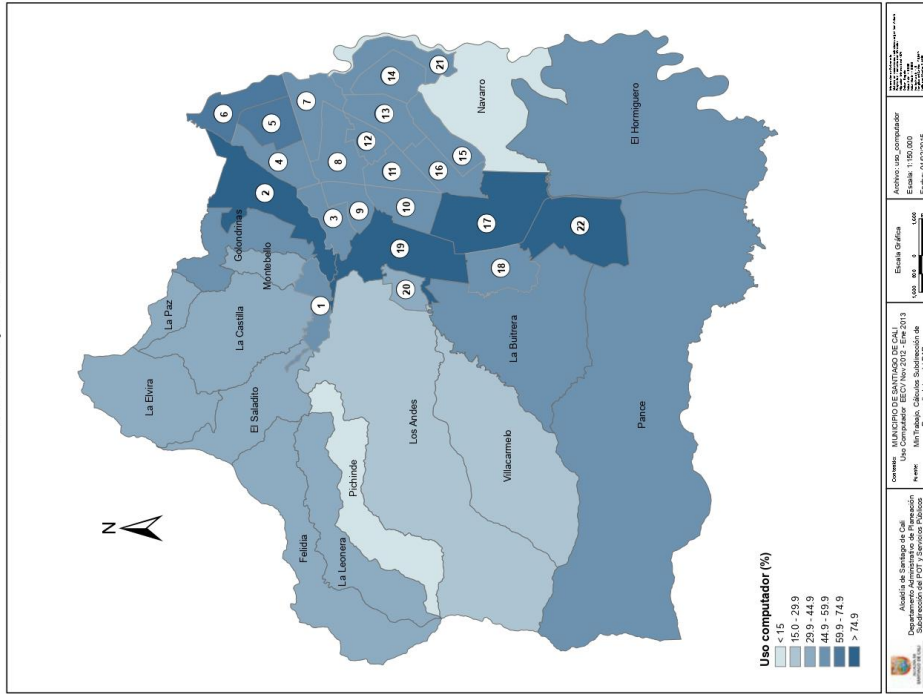


Figura 1.18

Tasa de desempleo por comuna y corregimiento
EECV Municipio de Cali

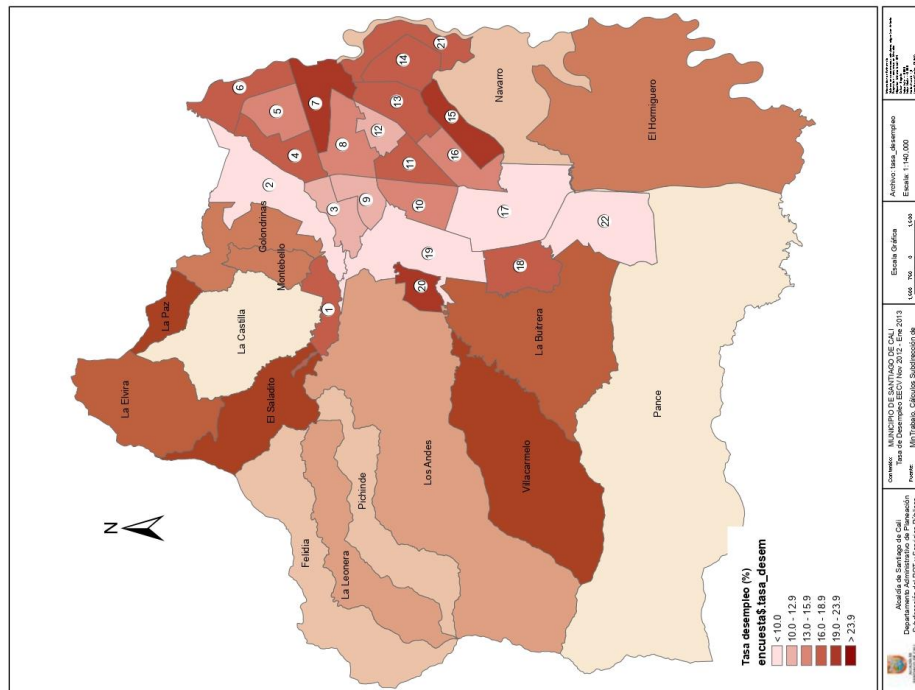


Figura 1.15

Imagen 11: Mapa de uso de computador en Cali por comunas —arriba en azul—, mapa de desempleo en Cali —abajo en rojo—. Tomado del Análisis de la encuesta de empleo y calidad de vida (2014) Págs 47 y 53, respectivamente.

Esta búsqueda, que se expresa en muchos de los relatos de los entrevistados, es reconocida por algunos de los proyectos de intervención comunitaria desarrollados desde la administración municipal y desde organizaciones sociales, como el reciente programa de Territorios de Inclusión y Oportunidades¹⁶, del que hace parte el grupo de La Barra, orientado por Ana, que busca la posibilidad de vincular laboralmente a los jóvenes. Sin embargo, no se trata solamente de crear oferta laboral como lo sugiere la concepción desarrollista de la marginalidad; la desarticulación de los sectores marginales es mucho más profunda. Ana, por ejemplo, aunque es optimista frente a los efectos del empleo como una manera de arrancar a los jóvenes de las lógicas de la violencia, reconoce las dificultades que esto implica.

Quitándoselos, quitándoselos, [refiriéndose a las pandillas] y la manera más fuerte es con el empleo... Porque esa plata vos te la gastas [el dinero que es producto de actividades ilegales], te la dan hoy y vos te la gastas en diez minutos, y te volvés el ¿cómo se dice eso? el jíbaro el de la oficina, y de eso al otro día ya no tenés nada. En cambio, esta plata [la que ganan a través del empleo] la cuidan, miran qué van a hacer. Por ejemplo, hay unos que no tenían nada cuando recién empezaron, nada, solamente la casa y [ahora] tienen cama, televisor, nevera, lavadora, tiene todo en su casa... Con esfuerzo, eso, que se la suden como yo les digo, que no sea plata fácil, porque cuando usted se la suda a usted le duele gastársela en una roca de 22, a usted le duele comprar un garrafo¹⁷, es que si usted se gastó todo y usted al otro día no tiene ni para pasar el guayabo¹⁸... Entonces es más o menos así la dinámica que se maneja.

¿Y si es fácil que den ese cambio? —Pregunto.

Sí, mira que al principio el primer pago no es fácil, porque ellos se van y se enrumban, se enrumban unos cuatro o cinco días y después vuelven a aterrizar y “¡ay! me gasté toda la plata”, pero ya después van tomando conciencia.

Para Ana, que es una líder comunitaria activa, es fácil identificar algunos de los factores que transforman la vida de los jóvenes en las zonas urbano-marginales: el empleo, los proyectos familiares, el trabajo comunitario. Pero si analizamos entre líneas estas afirmaciones, podemos ver que en el fondo se refieren a la construcción de proyectos de vida en los que se reconozcan como sujetos activos, y no solo como víctimas de su contexto.

Eran como veinticinco pelaos, pero bien carelocos, carelocos, carelocos, que si veían a alguien por ahí lo robaban, si era de darse plomo se daban, entonces ellos fueron cambiando, fueron cambiando. Y ahorita de veinticinco, por ahí nada más hay uno o dos que andan molestando, de resto todos cambiaron su vida... empezaron a trabajar, otros consiguieron esposa, tuvieron hijos; otros terminaron de estudiar y se fueron para otro lado. Entonces eso cambió el estilo de vida de los muchachos, entonces a eso se le apuesta ahorita con los pelados de La Barra, que vayan cambiando y que no solamente sea una persona el líder si no que todos somos los líderes y que

¹⁶ Programa Territorios de Inclusión y Oportunidades (TIO) Online:

<https://www.cali.gov.co/participacion/publicaciones/131337/territorios-de-inclusion-y-oportunidades/>

¹⁷ Unidad de medida popular en Cali para designar 1.750ml de cualquier bebida alcohólica.

¹⁸ Manera de referirse a la resaca o cruda.

todos proponamos algo, porque hay que potenciarlo, ¿no? Sí, ellos hicieron cosas malas, si fueron buenos para hacer cosas malas, para matar, para robar, por qué no van a ser buenos para hacer cosas buenas, son muy buenos, tienen ideas que uno se queda aterrado.

Como vemos, existe un patrón entre los habitantes del oriente de Cali en términos de su condición económica, y este no se refiere directamente a la precariedad, al menos no en los relatos identitarios, sino a la búsqueda permanente de oportunidades. Como lo aseguraba Phillippe Bourgois (2010), en su análisis sobre las redes de venta de crack en el East Harlem de Nueva York, no se trata de que exista una vocación hacia el ejercicio de actividades ilegales, pues la mayor parte de los habitantes de la *inner city*, como la denomina el autor, recurren a distintas rutas para sobrevivir, que incluyen el acceso a subsidios estatales, trabajo operativo en algunas empresas de la ciudad, comercio informal, etc., pero que, en la mayoría de los casos, se ven frustradas ante la imposibilidad para integrarse al mercado laboral debido a brechas culturales.

Entre muchos otros factores, estas brechas pueden evidenciarse en el acceso a la educación, que funciona como un escenario de preparación para enfrentar las demandas de la sociedad contemporánea. En el conglomerado oriente, los niveles de acceso a la educación superior son gravísimos: respecto a la educación media, que equivaldría en México a la conclusión de la preparatoria, los porcentajes son de 36,8%, 36,3%, 27,9%, 27,5%, 31,5%, 31,8% y 34,2% para las comunas 6, 7, 13, 14, 15, 16 y 21, respectivamente; y el acceso a la educación superior de 10,6% 8,4%, 8.7%, 4.9%, 7.4%, 10.3% y 5%. Desde aquí, uno puede comprender preocupaciones como las de David, que busca impulsar el acceso a la educación superior a través del Preicfes Paulo Freire, que funciona como una actividad educativa complementaria que prepara a los jóvenes para el examen de estado que, en Colombia, posibilita, y sobre todo trunca, el acceso a la educación pública.

Con algunos compañeros nos surgió la idea de hacer un preicfes para aumentar las posibilidades de los jóvenes a acceder a la educación superior. La idea es generar reflexión sobre quiénes somos y cuáles son los lugares que merecemos ocupar. Es fundamental para nosotros crear un espacio de ciudadanía crítica. Estudiando género, la clase, lo coyuntural, lo territorial. ¿Por qué la mayoría de los que vivimos en este territorio somos personas negras? ¿por qué las condiciones de trabajo?

Tenemos entonces que uno de los núcleos de significado asociados a la precariedad económica es el de la “falta de oportunidades”, que contiene en sí una concepción de los habitantes del margen urbano como sujetos potentes a quienes solo les hace falta un escenario propicio para desplegar sus capacidades. Sin embargo, como bien lo intuye David, existen distintos factores que provocan esta desarticulación y que trascienden el orden económico, aunque no se deslindan de él, trataremos de seguir entendiendo en qué consisten.

3.3 La violencia en las narrativas identitarias de los jóvenes del oriente.

Son muchas las investigaciones e informes oficiales que se refieren a las cifras de violencia en el oriente de la ciudad de Cali, como nos dice Gerylee Polanco (2006), “prevalece una planificación de la ciudad que se apropia de la existencia del Distrito de Aguablanca solo para hablar de su pobreza y su violencia” (p.284). Para esta autora, la instauración de una narrativa del miedo es la que permite “afirmar entonces que Cali y Aguablanca son dos ciudades distintas, aunque frente a ellas, sus límites no podamos distinguir. Un problema fronterizo. Una situación de contactos. De pasar al otro lado. Adentro y afuera. Dos territorios que solo pueden reconocerse trazados en un mapa” (p. 284-285). Pero las cifras de violencia son innegables y hay que anotarlas.

De acuerdo con Urrea y Quintín (2000), la instalación de la violencia como un elemento constitutivo de la sociedad caleña, tanto en el imaginario de los habitantes de Cali como en el de los extranjeros, se produjo a partir de la expansión del narcotráfico en la ciudad durante los años ochenta y noventa. Si bien no es posible decir que antes del narcotráfico no hubiera en Cali, o en Colombia, problemas de alta envergadura como el conflicto armado y las guerrillas urbanas, fue el fenómeno del narco el que llegó a filtrarse de manera más íntima en la cotidianidad de los caleños. A manera de conversación, con algunos jóvenes informantes y habitantes del oriente, coincidíamos en que no había una sola familia en Cali en la que al menos uno de sus miembros no se hubiera visto involucrado en las lógicas del narcotráfico durante los años noventa, siquiera en lo que respecta a las clases populares.

Así mismo, Jorge Holguín y Miguel Reyes, en su tesis de historia sobre la militancia urbana y su análisis sobre la influencia de los grupos armados insurgentes en la configuración de la ciudad de Cali, nos cuentan, a través de testimonios desgarradores, la influencia que tuvo la guerrilla del M-19 en el despliegue de prácticas violentas en las barriadas populares de la ciudad de Cali (Holguín y Reyes, 2014). Si bien estas incursiones del grupo insurgente estuvieron originadas por la intención de crear “campamentos de paz” y generar procesos de autonomía en la administración de la ley y la justicia en los territorios marginales, las repercusiones del entrenamiento militar a jóvenes de estos sectores, la circulación de armas de fuego y el posterior repliegue y disolución del M-19, terminó por brindar las condiciones para el surgimiento de pandillas y corredores de microtráfico, o narcomenudeo, en los sectores populares (Urrea y Quintín, 2000).

Hoy por hoy, y como consecuencia de todos estos fenómenos, el Conglomerado Oriente de la ciudad de Cali es uno de los que tiene una base poblacional masculina más joven y una tasa de jefatura femenina más alta (Alcaldía de Cali, 2011), lo que no es difícil de entender considerando la gran cantidad de homicidios registrados en el sector. Pero el

asesinato es solo una, quizá la más grave, de las formas de instauración de la violencia en los sectores urbano-marginales.

El Registro de Conflictividades¹⁹ realizado por la Secretaría de Paz y Cultura Ciudadana, nos enseña altas tasas de amenazas, delitos sexuales, homicidios, hurtos a personas, lesiones personales y violencia intrafamiliar en las comunas 13, 14, 15 y 21, donde se concentran cerca de un tercio del total de conflictos reportados en la ciudad para el año 2018, y se tipifican como lo muestra el Gráfico 1.

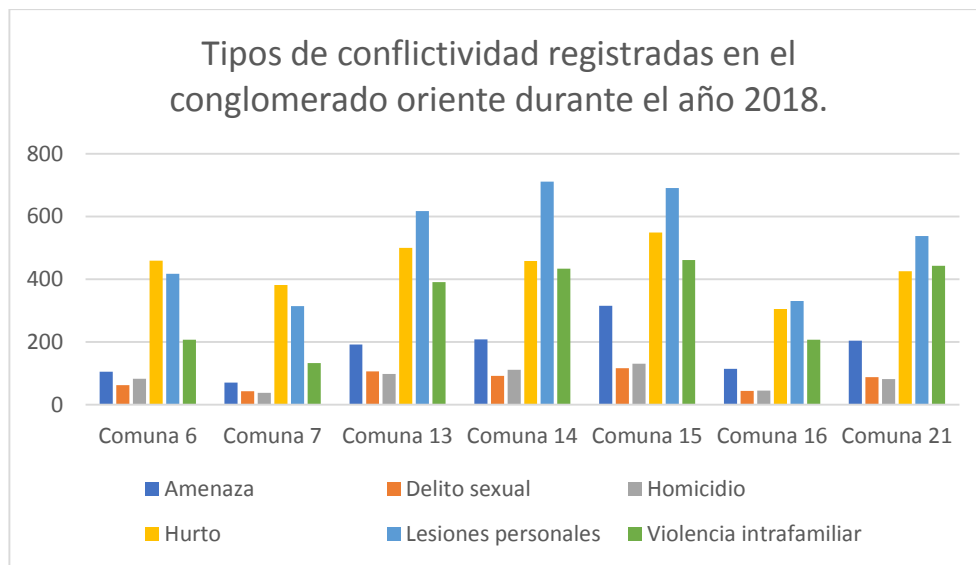


Gráfico 1: Tipo de conflictividades registradas en el Conglomerado Oriente para el año 2018. Autoría propia, tomando como base los datos reportados por la Secretaría de Paz y Cultura Ciudadana.

De acuerdo con estos datos, las comunas 7 y 16 registran los menores niveles de conflictividad en el Conglomerado Oriente, e incluso la comuna 7 se encuentra por debajo de comunas aparentemente más integradas a la ciudad central, como la 19. Sin embargo, las cifras solo nos confirman algo que ya sabemos: la concentración de la violencia en los corredores urbano-marginales de las ciudades contemporáneas. Lo que hace falta analizar con mayor empeño son los relatos elaborados por los informantes alrededor de los asesinatos, robos o intimidaciones: la experiencia de la violencia.

Como decía al inicio de este capítulo, todas las entrevistas realizadas en ambas estancias de campo aludieron de una u otra manera a la violencia, bien sea en una dimensión económica —cuando los informantes hablaban de las estrategias utilizadas para

¹⁹ Alcaldía de Cali, Secretaría de Paz y Cultura Ciudadana. [acceso 22 de julio de 2020] Recurso online disponible es: <http://datos.cali.gov.co/dataset/registro-de-conflictividades-en-el-municipio-de-santiago-de-cali-de-2010-al-2019/resource/3ce3cbc2-69bf-4e22-af6a-96ed9a371fa8>

sobrevivir a la precariedad—, o bien en una dimensión que he llamado *delincuencial*, a falta de un mejor calificativo. Cuando conversaba con Juan y Fabian sobre su llegada a La Paz, a la casa en la que viven actualmente Juan me contó:

Quando recién llegamos me agarraron ahí en el callejón dos manes, me pusieron un fierro y me dijeron “¿vos de qué equipo sos?”, y yo estaba cagado porque yo que iba a saber de qué equipo eran los manes, pero pues uno va con toda, con lo que es, sin mente, y les mostré que estaba tatuado, “no hay más, papi”, y ya me pararon y en la buena. Por eso mi papá pintó la casa de verde, también por el finado.

Esta anécdota se refiere a una amenaza por la pertenencia a un equipo de fútbol, e inmediatamente después se refiere a la estrategia utilizada para evitar nuevas intimidaciones: pintar la casa de verde, para no dar lugar a dudas sobre el equipo al que pertenecía la familia. No hay que olvidar que el hermano mayor de Juan fue asesinado en Calimío, por riñas entre barristas, lo que brinda a la familia un precedente para enfrentar esta situación.

Otro ejemplo es el de Ana, que, al hablar de su educación, narra las dificultades que implicaba para ella la violencia vivida en la comuna 13:

...para nosotros era muy difícil ir a estudiar, porque vivíamos, vivimos pues, vivimos cerca a varias fronteras... entonces nosotros para ir a estudiar tenía que recogernos la policía, porque en cualquier momento se enfrentaban cualquiera de los bandos, entonces nosotros quedábamos en medio de la frontera. Y como yo digo, yo vivo aquí pero no me he acostumbrado al sistema de que cada tres días era un muerto, o de que cada dos días era un niño herido por bala perdida, entonces no me acostumbraba. En esas yo quedé becada en el instituto popular de cultura, y yo no iba a estudiar porque me daba miedo en la noche las llegadas, yo llegaba casi a las once y media.

La anécdota aquí se refiere a las riñas entre pandillas en lo que se ha denominado desde la academia, y también desde el conocimiento popular, como “fronteras invisibles”. La primera estrategia, cuando Ana era niña, era recurrir a la policía para poder salir y entrar de su barrio; ya estando más grande Ana narra cómo su participación en procesos comunitarios y su reconocimiento en el barrio, de alguna manera la blindaron de este tipo de situaciones.

El trabajo comunitario para Ana ha cumplido una doble función, por un lado, le permitió generar un vínculo de cuidado con la comunidad, y por otro, arrancar a su hermano de las lógicas delictivas en las que se vio involucrado y que generaron por muchos años angustia para ella y su familia. Este caso tuvo un desenlace favorable, pues luego de que ella se interesara por el trabajo comunitario, a través de la creación de espacios de alfabetización con niños de la zona, y tras muchos intentos, logró que su hermano se introdujera también, con la creación de una escuela de fútbol que cada vez logra más

reconocimiento en el sector y entre los proyectos de intervención social en la zona. No obstante, al referirse al sector Ana reconoce:

...es un poquito seguro a veces y a veces muy inseguro, porque hay veces vos no podés andar pues de la manera que vos querés, no, que uno sale a la panadería, vamos compramos o vamos de aquí a los mangos, o vamos a cualquier lado, no, hay veces que uno no puede salir...si ellos están aquí en este momento y pasa alguien del lado de allá de Mojica, eso ya es problema, y más que algunos son barristas, ¡já!, peor, empiezan que “aguante América”, que “caleños”, que yo no sé qué, bueno...

Para Ana, el hecho de que el barrio sea “a veces muy inseguro” no hace que deje de ser “un poquito seguro a veces”; como si existiera un grado de aceptación de la inseguridad. La tensión entre ambas posturas es evidente no solo en Ana, sino también en Helena, a quien Rocky14 le reprocha no reconocer la inseguridad que acecha la calle en la que vive.

...por ejemplo al frente de mi casa robaban los taxis, por eso ningún taxi quería entrar a mi casa. —cuenta Helena.
¡Ja! Todavía. —responde Rocky14, renegando de las afirmaciones de Helena.
¡Veeej! —responde Helena indignada.
¿No nos bajó el taxi el otro día? Nos bajó allá en la quince... ¡Nos bajó! ¡nos bajó el taxi!, que “¿pa dónde van?”, no “que pa la casa de Helena”, no que “aquí los dejo”... —cuenta Rocky14 entre risas.

Y nuevamente, se desata entre ellos una discusión sobre las razones por las que el Distrito de Aguablanca, o al menos la comuna 14, a la que ambos pertenecen, no es un lugar adecuado para vivir.

Ellas viven amañadas en ese hijueputa rancho feo. —dice Rocky14 refiriéndose a Helena y a su mamá.
¡Culo de atrevido! —le recrimina Helena.
¡Ja! Usted sabe que es un rancho feo. —insiste Rocky14.
Cuidado esa casa de ochocientosmilpesos en Villacolombia es... ¡Culo de laberinto también más feo! —le dice Helena, refiriéndose a la casa a la que debió mudarse Rocky14 luego de las amenazas recibidas.
¡Pero está en Villacolombia! —recalca Rocky.
¡Al menos esa es Mi casa! —responde Helena haciendo énfasis en que la casa en que vive, pese a estar en un sector difícil, es propia, y no arrendada como donde vive Rocky actualmente.
Villacolombia también es horrible, güevon... —intervengo.
Bizco eso es el Distrito... —dice Helena, dirigiéndose a mí y confirmando mi afirmación.
¡Si, eso es el Distrito! —continúo, con la intención de saber la reacción de Rocky14.
Eso no es el Distrito, eso está afuera del Distrito, después del puente de los mil días...—responde Rocky enfatizando en la palabra “afuera”.

Ante la discusión Helena trae a colación un elemento muy interesante para definir por qué Villacolombia, el actual barrio donde vive Rocky14, es igual de inseguro que el Distrito de Aguablanca: el ingreso del servicio domiciliario al sector.

¡Bizco, no va ni Rapi allá a la casa de Rocky14! —me dice Helena.

¡Dizque no va ni Rapi! —se defiende Rocky14.

Rapi llega y salta la casa de él y coge todo lo demás ¡Imaginate! Y él dice que no es el Distrito. ¡Es lo mismo! —insiste Helena entre risas.

¡No es lo mismo! —reitera Rocky.

Si Rapi lo salta es porque Rapi sabe que es peligroso. —asegura Helena haciéndonos reír a todos.

¿Qué peligroso? Eso por allá no pasa nada. —asegura Rocky.

¡Voy a entrevistar a los conductores de Rapi! —digo bromeando.

Los de Rapi no entran al Distrito...—señala Helena.

¡Ja, yo detesto los de Rapi! —concluye Rocky.

Este factor es relevante, en la medida en que señala la falta de acceso que tiene el corredor oriental a un servicio aparentemente tan simple como los domicilios de alimentos y víveres. Y es que, efectivamente, la plataforma de domicilios Rapi, nos enseña una nueva visión de lo que es el oriente de la ciudad, restringiendo el servicio a casi todos los barrios de las comunas 13, 14, 15 y 21; y a la mitad de los barrios de las comunas 6 y 7, aquellos más próximos al Río Cauca, que nuevamente aparece como un marcador espacial de la violencia. Hay que admitir que la distinción establecida por el servicio domiciliario no dista mucho de lo que presentan los indicadores de violencia que exponíamos unas líneas atrás. Parece existir una suerte de gradación de la violencia, haciéndose más intensa conforme los territorios se alejan más de la ciudad integrada. Pero esta es una hipótesis que podemos seguir discutiendo a la luz de las narrativas de los informantes.

Las descripciones realizadas por Helena y Rocky14, agregan otros elementos a la comprensión de la experiencia de la marginalidad, cuando narran los episodios de violencia vividos durante la infancia, como la primera vez que Rocky14 vio un cadáver,

Me acuerdo un día de una balacera, que fuimos a la tienda a comprar leche, entonces yo iba con mi mamá, y compramos la leche en la esquina, era la misma cuadra, el mismo pasaje, cuando en esas se han agarrado a balazos ¿no? Entonces ¡jueputa!, mi mamá nos coge y rompió la hijueputa bolsa de leche por estar con su miedo, le clavó las garras y rompió la bolsa. Y nosotros corra y nos metimos debajo de un carro. Cuando, ahh, que ya pasó que vámonos y vamos pa' la casa, y ya... ese fue el primer muerto que yo ví y lo llevaban así, con las manos así —simula las manos colgando—, todo lleno de sangre, así todo (descuelga los brazos)...

Ante la anécdota, Helena, que es insistente en combatir los estereotipos del oriente de Cali, asegura que no es común ver cuerpos de personas asesinadas, y que si Rocky14 los veía era porque a su familia tiene tendencia a involucrarse en esos asuntos.

Pero no, Rocky14 veía muertos era porque doña Luz era muy chismosa. Doña Luz ve un muerto y ella sale corriendo a mirar, porque yo toda mi vida viví en el Distrito y yo nunca, yo hasta ahora nunca he visto un muerto. —dice Helena.

¡Ahhh, esas bobadas Helena! Uno va pasando y en la arepería mataban uno. Vos decís que eso no es feo, pero, ¿por qué nos tenemos que ir temprano? Porque a tu casa no se puede entrar tarde ¿cierto? Allá ni entran los taxis. —señala Rocky14.

Pese a que Helena se resista a admitir el riesgo constante que implica vivir en un barrio como Puertas del Sol en la Comuna 14, la situación es evidente. Gabriela, que vive relativamente más cerca de la Avenida Simón Bolívar —que como veíamos en el capítulo dos, funciona como un marcador espacial del margen oriental, más o menos convencional—, también habla de las dificultades que implica para ella desplazarse por la ciudad, teniendo en cuenta que los horarios de llegada a su barrio son restrictivos, si se trata de entrar con tranquilidad. Gabriela narra con entusiasmo y exaltando la valentía de su hazaña:

Yo una vez entré en bicicleta como a las 11, antesito de las 12 [de la noche], y no me pasó nada.

La anécdota entenece y cuestiona a quién la escucha ¿por qué es concebido como una hazaña volver a casa en bicicleta antes de la media noche? Para entender por qué lo es, nos son útiles las intervenciones de Helena, que ilustran un poco más lo que significa vivir en la comuna 14. Primero se refiere al barrio donde vivía Rocky14,

Es que el 9 de enero son como dos cuadras —Helena simula estar dibujando un mapa sobre la mesa—, es como un... como una zona de recicladores, y hay gente que es habitante de calle, y ahí hay expendio de todo lo que vos quieras. Entonces, al lado de acá —señalando la dirección opuesta en el mapa ficticio—, en la otra cuadra en Villa San Marcos vive Rocky14.

Helena explica la delincuencia de Villa San Marcos en su cercanía con el “9 de enero”, y luego explica las características de su propio barrio, ubicado a unas pocas calles.

El cuatro es una... es que Puertas del Sol tiene zonas, entonces el "cinco" es el de acá, el "cuatro" es el de acá, yo no sé que número es el de acá, el caso es que la casa quedaba —refiriéndose a la primera casa a la que llegaron en ese sector— como en medio de un poco de pandillas y ahí habían todo el tiempo balaceras, y cuando habían las balaceras mi mamá nos decía que nos teníamos que hacer detrás del lavadero, porque como era un rancho, pues entonces eso podía, un disparo podía atravesar... entonces nos hacíamos detrás del lavadero, ese era nuestro escudo protector, que quedaba en el patio, atrás, entonces tenía que atravesar... la bala tenía que atravesar como quince esterillas pa' poder llegar. Pero yo nunca llegué a ver nada. Esa fue la zona como más caliente. La del frente de mi casa —refiriéndose ahora a la casa actual— yo sí veía que robaban los taxis, yo veía como encañonaban la gente, pero yo nunca llegué a ver a nadie muerto. Nunca.

Pese a no haber visto algún cuerpo, Helena habla con mucha naturalidad de los distintos episodios de asaltos e intimidaciones, a los que Rocky14 y yo sumamos nuestras propias

anécdotas. Iniciamos comentando cómo la primera vez que yo estuve en la comuna 14, visitando a Helena, fui asaltada.

Uy a mí también un día me robaron por culpa de Helena ahí en Marroco —dice Rocky14.
Pues como yo me metía ahí y a mí nunca me robaban. —responde Helena.
Pero es que yo llevaba el celular en el bolsillo. La cagué porque lo llevaba y se veía ahí el bultico del celular —comento yo.
Usted la cagó desde que entró a Marroquín. Nada tenía que ver el celular ahí. —asegura Rocky14.
A nosotros se nos entraron a la casa a robarnos. Que el bobo de Pitoniza llega y saluda al hijueputa ladrón, el ladrón entra y nos quita el walkman, discman, la chimbada esa que... ni siquiera era mía, era de Hamilton. Y estábamos ahí todos sentados, el man entra, no sé qué, casual, "pásenme los celulares", y se fue y se robó todo... —cuenta Helena.
Yo digo que esa casa suya es un hueco... Así se le robaron una bicicleta en frente de su casa también. —insiste Rocky14— ¿Cómo a mí en mi casa nunca me han robado?
¡Te entraron y te robaron la sala de internet! —lo desmiente Helena.
Te robaron la grabadora, ¡el otro día estabas contando, güevon! —le digo mientras reímos.
Pero pues... es diferente —se excusa Rocky entre risas.
¡Te encañonaron y encerraron a tu hermano en el baño! —dice Helena describiendo la situación.
Yo ya no me acordaba... Pues es que no me acordaba —dice Rocky14 entre risas.
¡Y dice que nunca lo han robado en la casa de él! —se burla Helena.
Pero digo afuera de mi casa... —bromea Rocky con ironía.
¡A ver! ¡Afuera! adentro sí, pero afuera no. —se burla Helena.
Yo digo, a los alrededores... —insiste Rocky.
¡Cuánta seguridad! Te roban adentro, pero no afuera —digo, bromeando.

Así como en esta oportunidad, las siguientes entrevistas están colmadas de anécdotas violentas, seguidas de las estrategias para evitar la situación, o de reproches a la víctima por no estar lo suficientemente atenta. En las grabaciones desfilan asaltos a mano armada, situaciones de acoso, lesiones personales ocasionadas por desacuerdos o simples "molestias" entre grupos de jóvenes de un mismo barrio. Andrés, de la comuna 6, también se extiende en anécdotas, entre las que resalta su participación en fraudes a taxistas, a quienes luego de abordarlos en zonas céntricas de la ciudad y pedirles que los lleve al barrio Floralía, él y sus amigos abandonaban sin pagarles, sabiendo que contaban con respaldo en sus calles. Entre las narraciones de Andrés, también constante mención de finados: "que en paz descance" dice, en repetidas ocasiones, cuando habla de sus amigos, sin que yo me atreva a ahondar en preguntas por la solemnidad de su gesto.

Como vemos, las narraciones de experiencias de violencia son múltiples y de distinto orden, y aunque uno podría argumentar que en general la violencia en Cali se experimenta de una manera constante y está internalizada como uno de los ejes constitutivos de la sociedad caleña, la experiencia de la violencia en los márgenes urbanos, al menos en el Conglomerado oriente de la ciudad de Cali, parece tener unas características particulares: primero, un entrelazamiento constante entre el relato de la

precariedad económica y el de la delincuencia, como si hicieran parte de un mismo núcleo de significado; segundo, una narración impasible de los episodios violentos; y finalmente, la presencia de estrategias para la supervivencia a las distintas formas de violencia.

3.4 El bucle de la precariedad económica y la violencia.

Quiero referirme muy brevemente al entrelazamiento que mencionaba unas líneas atrás, y que es un fenómeno que puede verse en los fragmentos de las entrevistas: el intercambio constante de dos ejes narrativos, el de la precariedad económica y el de la violencia. Así como exponía en capítulos anteriores la facilidad con la que los informantes intercambian las denominaciones “oriente” y “Distrito de Aguablanca”, como si se tratara de lo mismo; así ocurre con las categorías “violencia” y “pobreza”, aunque de una manera más compleja.

Durante una de las entrevistas, mientras Rocky14 hablaba sobre cómo había “salido del Distrito” al mudarse a Villacolombia, bromeaba con que nunca regresaría a ese sector de la ciudad:

Yo ya por allá no voy porque eso es una olla²⁰. —dice Rocky14 con tono sarcástico.

Sabiendo que él vivía allá al pie del 9 de enero en el hueco ese, se fue pa' Villacolombia y entonces él dice que no, que ya allá no se mete —dice Helena.

Villacolombia también es caliente. —intervengo.

¡O sea, marica! Allá un corte de pelo vale doce mil pesos, marica —responde Rocky, imitando el acento estereotípico de la clase alta.

Como se hace evidente, en esta breve intervención hay una yuxtaposición de dos fenómenos, el hecho de que Rocky viviera en una zona de alta peligrosidad y que ahora viva en una zona donde un corte de cabello cuesta doce mil pesos (\$3,5 USD), como si esto último convirtiera automáticamente al actual barrio, en la comuna 8, en una zona menos violenta. O como si la peligrosidad del oriente de Cali se viera reflejada en el bajo costo de los servicios.

Este solapamiento puede parecer poco dicente, pues la relación entre pobreza y violencia es una diada de análisis infinitamente estudiada. Lo que a mi parecer resulta interesante es el entrelazamiento simbólico de estos dos elementos en las narrativas identitarias, como si en la experiencia de la marginalidad hubiera una continuidad natural entre ambas categorías, donde no se sabe con exactitud cuál desencadena a cuál, o donde empieza una y termina la otra. En otra de nuestras conversaciones, al hablar de

²⁰ Modo de referirse a los lugares de alta peligrosidad.

la familia de Rocky14 y el hecho de que gran parte de sus tías viven en el oriente de Cali, él decía:

Ellas viven ahí porque la única que estudió fue mi mamá. De todos. Todas mis tías son empleadas del servicio, entonces todas viven en el Distrito pues porque dónde más van a vivir. Así también era mi mamá. Es que en el lugar de nosotros... Ahhh ¿usted vio una balacera cuando fue a mi casa o no? El único lugar que tiene cuatro paredes es el baño. "¡Métase al baño, métase al baño!", decía, porque como acá quedan las partes de adelante —haciendo gestos para explicar la distribución de la casa—, acá la otra ventana, pues claro los tiros atraviesan las ventanas. ¿Usted ha pillado? Ahh, pues no sé... en la puerta de mi casa hay un tiro así ¡Shu! parece como dos tiros clavados...

A raíz de esto recordamos la conversación sobre la pobre oferta cultural del oriente, y Rocky14 dice,

Ahh pues es que esa es otra, usted... usted no necesita otros lugares para ir porque usted no tiene plata pa'ir a ningún lado (Risas). Entonces, técnicamente, cae como anillo al dedo.

Estos problemas económicos, que según veíamos con Adler (1998), pueden conducir a formas de intercambio basadas en la solidaridad y la distribución de las responsabilidades —que podríamos ejemplificar con las ollas comunitarias y puntos de acopio de víveres surgidos durante la pandemia ante la crisis económica de las familias del oriente—, pueden leerse también desde una perspectiva radicalmente opuesta. En otra conversación con Rocky14 y Helena, hablamos sobre de qué dependía irse o quedarse en el oriente de Cali, tomando como ejemplo mi propia historia, en la que hubo un alejamiento intencionado del oriente por parte de mi familia, buscando una mayor integración a la ciudad; y contrastándola con la historia de Rocky14, cuya familia tardó muchos años en irse de Villa San Marcos, pese a vivir de manera tormentosa su estancia en el Distrito de Aguablanca.

No me respondieron la pregunta sobre si la mayoría de la gente quiere irse y se queja, o a la mayoría de la gente le vale mierda. —señalo a Rocky14 y a Helena.

¿Y pa'dónde se van a ir? —dice Rocky14, devolviéndome la pregunta.

Pero ¿quieren? La pregunta es si la gente quiere irse —señalo.

¡Vea las ventajas! ¿Sabe cuánto pagaba yo de energía allá? ¡Pagaba treinta y seis mil pesos! —señala Rocky enfáticamente— pagaba treinta y seis mil pesos allá (\$12 USD). ¿Sabe cuánto pago acá? ¡Ciento treinta y seis mil pesos (\$40 USD)! ¡subió cien mil pesos! Y ahora somos tres, allá éramos cinco.

Yo no sé, bizco (dirigiéndose a mí), porque si yo pienso, por ejemplo...—intenta complementar Helena.

¿Cómo se va a ir uno de allá? Si usted se gana el mínimo (salario mínimo) y tiene que mantener cinco personas, usted no puede vivir en otro lado. —interrumpe Rocky.

O sea que vos crees que es solamente una cosa económica, como que la gente está aquí solamente porque no puede vivir en otra parte. —reitero mi pregunta.

¡No puede! Primero que todo NO PUEDE, partiendo de ahí, o sea NO PUEDE. —insiste Rocky subiendo el tono de su voz.

Pero si llegaran a ganar más plata ¿todos se van? —añado.

Sí... —responde Helena con tono decepcionado, luego de reflexionar por un rato.

Yo creería que sí. —enfatisa Rocky14.

¡Sí! Si ganan más plata se van. —dice Helena, decidida.

Yo creería que sí, porque usted no puede, usted NO PUEDE, literalmente, NO PUEDE VIVIR EN OTRA PARTE CON LO QUE SE GANA, no puede, no puede. —reitera Rocky haciendo énfasis en las palabras escritas con mayúscula.

Con ese razonamiento, sí. —concede Helena.

Si usted ganara el doble de lo que gana ¿usted pa'qué va a vivir aquí? ¿pa'qué putas si no hay nada? —cierra Rocky14.

La precariedad económica, que en muchas investigaciones es analizada como un elemento que genera unidad y vínculos comunitarios, puede ser también leída como la única razón que mantiene a las personas arraigadas a los territorios urbano-marginales, o como un fenómeno indistinto al de la violencia delincriminal. Así también lo señala Gabriela, quien asegura que de contar con ingresos estables viviría en otro punto de la ciudad, uno más agradable.

No sé, donde uno vea montañas, verde, donde no te asomes por la ventana y lo único que veás sea la cocina del vecino, donde no haya ruido todo el tiempo.

Pero surgen las contradicciones, Gabriela asegura que con los años ha descubierto la fuerza que tiene el oriente de Cali, “donde sale el sol, donde la gente se levanta todos los días a trabajar por esta ciudad”, y Rocky14 es interpelado por Helena.

¿Y vos por qué no te has ido? Tu familia tiene como irse pa' otra parte, y siempre han dicho que se quieren ir y se quieren ir y no se van. Tuvo que pasar lo que pasó para que se fueran.... La diferencia entre la familia de Rocky y la mía es que para ellos siempre ha sido un peso vivir en el Distrito, siempre se han quejado, que esto tan peligroso, que está lleno de negros, que tanta bulla, pero ahí vivieron como veinte años... Póngale cuidado —dice Helena dirigiéndose a mí y haciendo un recuento de los activos económicos de la familia de Rocky14— ellos tienen la casa en San Marcos, tienen otra casa en San Marcos, tienen una casa en el Cremal, tienen una camioneta, don Ivan tiene un trabajo fijo, y adicionalmente tenían un negocio, una sala de internet...

Usted si habla... usted si sabe vender las cosas... mejor dicho ¡Usted si vende humo! ¡Ya somos ricos, ve, ah! ¡Hasta me sentí rico y todo! ¡Jueputa! — nos reímos durante un rato y la conversación retoma su rumbo.

No son ricos, pero económicamente tendrían para vivir en otro lugar... —insiste Helena.

¡Jamás! ¡yo tengo que pagar parte del arriendo! Primero que todo, la camioneta que Helena pone como un activo, realmente es un pasivo porque... —y Rocky se extiende a hablar de las dificultades económicas que impedían a su familia mudarse.

Consecuentemente, y casi por inercia, en todas las conversaciones aparece el tema de la delincuencia conectado con la precariedad, sin que necesariamente haya una referencia a la causalidad. Andrés, por ejemplo, habla de algunas oportunidades en las que se vio intimidado por tener en su posesión motocicletas robadas, llevadas por sus

amigos para que las reparara cuando se dedicaba a la mecánica. Él asegura no conocer la procedencia de los vehículos, y se justifica en la necesidad de conseguir dinero.

En esta misma vía, Rocky, que siempre que puede insiste a Helena en desnaturalizar la violencia que los rodea, bromea sobre la constancia de los asaltos en el Distrito, luego de que Helena nos cuenta cómo los ladrones que merodean su casa recorren toda la calle paralela a un estacionamiento, haciendo distintas paradas para robar.

No, pero es que las cosas no se compran solas Helena. —dice Rocky, ironizando sobre la justificación de los robos.

Pero pues tendría que ser perico pa'que sea tan caro pa'tener que hacer tres robos... ¡Tres robos pa una línea! —dice Helena, refiriéndose a los robos de los que es testigo en los alrededores de su casa.

¿Tres robos pa' conseguir cinco luquitas? —intervengo.

Es que estás robando a gente del Distrito ¿no? Tienen que tener eso en cuenta, no es lo mismo ir a robar a la sexta a un gomelito que usted le quita la billetera y se hace la semana. Pero usted va y roba allá, que le pagaron la quincenita, y allá pagan semanal ¡Imaginate! Entonces una semanita ahí le robas —interviene Rocky—. Al frente de la casa de Helena, no le digo que se los robaron a ellos y a nosotros nos robaron una bicicleta, un día nos iba a robar un loco... nos salió un peladito con un cuchillo, que no sabía ni robar el bobo ese... que “pasámelo”, eso no se sabía si nos iba a robar o qué, o nos iba a saludar.

¡Nos encañonó un man con una hijueputa pistola brillante! —comenta Helena.

Ah, pero ese fue el que era amigo mío y nos dejó seguir... —señala Rocky.

Ese no era amigo tuyo. —desmiente Helena.

¿El de la pistola? —pregunta Rocky.

¿Ese era amigo tuyo? —Helena reitera la pregunta.

¿Pues por qué cree que no nos robó? ¿por qué cree que no nos robó? El del cuchillo no nos robó porque estaba aprendiendo a robar. No, no, no, o sea ¿el negro ese? ¿o el otro?

Es bastante notorio que las alusiones a la violencia entre los habitantes de sectores urbano-marginales se dan de una manera más desenfadada, comparada con las reacciones de personas que habitan zonas de la ciudad más integradas, pero no considero que esto deba ser interpretado, necesariamente, como una apropiación de la violencia como un “elemento constitutivo de la identidad” específico de estos sectores, como lo aseguran Urrea y Quintín (2000; p.12).

Los análisis epidemiológicos de la violencia en la ciudad de Cali dejan claro que la presencia de este fenómeno es una cuestión generalizada²¹; Cali es reconocida por ser una ciudad violenta, y sus habitantes hemos naturalizado progresivamente esta situación e incorporado ese elemento a nuestra narrativa identitaria.

²¹ El País [acceso 24 de marzo de 2020] El mapa de la muerte, 15 años de homicidios en Cali. Disponible en: <https://www.elpais.com.co/especiales/el-mapa-de-la-muerte/>

Considero entonces que la especificidad del oriente de Cali no radica en haber incorporado la violencia a los relatos identitarios, sino en haber construido un núcleo de significado en el que la violencia económica y la violencia delincuencial se hallan en un circuito inquebrantable. Esto significa que, más allá de un proceso de naturalización, que se expresa en relatos impasibles de asaltos, asesinatos, o la precarización de la vida; hay un fenómeno de yuxtaposición o superposición de los distintos tipos de violencia que cubren el oriente de Cali: la violencia estructural que condena a estos sectores a la precariedad permanente, y la violencia delincuencial que se exagera en estos sectores.

3.5 La domesticación de las violencias: “uno ya sabe cuál es el amigo que roba”.

Finalmente, quiero cerrar este apartado recurriendo a uno de los elementos enunciados por Ángela Giglia (2019) al referirse a las formas de significación del espacio y la construcción de lugares. Para la autora, uno de los elementos más significativos en la creación del *sentido de pertenencia* a un territorio es el de haber participado de la producción, crecimiento y transformación del lugar que se habita: la domesticación del espacio. Este proceso es uno de los más significativos en términos del arraigamiento de los individuos y comunidades a los lugares en los que viven.

La autora propone otros dos procesos que pueden derivar en el fortalecimiento del sentido de pertenencia: la elección del lugar y la relación especular con el mismo. Frente al primero queda claro, a partir de las entrevistas, que la llegada al oriente de Cali es más un resultado circunstancial asociado a la búsqueda de oportunidades y la precariedad económica, que una elección propiamente dicha, surgida de la voluntad de las familias. Sobre la segunda, es posible pensar en una relación especular entre los habitantes y el territorio si nos referimos, por ejemplo, a la historia de adversidad de este contexto, a la convivencia de expresiones culturales muy vivas venidas del pacífico junto a dinámicas de violencia filtradas en la cotidianidad, o en general al valor de la resiliencia, pero esta dimensión no aparece tan claramente.

Por otra parte, cuando hablamos del proceso de domesticación del espacio, aparecen, sin falta, principalmente en las narraciones de las primeras generaciones de migrantes llegados entre los años sesenta y ochenta, las historias de invasión y poblamiento del oriente de Cali, el acceso a los servicios públicos, la intervención paulatina del Estado, etc. No obstante, en el caso de los jóvenes entrevistados para este trabajo, todos ellos nacidos en los años noventa y llegados al oriente de Cali una vez consolidado este corredor, los relatos de domesticación del espacio pasan a un segundo plano y dejan su lugar a los relatos de *domesticación de la violencia*, o *domesticación de la incertidumbre*.

Durante todo este capítulo, hemos hablado sobre cómo las narrativas identitarias de los jóvenes entrevistados, cuando abordan la precariedad económica y la violencia delincinencial, van siempre acompañadas de menciones a las estrategias utilizadas para sortear las circunstancias. En el caso de la escasez de recursos, vimos que siempre se alude a ella de manera tangencial, a través de relatos sobre los oficios desempeñados para garantizar el sustento, o las numerosas migraciones en busca de una oportunidad. Cuando se narran episodios como asaltos, intimidaciones o amenazas, siempre aparece o bien el reproche por no haber estado lo suficientemente atentos a la situación, o bien la descripción de la ruta que le permitió, y le seguirá permitiendo, a los protagonistas, mantenerse a salvo.

Un ejemplo que considero esclarecedor en este caso, es la suspicacia expresada por Helena al conversar sobre las amenazas recibidas por Rocky14 de sus vecinos, con quienes tuvo un altercado debido a sus reproches por el ruido que hacían durante la mañana.

...entonces, cuando le iban a alegar, él se ponía a burlarse de la gente que le alegaba... Yo no estaba. Doña Lucy una vez me llamó, y lloró y, mejor dicho, casi se muere porque "al bebesito" le habían ofrecido plomo porque se puso a alegar con el señor, como que lo putió, yo no sé qué fue lo que hizo y como él no cuenta, entonces... además él alegaba desde la ventana y entonces el otro le dijo que si seguía mariquiando lo iba a pelar y doña Lucy dijo que eso era en serio que ese señor era un matón, que era un sicario, que no sé qué... —narra Helena, describiendo las amenazas recibidas por Rocky14.

Me imagino que lo amenazaron y él tampoco se quedó callado... ¿tampoco te quedaste callado, cierto? —pregunto, dirigiéndome a Rocky14.

¡Si tuvo que salir el papá a defenderlo y a llamar al señor —refiriéndose a Rocky14—, y decirle que se fuera pa'la casa porque es que este estaba dizque asomado desde el balcón gritando mientras el señor le ofrecía plomo... Ahhh era en el antejardín! —continúa Helena.

El bobo ese metía los brazos por la ventana y pues yo le cogía los brazos —complementa Rocky14. Entonces doña Lucy se puso a llorar y entonces que le iban a matar el hijo, que ella no podía dormir y se consiguieron una casa en Villacolombia pa llevarse al bebé —concluye Helena, haciendo un poco de burla de la situación.

¡Qué va! Si todo el mundo estaba aburrido por ahí con esa hijueputa bulla. —se defiende Rocky. Noooo, pero "llevarse al bebé" no bizco, ¡qué miedo! —le reprocho a Helena.

Yo honestamente creo que fue exageración de doña Lucy. Yo sí creo que fue exageración de ella... Bizco, a uno allá todo el mundo le ofrece plomo y nadie... —dice enfáticamente Helena, dirigiéndose a mí.

¡Pero no tu vecino, bizco! —respondo.

Es que mi mamá le comía cuento que porque le decían "dedos", que yo no sé qué... Le decían dedos porque le faltaban tres dedos, que se los habían mochado por estar mariquiando, porque era un hijueputa taxista... —comenta Rocky.

Este fragmento de conversación evidencia una de las principales estrategias que es expuesta en las distintas entrevistas: la posibilidad de diferenciar una amenaza genuina de una falsa; habilidad que parece fundamental para reaccionar frente a los distintos tipos

de conflictividades que pueden presentarse. Como decíamos, esto puede ser fácilmente interpretado como una forma de naturalización de la violencia, pero considero que el verdadero núcleo de esta conversación, y donde radican valores como la viveza y la bravura, tan exaltados en las zonas urbano-marginales, es en la posibilidad de discernir. Es decir, los episodios violentos van a seguir siendo narrados como eventos fuera de lo común, como puntos de inflexión en las narrativas, en términos de Bruner (2004), pero lo verdaderamente heroico del relato es la muestra de experticia en el manejo de la situación que puedan dar los sujetos, en este caso los habitantes del oriente.

Después de las doce ya no hay reglas en la calle, me puedo ir con Helena en la moto, sin casco.

—dice Rocky14.

¿Y vos crees que yo voy a llegar a las doce de la noche a mi casa? —responde Helena.

¡Diga por qué! ¿por qué? ¿por qué? (risas) ¡Ahhhh! Ahora sí ¿cierto? ¿ahora sí es un hueco?

¡Ahhhh! (risas escandalosas) ¡Yo por allá no entro ni a palo a esa hora! —se burla Rocky14.

¿Por qué? ¿Así está de horrible? —pregunto.

Eso siempre ha sido así, sino que yo es por joderla a ella, porque es que ella vive en el... Es que usted no sabe, es que San Marcos es el barrio alto de allá, porque es que ella vive es en el CINCO, o sea, en el CINCO —enfatisa Rocky, mientras Helena continúa riéndose— ¡Todo lo que se llame por un número, eso es feo! ¡El nueve es feo, el cinco es feo!

No bizco, uno puede entrar a cualquier hora, pero uno prefiere no hacerlo. —me contesta Helena, con tono sarcástico.

Si lo pensamos en términos de la significancia narrativa de Bruner (1997), los elementos significativos en los relatos identitarios están asociados a la resiliencia y a la capacidad sobreponerse a la dificultad. Otro ejemplo es el caso de Ana, que también da muestras claras de un proceso de domesticación de la violencia, y que además lo enuncia como una razón para seguir viviendo en el Poblado II.

...porque es que uno ama el lugar donde vive, uno se siente seguro, o sea por más inseguro que sea el barrio uno se siente seguro, porque vos ya conoces quien es el amigo que roba, vos sabes a qué hora podés entrar, a qué horas no, uno se siente seguro. No, yo no me iría, a otro sector puede ser que sí.

Esta es quizá una de las respuestas a las preguntas formuladas por Helena a Rocky14, cuando él enunciaba las múltiples razones por las que consideraba que el Distrito de Aguablanca no era un buen lugar para vivir: “¿y vos por qué no te has ido?”, insistía Helena. Quizá una de las razones de la permanencia y del arraigo, de lo que Giglia (2019) llama el sentido de pertenencia, es la *domesticación de las violencias*, que, en el caso de las generaciones llegadas en los noventa, se superpone a la domesticación del espacio.

Otro ejemplo de esto ocurrió durante el mitin que la Resistencia Antirracista realizó en la plazoleta Jairo Varela de la ciudad de Cali el día 3 de julio de 2020, durante la estancia de profundización, en este evento, en el que me encontré con varios de los informantes, David, habitante del Poblado II me hablaba sobre lo mucho que le hubiera gustado haber

ido en bicicleta, pero las dificultades que implicaba para él volver en la noche solo hasta su casa, por lo que prefería usar el transporte público, elección que también puede ser interpretada como una estrategia.

Este tipo de narrativas, si bien exaltan la bravura y viveza de la población que habita el oriente, generan un solapamiento de las condiciones estructurales que producen y reproducen la precariedad y, como veremos más adelante, pueden terminar encubriendo en la bravura, la vulneración. La tensión entre estos dos elementos es constante: por un lado, la denuncia de un empobrecimiento ejercido desde afuera, y por otro, la exaltación de la resiliencia y viveza de los marginales. Si bien estos dos hilos discursivos no son mutuamente excluyentes, el segundo corre el riesgo de acercarse a excusar la marginalidad en una falta de presión o perseverancia por parte de los segmentos sociales no integrados (Enríquez, 2007).

Otra característica de estos relatos de supervivencia, es la manera en la que sus protagonistas —mis informantes— se desplazan entre la legalidad y la ilegalidad con mucha desenvoltura. Andrés, Ana, Helena, Rocky14, los chicos y chicas de La Barra, conocen y se mueven, con distintos grados de experticia, entre quienes hacen parte de los grupos delincuenciales: son conocidos, amigos, vecinos, familiares; y esto es también una estrategia para sobreponerse a las violencias. Andrés y Rocky14 han sido también agentes de intimidación y lesiones a otros, al igual que Juan y Fabian, pero esto no aparece de manera explícita en las narrativas, sino, justamente, de manera soterrada, en medio de este amalgamamiento de violencias que pretenden explicar y justificar las realidades conflictivas.

Esto lo podemos comprender a la luz de lo dicho por Guber y Casabona (1985), quienes nos enseñan cómo los sectores marginales están signados por la ilegalidad desde su proceso de poblamiento, que se sale de los estándares establecidos por el Estado, desde los matrimonios no registrados, el trabajo informal, la desvinculación del sistema escolar, la conexión ilegal a servicios públicos, la falta de documentos oficiales, hasta la participación en actividades ilegales. Todo esto, conduce también, de acuerdo con las autoras, a la resolución de los conflictos a través de vías también ilegales o al menos informales. Pero para pensar en estas formas de resolución desde la “ilegalidad”, no necesitamos irnos tan lejos como para afirmar que todos se constituyen, en algún momento de su historia, en actores violentos, sino, simple y llanamente, pensar la concepción de estrategias que fluctúan entre lo legal y lo ilegal; una tensión permanente en los márgenes urbanos.

Este proceso de domesticación del que hablo, para nada pretende ser una forma de penalización de los sectores urbano-marginales, que, como nos dice Wacquant (2007), han sido objeto de una historia de degradación y estigmatización que, cuestionando su

humanidad misma, ha justificado formas de explotación y control perversas. Tampoco está asociado a la idea de que la violencia es un elemento constitutivo o exclusivo de estos sectores, pues, como ya vimos, al menos en el caso de Cali, el fenómeno de la violencia está instaurado de manera generalizada en la narrativa identitaria de la ciudad. En cambio, lo que intento decir es que, en la experiencia de la marginalidad expresada en los relatos de estos jóvenes —nacidos en los años noventa, habitantes del Conglomerado Oriente de la ciudad de Cali—, el ejercicio de domesticación, de amansamiento si se quiere, tanto de la precariedad como de la delincuencia, es un eje fundamental en sus narrativas identitarias.

4. EL MARGEN TIENE COLOR DE PIEL

Cuarto capítulo

Al iniciar el aislamiento obligatorio decretado en Colombia frente a la pandemia de la Covid-19, desde el 24 de marzo de 2020, todos los ciudadanos debíamos permanecer en casa, exceptuando aquellos que cumplieran funciones esenciales para el sostenimiento del país en medio del estado de emergencia declarado por el gobierno nacional (servicios de salud, venta de alimentos, transporte de mercancías, etc.). Solo hasta el mes de mayo esta política se flexibilizó, instaurando algo que se conoció como el “Pico y Cédula”: una regulación de la movilidad basada en los números de identificación de las personas, en función de los cuales se estaba autorizado el tránsito por el espacio público en circunstancias específicas. Aun así, la Alcaldía de Cali mantuvo las prohibiciones a cualquier actividad que generara aglomeraciones, y se restringieron los eventos que aglutinaran a más de diez personas.

Durante el mes de junio la Alcaldía de Cali decidió establecer medidas adicionales para el oriente de la ciudad, pues en esta zona se detectó algo que las autoridades llamaron “indisciplina social”. Con esto, las instituciones del municipio hacían alusión a la negativa de la población del oriente a acatar las medidas de aislamiento, lo que se evidenció en las ventas ambulantes, las reuniones de personas en las esquinas y afuera de las casas, etc. Por esta razón se decretó un toque de queda sectorizado, en el que se priorizaba la intervención de la fuerza pública en el oriente de la ciudad, así como la Ley Seca o prohibición de venta de alcohol.

Durante el fin de semana del 21 de junio, fecha en la que en Colombia se celebraba el día del padre, fue allanada en la comuna 15, en el sector conocido como La Colonia Nariñense, una fiesta callejera en la que participaban cerca de quinientas personas²². El episodio desató un sinnúmero de manifestaciones de indignación que pudieron leerse a través de redes sociales, y que son evidencia de la segmentación que los habitantes de Cali hacen entre la ciudad central y el corredor oriental, utilizando principalmente un criterio de clase y uno racial. Quiero consignar aquí algunas de esas publicaciones, como elementos que nos dan indicios de las representaciones que existen en la ciudad integrada sobre el margen oriental de Cali, y la relevancia que toma el componente étnico-racial en este imaginario.

Las publicaciones recopiladas de la red social Facebook por organizaciones sociales del oriente y habitantes de este corredor urbano, no solo son una muestra de la violencia con la que se segrega a este sector de la ciudad, sino también una señal de los distintos elementos que se interceptan en la construcción de los imaginarios de la marginalidad: el color de la piel, la precariedad económica, la historia de migración etc. Estas publicaciones señalan la urgencia de profundizar en el estudio sobre las representaciones que, desde afuera, se construyen sobre los márgenes urbanos.

²² El País (22 de junio de 2020). Una fiesta de más de 500 personas fue descubierta en el oriente de Cali. Online: <https://www.elpais.com.co/cali/una-fiesta-de-mas-de-500-personas-fue-descubierta-en-el-oriente-de-cali.html>

Fan destacado
Nata Lopez
 Pero no entiendo de que se sorprenden si eso es una invasion esa gente no tiene la capacidad de razonar solo viven por vivir y se dedican es a tomar licor y llenarse de hijos. 😞
 23 min Me gusta Responder

Romuu
 El distrito no debería se parte de Cali, deberían hacerlo parte de candelaria esa gente hace quedar mal la ciudad"psdt"(por unos pagan todos) de la Simón Bolívar hacia haya,, el distrito.y de la simon Bolívar hacia acá, cali.
 1 h Me gusta Responder

Jaime
 No es racismo, pero no vi ni un blanco
 Hace un momento Me gusta Responder

Manrique
 Gasssss con estos desechos humanos...
 Hace un momento Me gusta Responder

787 >

gentuza
 1 h Me gusta Responder

Robert
 Esos son los familiares de los ladrones qué en esos momentos están robando en otro lado
 29 min Me gusta Responder

Carlos
 Que manada de carbón para quemar... 🙄🙄🙄
 10 min Me gusta Responder

Carlos
 Cali debería poner visa para toda esta gente de Tumaco, buenaventura, Quibdó etc..... 🙄
 7 min Me gusta Responder

Sandra Carlos Jimenez excel..

Yaneth
 Verdaderamente esa gente se merece su suerte y la vida que llevan.
 Hace un momento Me gusta Responder

Violeta Los odio tanto
 1 h Me gusta Responder

Javier
 Desadaptados
 1 h Me gusta Responder

Lujin
 Estaba más lleno alkosto
 1 h Me gusta Responder

Geraldine
 Ellos son así , esa no es la primera vez y después sacan el trapito rojo.
 Hace un momento Me gusta

Cristian
 Ayer

Entiendo cuando los fachos han vivido de la Simón para allá. Al fin de cuentas fueron neveras llenas, algún familiar estaría vinculado al narcotráfico y tuvieron el tiempo necesario para despreciar a las otras clases... pero un facho que viva de la Simón para acá... lo único que se me viene a la cabeza es "adefesio".

18 5 comentarios
 26 veces compartido

Imagen 12: compilación de post de la red social Facebook. 22 de junio de 2020.

4.1 La presencia de gente negra en Cali.

Colombia es el segundo país en América Latina, después de Brasil, con mayor presencia de población afrodescendiente. De acuerdo con Urrea, Ramírez y Viáfara (2004), la gente negra en Colombia se encuentra asentada en cuatro ejes territoriales que se definen de la siguiente manera (Ver Imagen 13):

a) las tierras del litoral Pacífico, además de las cuencas completas de los ríos San Juan y Atrato y el Urabá chocoano-antioqueño, incluyendo la región de Esmeraldas en el Ecuador, que conforma históricamente una zona de poblamiento negro con redes familiares extendidas en el Pacífico sur colombiano; b) la región del valle geográfico del río Cauca y que hoy en día corresponde al norte del Cauca y la zona plana del Valle del Cauca; c) el litoral Atlántico y las llanuras y sabanas adyacentes al mismo, al igual que las regiones cenagosas de los principales ríos que desembocan en el mar Caribe; d) las áreas ribereñas del bajo y medio Magdalena, del bajo Cauca (p. 221).

Esta distribución de la población negra en el país a lo largo de los ríos y costas se explica, de acuerdo con Aprile-Gnisset (2004), en la introducción de esclavos africanos durante el período de la colonia a través de los principales puertos marítimos, y los posteriores fenómenos de fuga y cimarronaje que se dieron siguiendo las cuencas hídricas que obstaculizaban la persecución y sometimiento de los rebeldes. En el caso específico del litoral pacífico colombiano, nos dice el autor, el fracaso de la conquista y la reconquista estuvo basado en las condiciones geográficas de la zona —selvas tropicales densas—, la dispersión de la población y la baja densidad poblacional, que no permitía el ejercicio de un dominio constante y absoluto; además del fuerte temperamento de negros e indios de la región.

La organización y distribución de la población negra en el litoral pacífico, caracterizada por asentamientos atomizados y dedicados a la agricultura y la pesca, se dio debido a formas anteriores de división del trabajo esclavo y campesinización de un segmento de la población negra, obligada a cultivar para el sostenimiento de los esclavos mineros en la región. El proceso de abolición de la esclavitud que ocurrió de manera paulatina desde 1851, no implicó una redistribución de las tierras, por lo que muchos de los exesclavos buscaron migrar hacia zonas más planas haciéndose agricultores, desplazándose desde los socavones hacia las playas del litoral y dispersándose por los ríos, donde existían ya asentamientos amerindios conocidos como arrochelas y algunos palenques de esclavos insubordinados (Aprile-Gnisset, 2004).

Asentamientos más importantes de la población afrocolombiana hasta mediados del siglo XX

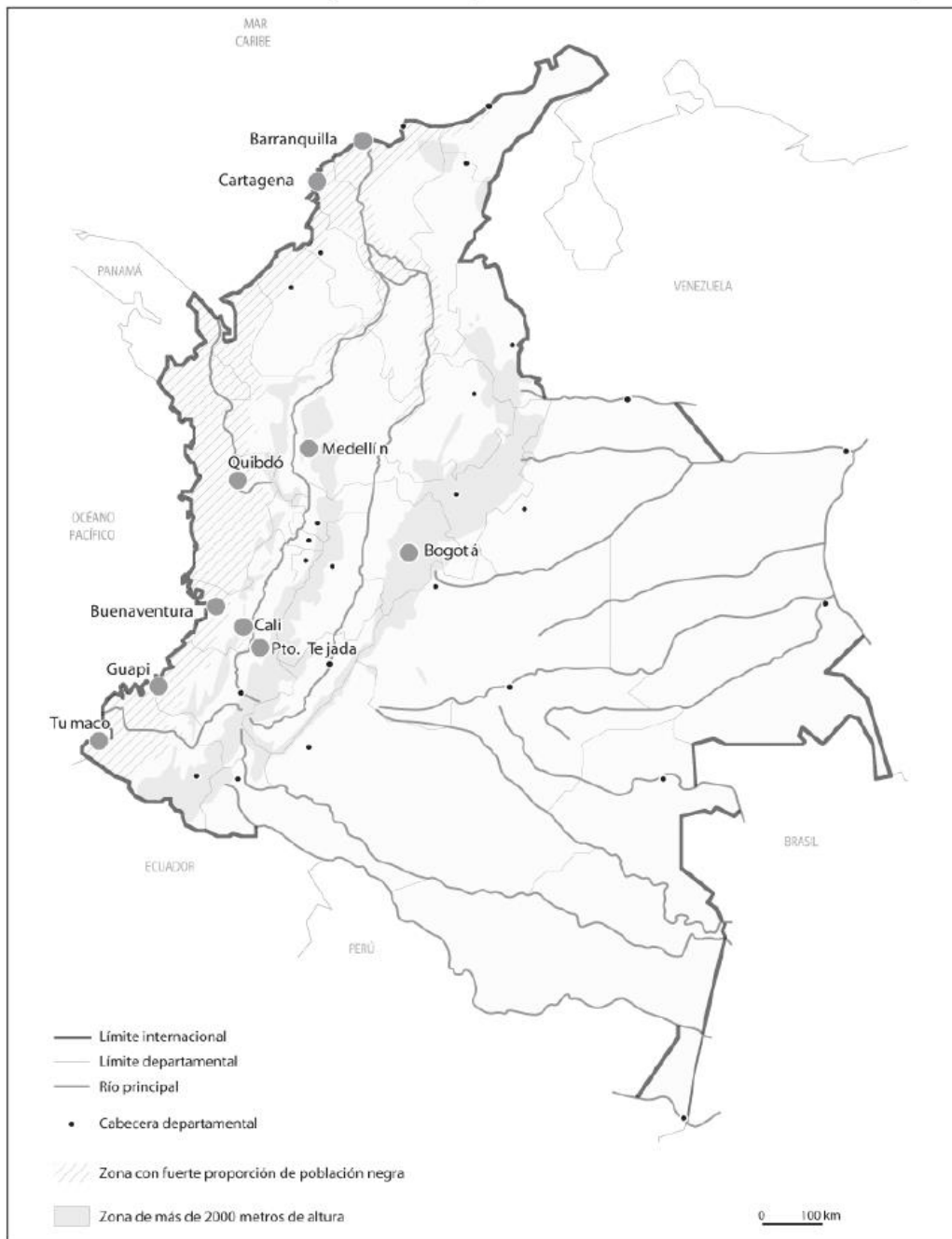


Imagen 13: mapa de asentamientos de población negra en Colombia. Tomado de Urrea, Ramírez y Viáfara (2004, p.222)

De acuerdo con Urrea *et al* (2004), no fue hasta la llegada de los grandes procesos agroindustriales, ya entrado el siglo XX, que se produjeron migraciones masivas hacia las ciudades, especialmente desde la región pacífica, donde las condiciones naturales han impedido la incursión de la agroindustria. Diferentes son las condiciones del caribe,

que rápidamente vivió un proceso de integración económica y mestizaje a mediados del siglo pasado (Agier y Quintín, 2003).

En este sentido, siguiendo a Urrea *et al* (2004), es posible identificar tres regiones urbano-rurales con presencia histórica de comunidades afrocolombianas: la región del litoral Pacífico, con la mayor concentración de población negra (12,7%), el litoral atlántico con sus extensiones cenagosas; la ribera del Río Magdalena; y finalmente la ciudad de Cali y su entorno metropolitano, donde se concentra un 12,39% del total de la población negra en el país. Tenemos entonces que el margen suroccidental colombiano es el hogar de alrededor de un 35% de la gente negra-mulata: “La cuarta región sociológica es la ciudad de Cali, la aglomeración urbana de más de dos millones con mayor concentración de población afrocolombiana en todo el país” (Urrea *et al*, 2004, p.225).

Como se puede observar en la Imagen 13, la ciudad de Cali, emplazada en el valle geográfico del Río Cauca, se encuentra en un punto de intercepción entre las comunidades del litoral pacífico y las comunidades asentadas en el norte del Cauca y la zona plana del Valle del cauca, por lo que ha sido un lugar estratégico de migración de la población negra desde estas zonas.

Respecto al número total de colombianos negros no existe un consenso, y la discusión sobre las metodologías censales y los resultados arrojados por las mismas se mantiene viva. El principal motivo de la polémica es de orden práctico y tiene que ver con las muchas denominaciones que han surgido a lo largo del territorio colombiano debido, primero, a una resistencia a utilizar la categoría “negro” o “negra” sustentada en siglos de estigmatización y envilecimiento de la palabra; y, segundo, a la proliferación de etiquetas asociadas al discurso del mestizaje y la diversidad que se ha cultivado y extendido en el país. Moreno, mulato, trigueño, son alguna de las palabras que utilizan los colombianos para denominar a personas que, con variaciones fenotípicas, pueden caracterizarse como afrodescendientes.

Esta proliferación de términos ha derivado en lo que para el Proceso de Comunidades Negras²³ significa un *genocidio estadístico*, ya que el Departamento Administrativo Nacional de Estadística se ha negado en los últimos censos a incluir dentro de sus opciones de autodefinición racial algunos de estos términos, conduciendo a la población a un mestizaje forzado (Castillo, Grueso, Rosero y Cifuentes, 2013).

²³ El Proceso de Comunidades Negras o PCN es una agrupación de alrededor de 120 organizaciones étnicas afrocolombianas articulada en la década de los 90 en el marco de la constituyente. Han tenido una importante participación en el capítulo étnico de los acuerdos de paz desarrollados en Colombia en los últimos años, y un lugar protagónico en las manifestaciones nacionales relacionadas con reivindicaciones étnicas, agrarias y económicas. Su principal reivindicación ha sido la titulación colectiva de la tierra para las comunidades negras.

El último censo realizado por el Departamento Administrativo Nacional de Estadística (DANE) en el 2018, que, como ya habíamos mencionado, ha dejado muchas dudas respecto a su rigurosidad, asegura que en Colombia la población “negra, afrocolombiana, raizal y palenquera” es el 9,34%, equivalente a 4’671.160 personas (DANE, 2019). Esta cifra no coincide para nada con los resultados de otras iniciativas como el Proyecto Cidse-IRD-Colciencias de la Universidad del Valle, que para el año 2001 estimaba la población afrocolombiana en un 18.1% (Urrea *et al*, 2004). Mucho menos se acerca a las estadísticas emitidas por los movimientos sociales que proponen cifras que alcanzan un 35% de la población nacional (Castillo *et al*, 2013).

Este genocidio estadístico no solo invisibiliza a la población negra colombiana, sino que obstaculiza el desarrollo de políticas públicas dirigidas específicamente para este pueblo, y por consiguiente el resarcimiento de siglos de explotación y violencia racista (Castillo *et al*, 2013). En Colombia, solo a partir de la introducción de la noción de “multiculturalidad” en la Constitución de 1991, y con la posterior aparición de la Ley 70 de 1993, empieza a considerarse el factor étnico-racial en los estudios urbanos (Agier y Quintín, 2003); por lo que la producción de estadísticas étnico-raciales se ha convertido en un campo de batalla entre el Estado y las organizaciones sociales.

Lo único que, en términos estadísticos, parece ser un consenso respecto a la población negra en el país es su carácter eminentemente urbano. Nos dicen Urrea *et al* (2004) que el 57,8% de la población afrocolombiana reside en ciudades de más de quinientos mil habitantes, a diferencia de las comunidades indígenas, con un arraigo rural económico y cultural. Esto no quiere decir que las poblaciones negras no tengan presencia en los territorios rurales —que lograron ser declarados propiedad colectiva de comunidades negras desde hace poco más de veinte años (Urrea y Hurtado, 2001)—, sino que ha habido un mayor desplazamiento de esta población hacia las ciudades. Esta situación suma un factor muy interesante a la definición de los territorios negros, pues si bien ciudades como Cali no corresponden a territorios ancestrales, han vivido un impacto importante ante la llegada de la población negra desde las zonas rurales. Trataré de ahondar en esta discusión en el siguiente apartado. Respecto a esta distinción entre la población negra rural y urbana debemos saber que,

...el reconocimiento de la gente negra colombiana, cristalizada en la Ley 70 de 1993, o Ley de Negritudes, tuvo un nacimiento “étnico”, casi una copia del modelo indígena. En la medida que esta ley establece la existencia de “comunidades negras” en territorios del Litoral Pacífico y de los ríos San Juan y Atrato en el Departamento del Chocó, se le asigna una fuerte visibilidad social y política a las poblaciones rurales negras de estas regiones. No obstante, como lo advertimos antes, la población afrocolombiana en un 70% reside en centros urbanos y en su

mayor parte en grandes ciudades; es decir, es compuesta de individuos urbanos más no de comunidades “étnicas” como todavía lo son la mayor parte de las poblaciones amerindias. (Urrea y Hurtado, 2001, p.10)

Todas estas razones nos permiten afirmar que tratar de comprender a la ciudad de Cali sin abordar los cruces entre la dimensión étnico-racial y la socioeconómica, es inadmisibile desde cualquier punto de vista (Urrea, 2012; Barbary, 2004). Ahora más si nos referimos al oriente de la ciudad, donde, de acuerdo con la Alcaldía de Cali (2011), se concentra la mayor cantidad de la población que se reconoce como negra —en las comunas 7, 13, 14, 15, 16 y 21. No obstante, este reconocimiento ha sido producto del trabajo insistente e incansable de organizaciones y colectivos afroreivindicativos que hoy por hoy sostienen la discusión sobre la cuestión étnico-racial en contextos urbanos y denuncian la explotación de la “cultura negra” que se ha dado en Cali durante los últimos años.

4.2 La explotación del folclor afropacífico en Cali: el Petronio y el oriente.

Hablar de gente negra en Cali implica necesariamente hablar del Conglomerado Oriente y específicamente del Distrito de Aguablanca, pues es esta zona donde se concentra la mayor parte de la población negra migrante y originaria (Barbary y Hoffman, 2004). Se podría asumir, en términos generales, que la ocupación y poblamiento del oriente de Cali es una expresión continuada de los procesos de poblamiento ejercidos por las comunidades negras desde el interior de las selvas del pacífico hacia las playas, procurando las orillas de los ríos; como lo reseñábamos en el apartado anterior. Estos procesos migratorios, descritos por Aprile-Gnisset (2004), son un ejemplo del movimiento permanente de los pueblos negros, que se extiende desde la abolición de la esclavitud y la campesinización de la población, hasta nuestros días.

Incluso uno podría rastrear ciertas continuidades entre las lógicas de poblamiento descritas por Aprile-Gnisset (2004) en el litoral Pacífico, y las formas de urbanización autónoma en el oriente de Cali, donde las familias y las relaciones de compadrazgo fueron, en una primera etapa, el eje a partir del cual se organizó el espacio, dando como resultado calles enteras habitadas por un mismo linaje —recordemos cuando Andrés y Ana hablan de sus tías y primos que viven o en el mismo barrio e incluso en la misma calle—. Esta forma de poblamiento, de acuerdo con el autor, tiene como consecuencia la primacía del espacio público o compartido frente al privado; lo abierto sobre lo cerrado y lo colectivo sobre lo individual.



Fotografía 1: Paisaje del litoral pacífico. Juanchaco, Buenaventura, agosto 2019. Autoría propia.

Lo anterior se puede homologar en el contexto urbano en experiencias como la de Gabriela, que asegura que desde su ventana se puede ver el interior de la casa del vecino, situación común en el oriente debido a la cercanía y apertura de las residencias; o en el ruido constante de la música proveniente de otras casas y la ocupación permanente de la vía pública. Pero las similitudes entre el litoral Pacífico y el oriente de la ciudad de Cali no radican solo en las expresiones culturales y las formas de organización del espacio; ambos escenarios registran los menores niveles de ingresos económicos —el primero a nivel nacional y el segundo a nivel local—, además de otros indicadores como bajos niveles educativos, altas tasas de violencia, etc.

Aunque, como nos dicen Urrea *et al* (2004), parece haber un mayor nivel de homogenización entre las familias afrocolombianas y no afrocolombianas en el contexto urbano, esto ocurre solo en los márgenes. Es decir, en los contextos marginales las familias afrocolombianas y no afrocolombianas tienen condiciones socioeconómicas similares, pero el nivel de participación de familias afrocolombianas en la ciudad integrada es mínimo. Trataré de abordar estas diferencias estructurales en el siguiente apartado.

La discusión a la que quiero acercarme en este apartado es sobre esta supuesta continuidad entre las expresiones culturales de los pueblos de origen y las formas de organización del espacio y la vida en el contexto urbano: ¿qué significa hablar del Pacífico en la ciudad de Cali? ¿qué relación se guarda entre ambos contextos? Quiero utilizar como ejemplo una de las festividades más populares de la ciudad de Cali.

Durante mi estancia inicial de campo en el mes de agosto del año 2019, se celebraba en Cali, como todos los años desde 1997, una de las festividades con mayor poder de convocatoria del suroccidente colombiano: el Festival de Música del Pacífico Petronio Álvarez. Este festival se ha realizado en la ciudad de Cali —como mayor receptora migrantes del Litoral Pacífico (Norte y Sur) y población proveniente del Norte del Cauca y el Valle geográfico del Río Cauca—, con la intención de crear un escenario conmemorativo y de cohesión del “folclor afrocolombiano”, reuniendo expresiones musicales, gastronómicas y artesanales de las comunidades negras de la región suroccidental.

Una de las formas en las que el festival tiene reflejo en el oriente de la ciudad, es a través de las actividades realizadas por colegios y centros culturales que buscan sintonizarse con el clima que vive Cali durante esos días. Ejemplo de esto fue el “Bibliopetronio”, llevado a cabo el 9 de agosto del 2019 por la Biblioteca Centro Cultural Nuevo Latir, como antesala al inicio del festival —que se realizó entre el 14 y el 19 de agosto del mismo año—.

Este evento fue organizado por la biblioteca como *una manera de traer un poco de lo que se vive y escucha en el Petronio hasta aquí, porque como sabemos, muchos de los habitantes del Distrito no van a las actividades del festival*, según señalaba una de las anfitrionas, dejando en evidencia la contradicción existente en el hecho de que un festival organizado en homenaje a la cultura afropacífica, cuyos migrantes están asentados en el oriente, primero, se realice en el extremo opuesto de la ciudad, y segundo, no garantice o propenda por la participación de esta población.

El Bibliopetronio tuvo una asistencia moderada de unas treinta personas, entre miembros de la biblioteca, niños y niñas estudiantes del colegio adjunto, Ana (la líder comunitaria que hemos mencionado a lo largo del trabajo), un colectivo de personas del oriente en situación de discapacidad, y algunos jóvenes de asistencia regular al centro cultural. Durante la actividad, dos mujeres que hacían parte del personal de la biblioteca realizaron un dramatizado sobre el nacimiento del “Festival Petronio”. Ambas simulaban los trajes típicos del litoral, llevaban incluso pelucas que imitaban el cabello rizado y abundante, sus rostros estaban maquillados con un poco de pintura para acentuar el color negro y hablaban con el acento característico de las comunidades negras del pacífico colombiano. Al terminar la sesión ambas gestoras se cambiaron y fue evidente que, aunque tenían ellas mismas rasgos afrodescendientes, su apariencia era mucho más urbana, sus cabellos estaban intervenidos para verse lisos y su acento era el del caleño habitual.

Al terminar la representación hubo aplausos y se dio paso a una agrupación musical que compartiría con nosotros algunos de los ritmos más característicos del litoral como el Currulao y el Alabao. Los integrantes, vestidos con Grand Boubou o Agbada con impresión animal, hacían una alusión bastante evidente a su ascendencia africana, mientras tocaban el saxofón, el clarinete, la tambora, el redoblante, los platillos y un instrumento típico del litoral llamado “la marimba de chonta”, con los que interpretaron cinco canciones, incluyendo la canción de cumpleaños para uno de los jóvenes asistentes. La música incrementó el entusiasmo de los participantes, algunos de los cuales empezaron a bailar y a responder los coros antifonales; sobre todo el de la canción “Kilele”, ampliamente popularizada por el Grupo Bahía, durante el Festival Petronio Álvarez del año 2005.



Fotografía 2: Bibliopetronio agosto 2019. Autoría propia.

El personal de la biblioteca era el más animado, cantando y bailando con la intención de contagiar a los asistentes. El evento terminó con una breve intervención de la gestora cultural-organizadora, quien explicó el objetivo de la actividad como un acercamiento de la comunidad del Distrito a las actividades del Festival Petronio Álvarez, pues regularmente la comunidad no asiste hasta los lugares oficiales del evento.

Este desencuentro entre el Festival Petronio Álvarez y los habitantes del oriente de Cali, también se ve reflejado, como mencionaba en el segundo capítulo, en el desconocimiento que Juan, Fabian, y Marcos, habitantes de La Paz, tenían por esos días sobre el desarrollo del festival.

Ahorita vamos para el Petronio —les digo.
¿Y eso dónde es? —pregunta Marcos.
Lo están haciendo en la Unidad Deportiva —respondo.
¿Por el estadio? —pregunta Juan.
No, por cosmocentro —respondo.
Ah sí, eso lo están haciendo como por allá por San Antonio —señala Juan.

La última intervención de Juan, cristaliza dos fenómenos: primero, una manera de comprender la ciudad en la que todo el bloque occidental hace parte de una misma representación —pues San Antonio está a seis kilómetros de la Unidad Deportiva, y el barrio La Paz, a nueve kilómetros, por lo que uno podría pensar que el barrio de San Antonio no es una referencia próxima espacialmente a la Unidad Deportiva, aunque sí simbólicamente—; y la poca relevancia que tiene el Petronio para él y para Marcos, su tío. Este distanciamiento con el Pacífico también lo comenta Ana, quien nos dice que, pese a que su familia es originaria de Guapi, en el litoral caucano, ella nunca ha ido a ese lugar. Pero esta información no es concluyente, pues aun considerando estas experiencias, hay evidencia que apunta en la dirección contraria: una relación estrecha y constante entre el pacífico y el oriente de Cali.

Esta cercanía con el Pacífico se puede observar en una segunda manifestación de la celebración del Festival Petronio Álvarez en el oriente de Cali: “El remate de Ciudad Córdoba” o “El Arrullo del Barrio” o “la nueva Calle del Pecado”. Todas estas son denominaciones que se han dado a las actividades que se desarrollan en el barrio Ciudad Córdoba, en la comuna 15, durante los días que dura el festival. Esta “réplica” del Petronio se realiza de manera paralela al evento, pero tiene su mayor asistencia durante la noche, una vez finalizadas las actividades oficiales que, no está de más decirlo, se llevan a cabo en escenarios de la ciudad integrada como el estadio de fútbol, la plaza de toros y, en los últimos años, en la Unidad Deportiva Alberto Galindo, en el extremo occidental de la ciudad.



Fotografía 3: "Arrullo en el barrio", remate de Petronio. 19 de agosto de 2019. Tomado de la Red Social Facebook, perfil Tania Macera. <https://www.facebook.com/tania.macera/posts/10216798368166214>

Al llegar a Ciudad Córdoba durante las noches del festival, uno se encuentra con calles llenas de personas residentes del barrio, barrios aledaños y visitantes. Las casas funcionan como puntos de comercialización de alimentos y bebidas, principalmente alcohólicas, típicas de la región del Pacífico: empanadas de camarones, patacones con jaiba y otras variedades de pescados; así como bebidas cuyos nombres tienen claras alusiones sexuales como el “arrechón”, “tumbacatre”, “sietepolvos”, y los clásicos “viche” y “tomaseca”; casi todos a base de caña de azúcar e ingredientes adicionales. La mayor parte de los establecimientos exhiben anuncios que aluden a pueblos del litoral: “Sabores de Guapi”, “Delicias de Tumaco”, entre otros, reflejando la relevancia que toma por estos días la cultura afropacífica, y la manera en que puede, quizá por única vez en el año, capitalizarse la migración desde el litoral.

Pero las actividades desarrolladas en el barrio Ciudad Córdoba durante los días del festival no solo funcionan como una estrategia para la circulación de capital en el oriente de la ciudad, donde mayoritariamente residen los migrantes del Pacífico, sino también como una forma de acercamiento de los habitantes de la ciudad integrada a este sector, que, solo por esos días, se convierte en un escenario de atracción para turistas y caleños habitantes del resto de la ciudad. Desafortunadamente el intercambio sigue careciendo de horizontalidad, pues el consumo y apropiación que los sectores hegemónicos hacen de los productos culturales de la población negra migrante no es equivalente a la apropiación y consumo que pueden hacer los habitantes del oriente de la oferta cultural de la ciudad integrada, por las razones que mencionaba Rocky14,

En el distrito no hay nada, vos no tenés nada que ir a hacer al distrito si no vivís ahí. Y si querés hacer algo te toca gastar plata en taxi y comida para ir a otro lado, a un estadio, a un concierto, a lo que sea. Aquí no hay nada.

Esta asimetría, que puede ser explicada en términos de omnivorismo-univorismo cultural (Peters, 2018; Fernández y Heikkilä, 2011; Chan y Goldthorpe, 2010), nos señala la existencia de individuos pertenecientes a sectores sociales que, si bien no ocupan, necesariamente, las posiciones económicas más elevadas, si cuentan con un repertorio más amplio de categorías de desciframiento, y logran aproximarse a las expresiones culturales subalternas de una manera selectiva y sofisticada. En el otro extremo estarían los “unívoros culturales”, que serían aquellos individuos y grupos cuyas categorías de desciframiento —a las que podríamos sumar las posibilidades materiales reales de acceso— no están en sintonía con las ofertas pensadas desde arriba, con los productos culturales hegemónicos.

Una lectura superficial de la situación expuesta podría llevarnos a concluir que lo que ha ocurrido en la ciudad de Cali a partir de la consolidación del festival ha sido la progresiva desintegración de las clases socioeconómicas a partir del consumo de bienes y prácticas comunes. Desafortunadamente la limitada participación del público del Festival Petronio Álvarez, en otros escenarios de producción cultural afropacífica en los márgenes de la ciudad, así como la invisibilización que se da durante el evento, de las condiciones de precariedad en las que vive la población negra del oriente de Cali, hacen que esta conclusión sea insatisfactoria. En opinión de Camilo:

Lo que está haciendo Cali con esto del cuento de incluirse dentro del Pacífico es valerse de la cultura del pacífico para montar el negocio... una de las grandes razones por las que Cali se incluye dentro del Pacífico, es cuando nace el festival de música Petronio Álvarez. Cali es un punto de encuentro, pero Cali no tiene una cultura pacífica.

Esta posición, que parecen compartir algunas organizaciones afroreivindicativas de la ciudad, se opone al esfuerzo institucional por posicionar a Cali, en una carrera contra la memoria, como “Capital del Pacífico”. Camilo, que tiene un análisis cultural importante de las comunidades negras, hecho principalmente a través de la danza y la música, nos dice:

La música que se escuchaba antes de esas migraciones masivas que hubo desde el pacífico era... aquí se escuchaba una música muy europea, muchos Vals, muchos boleros, era más eurocéntrica. Cuando las poblaciones negras empiezan a asentarse en Cali, empiezan a desplazar los bambucos y pasillos... no por nada en el norte del valle se habla muy paisa. No es de gratis que uno de los festivales más importantes de pasillos y bambucos que es el Mono Nuñez, se celebre en el Valle. Eso hace parte de esa cultura hegemónica blanca que nosotros, las personas negras... como hemos ido ocupando la ciudad, hemos ido desplazando esa cultura.

En este sentido, la apropiación y masificación que ha ocurrido en Cali de las expresiones culturales de la población negra del suroccidente colombiano, principalmente de las comunidades del litoral pacífico, es leída por un sector como una continuación de la explotación y capitalización de recursos, materiales y simbólicos, producidos por las personas negras, y monopolizados por las élites económicas y culturales en la ciudad. “En Cali solo está bien ser negro cuando hay Petronio” decían los participantes de un conversatorio al que asistí el 25 de julio durante la estancia de profundización que se titulaba “¿Cali es Pacífico?”, y en el que Camila, una de las ponentes se preguntaba:

¿Dónde voy a pianguar²⁴ en Cali? ¿Cómo va a ser Cali pacífico sin mar, sin ríos?

Pero las posiciones son diversas, y manifestaciones como las del “Arrullo del Barrio”, nos hacen seguir preguntándonos por el tipo de relación que establecen los habitantes del oriente con sus comunidades de origen, así como por las formas en las que se expresa y vive la negritud, bien como sentido de pertenencia étnica, bien como experiencia socio-racial en la ciudad. Además, nos lleva a una cuestión de mucho interés y es si el territorio se abandona cuando se deja el lugar, o si el territorio se lleva en el cuerpo. ¿En qué medida está presente el Pacífico en Cali? ¿cómo se materializa el pacífico en los cuerpos de las nuevas generaciones de migrantes negros que viven en el oriente? Son estas cuestiones para las que debemos recolectar más información.

Un elemento más para considerar en esta discusión son los acontecimientos ocurridos en el marco del aislamiento general obligatorio declarado por el gobierno nacional por motivo de la pandemia de la Covid-19, que, como lo exponía al inicio del capítulo, produjo en Cali manifestaciones de odio y discriminación hacia el Conglomerado Oriente y el Distrito de Aguablanca. Quiero describir esa situación en el siguiente apartado con el objetivo de exponer las formas de violencia racista estructural que vive el oriente de la ciudad, y que son parte de la experiencia de la marginalidad en su dimensión étnico-racial.

4.3 El racismo vivido/no vivido/normalizado

“Aquí en Cali eso no pasa, porque todos estamos bien combinaditos”, dice Daniela, de 11 años, mientras hablamos sobre el racismo en Cali en el marco de una de las actividades que realizamos Kenia y yo, con el grupo de teatro de la Casa Cultural el Chontaduro; un espacio ubicado en el oriente de Cali, en el barrio Marroquín, que vincula niños y niñas, jóvenes y mujeres, a través de actividades artísticas, culturales y de

²⁴ Actividad ancestral de las comunidades negras del pacífico colombiano que consiste en recolectar piangua en las riberas de los manglares.

formación política. La mayor parte de los niños y niñas del grupo compartía esta posición, asegurando que nunca habían experimentado expresiones racistas.

Durante esos mismos días, en el marco del aislamiento obligatorio, se encontraban en las redes sociales un sin número de manifestaciones racistas y clasistas que denigraban al oriente de la ciudad. Todo esto, a raíz de la noticia sobre el allanamiento a una fiesta de alrededor de quinientas personas en la zona conocida como “La Colonia Nariñense”, en la comuna 15. Situación que se produjo mientras en la ciudad se encontraba prohibida la circulación de personas después de las nueve de la noche, el consumo de alcohol y la aglomeración de más de diez personas. Esto derivó en el establecimiento, por parte de la Alcaldía de Cali, de restricciones específicas para el oriente justificadas en la “indisciplina social” de estos sectores, y, lo que es peor, en la circulación de mensajes de odio como los siguientes:



Imagen 14: compilación de mensajes de la red social Twitter. Tomado de La Silla Vacía, Inge Valencia (junio 25 de 2020)

Estos mensajes desnudan la superficialidad del discurso de integración de la población afropacífica a la ciudad de Cali; un discurso de integración que resulta paradójico si tenemos en cuenta que los procesos de modernización de la ciudad durante las primeras décadas del siglo XX estuvieron aunados a las migraciones que constituyeron la mano

de obra necesaria para llevarlos a cabo. La ciudad no ha sido solo receptora de migrantes, ha sido producida por migrantes.

A pesar de esto, la población afrocolombiana anclada a los márgenes de la ciudad, y quizá la totalidad de los habitantes marginales, está sometida a lo que Carman (2007) denomina *máxima intrusión socialmente aceptada*. Esto quiere decir que las prácticas y políticas de integración son ambivalentes: los productos culturales afropacíficos son exaltados e integrados en la medida en que se hacen capitalizables, así como la fuerza de trabajo de este segmento social. En cambio, como lo vemos en los mensajes compilados de Twitter y Facebook, su participación total en las dinámicas sociales, sus búsquedas de integración a sistemas laborales, educativos y culturales de la ciudad integrada (Bourgois, 2010); así como su tratamiento como ciudadanos iguales a cualquier otro, no es consentido. Como lo explica Wacquant (2007) para el caso de los guetos negros en Estados Unidos: "los negros que intentan escapar del perímetro que les está asignado encuentran malestar y reticencia, cuando no generan franca hostilidad y una resistencia violenta" (p.100).

Lo anterior se traduce en manifestaciones que aluden al uso de la violencia para la regulación de estos sectores: bombardear el oriente, envenenarlo, militarizarlo, asesinarlo; todas estas, muestras de una visión esencializante que ubica a los marginales y a los no marginales en categorías sustancialmente distintas, lo que deriva también en la construcción de éticas completamente distintas para el tratamiento de ambos grupos (Reygadas, 2019). De esta manera, el imaginario de la ilegalidad que rodea los márgenes urbanos conduce a la justificación, por parte de la ciudad central, del uso mecanismos ilegales para su control (Guber y Casabona, 1985).

Si en el capítulo tres observábamos que entre los informantes existía una visión relativamente constructivista de los marginales, donde se aludía a la "falta de oportunidades" —es decir a condiciones contextuales—, como eje para explicar las lógicas violentas y delictivas en el oriente; la visión desde afuera, desde la ciudad integrada, toma un registro esencialista, adjudicando fenómenos como la llamada "indisciplina social" de los habitantes del oriente durante la pandemia, a su condición de migrantes y a su color de piel.

Como vemos, la experiencia de la marginalidad está atravesada por una dimensión socio-racial: el margen oriental caleño tiene un color de piel, como lo explicaba Camilo al hablar sobre su delimitación del oriente:

Entre más hacia el sur estás, menos personas negras ves por la calle... hay como dos Calis, una Cali negra en el oriente, y en la ladera también, y la otra Cali.

Pero también los hechos violentos están asociados a las personas negras. Durante una de las conversaciones con Rocky14 y Helena acerca de las primeras experiencias violentas a las que nos habíamos enfrentado en el oriente, Rocky14 le respondía a Helena ante la pregunta por las características del primer cadáver que había visto en su vida.

¡Era negro! Porque casi todos los que abaleaban eran negros.

Aunque, como la aseguran Barbary y Hoffman (2004), no podemos hablar de un “guetto negro” en el oriente de Cali, pues no es un corredor urbano con población exclusivamente negra, ya que cuenta con una participación considerable de mestizos y migrantes indígenas, esto no significa que el factor racial no tenga un efecto sobre la segregación residencial y económica. Urrea, Ramírez y Viáfara (2004), nos dicen que el 47,6% de los hogares afrocolombianos en Cali están por debajo de la línea de la pobreza, y un 14,2% en la de la indigencia —cifras significativamente altas comparadas con los hogares no afrocolombianos—.

La tendencia de los migrantes de la costa Pacífica [es] a concentrarse residencialmente en los barrios populares del oriente de la ciudad más que en aquellos localizados en las laderas de la cordillera occidental. Esta tendencia se verifica igualmente para el conjunto de los afrocolombianos en Cali, incluidos los nativos: 62% vive en el Distrito de Aguablanca y las dos comunas del extremo nororiental [6 y 7] (versus un 47% de los no afrocolombianos) y puede evidenciarse una concentración relativa más marcada todavía en los barrios de la comuna 15, corazón histórico de la inserción residencial de quienes llegan de la costa Pacífica (10,5% de afrocolombianos, versus un 5,5% de no afrocolombianos). (Barbary y Hoffman, 2004, p.182)

Sobre esto Barbary (2004) propone una interesante reflexión, diciéndonos que no se trata de que una “mezcla social” elimine las brechas socio-raciales, pues el poblamiento selectivo que los migrantes hacen del oriente de la ciudad está basado en lógicas específicas de agrupamiento y confianza. El verdadero problema son las condiciones socioeconómicas de estos grupos una vez instalados en la ciudad y las dinámicas de violencia que esto produce: “el problema central para la gente negra en las ciudades es alcanzar condiciones de ciudadanía plena a través de un proceso de integración social que rompa los dispositivos de exclusión” (Urrea y Hurtado, 2001, p.23).

Lo interesante aquí, sería considerar si estas circunstancias, en las que es evidente que existe lo que Álves (2020) denomina un *régimen racializado de ciudadanía*, son también detonantes de comportamientos como el de la “indisciplina social” durante el período de aislamiento obligatorio en la ciudad, y si estas situaciones constituyen formas de

insubordinación relacionadas con un conflicto permanente con las instituciones administradoras de la vida y la muerte en los sectores marginales. Pero para saber si estas expresiones pueden constituirse como “rebeliones enraizadas en la experiencia de discriminación” (Wacquant, 2007, p.38), específicamente racial, necesitamos comprender cómo se expresa la experiencia de la racialidad-etnicidad entre los habitantes del oriente del oriente de Cali.

4.4 Entre lo étnico y lo racial: el silencio en las narrativas identitarias entre los jóvenes del oriente de Cali.

Este capítulo es, entre todos, el que más trabajo me ha costado, no solo porque siendo una mujer mestiza me siento limitada en el abordaje del tema de la pertenencia étnico-racial en Cali, sino también porque, en un momento inicial del análisis, consideré que esta dimensión estaba ausente en la mayor parte de los relatos de mis informantes, incluso en aquellos que uno podría identificar como fenotípicamente afro. Este tema solo parecía cobrar relevancia para quienes hacían parte de organizaciones y procesos sociales, por lo que, en principio, asumí que no constituía un núcleo de significado en las narrativas identitarias de los jóvenes del oriente.

Mi conclusión era absurda, la ausencia discursiva de la negritud es también una manifestación de la experiencia. Es por esa razón que este capítulo está construido principalmente a partir de los silencios, que trato de entender a la luz de las voces de David, Camilo, Debay, Kenia, y algunos otros activistas antirracistas de la ciudad, a quienes tuve oportunidad de conocer y escuchar durante mi estancia de profundización, en un período en el que las reivindicaciones raciales y las exigencias de los habitantes del oriente, se mezclaron como una muestra de la intersección de estos dos componentes.

Como sabemos, existe una larga trayectoria en el estudio de la marginalidad urbana desde la dimensión étnico-racial, en la que autores como Bourgois (2010) y Wacquant (2007), nos han advertido sobre la necesidad de incluir esta categoría en la comprensión de la desigualdad en las ciudades. Estos autores, entre muchos otros, nos invitan comprender el fenómeno de la marginalidad más allá de una definición basada en la distribución de los recursos materiales —sin desconocer que estos son una expresión innegable de la asimetría entre los distintos segmentos sociales—, y pensar en cómo los escalones de la explotación están divididos racialmente. Sin embargo, desentrañar el componente étnico-racial de los relatos identitarios de los jóvenes habitantes de los márgenes, al menos en el oriente de la ciudad de Cali, es una tarea que exige concentrarse en lo no dicho.

Camilo fue, entre todos mis informantes, el único que de manera explícita trajo a colación su identidad como “hombre negro” al describirse. Detalladamente me contó cómo fue el proceso de reconocerse como una persona negra, lo que ocurrió durante su estancia en una región del país donde no existe una población afro tan numerosa como en Cali:

Todo empezó por una pregunta que hizo la psicóloga del Colegio: “Levanten la mano las personas negras o afro que hay en el salón”, y yo era el único negro. Pero resulta que la mayor parte del tiempo yo estado viviendo en culturas mestizas o indígenas, entonces yo no me concebía como una persona negra. Yo no levanté la mano, “yo no soy negro” y todo el salón me decía “Mosquera levante la mano”, y yo “no, yo no soy negro, ¿por qué voy a levantar la mano?”. Llegó un momento donde yo tenía ciertos comportamientos... Yo pronuncio palabras diferentes a cómo las pronuncian otras personas, y cuando llegaban mis tías y hablaban yo me daba cuenta que hablaba parecido a ellas y empecé a hacer como esa asimilación: “si ellas hablan así es porque yo tengo alguna conexión con ellas”.

Cuando nos fuimos a vivir al llano nosotros éramos la única familia negra del pueblo. Entonces yo no tenía con quien asemejarme, pero cuando llego a Cali y empiezo a encontrarme con estas personas que caminan parecido a mí, que hablan parecido a mí, que les gustan cosas que me gustan a mí, empiezo yo a decir, bueno como yo tengo este color de piel y comparto estas cosas, ya por allá en el 2013 yo digo “bueno, yo soy un hombre negro, un hombre afrodescendiente” y empiezo a hacer ese proceso de rastrear mi familia. Rastrear a mi familia materna me hizo entender que no solo era un hombre afrodescendiente sino un hombre negro, porque tiene una carga identitaria y fenotípica que me categoriza como una persona negra.

En este relato Camilo nos introduce en una paradoja: el reconocimiento de su color de piel se dio en una situación de contraste —en los llanos orientales, en medio de una población mestiza—, pero la reafirmación de su identidad se dio a través de la identificación con quienes compartían su color de piel y su *hexis*, su manera de hablar, de moverse. Esto nos lleva a preguntarnos por las experiencias de los otros informantes ¿qué hace que no haya en sus relatos ninguna mención sobre su pertenencia étnica o su color de piel?

Muchas de las personas lo que hacen es negar esa construcción de identidad que tienen... Cambiar lo que me han enseñado mis padres, cambiar mi acento, mi forma de caminar, para tratar de homogeneizarme a la cultura caleña. Nos han dicho toda la vida que ser como somos está mal, usar un tono de voz alto está mal...—nos dice Camilo.

Siguiendo la argumentación de Camilo, en este enmascaramiento se mezclan dos elementos: la adopción de una *hexis* propia de la ciudad integrada, de lo que él llama “la cultura caleña” y la negación de los territorios de origen:

La migración es como un tabú que se maneja ahí en el Distrito. Todos saben que alguna vez sus papás, sus abuelos migraron, pero prefieren sus familias no hablar de eso, es como un pasado... como si Cali fuera una nueva historia, una nueva vida y que todo va a cambiar, pero realmente las cosas siguen como en un círculo vicioso. —dice Camilo.

¿Por qué creés que la gente quiere olvidar esto? —pregunto

No es un olvido voluntario, pero la relación con los territorios está relacionada con “lo que no deben ser las personas en Cali”. Ellos no han podido crear ese punto con la cultura de Cali de decir, nosotros somos así y punto. En ese proceso de adaptación han adoptado la cultura caleña.

Como lo veíamos en el primer capítulo, aunque no podemos hablar necesariamente de un olvido, sí es posible rastrear silencio respecto a las historias de migración de padres y abuelos entre las narrativas identitarias de los jóvenes, quienes privilegian la historia personal, lo que llamábamos “la historia vivida”, frente a la historia familiar. Este silencio, se hace aún más evidente en lo que respecta a su pertenencia étnica o racial, que es escasamente enunciada por los informantes, pero que, entre quienes han reflexionado sobre el asunto, parece tener mucha potencia.

La necesidad de recordar y reconocer los lugares de proveniencia no es accesoria ni romántica, consiste en recolectar un conjunto de elementos materiales y simbólicos que funcionan "ofreciéndonos un sentido cultural que viene desde el pasado" (Quintín, 1999; 252). Esta búsqueda de las raíces o conciencia de la historicidad, que de acuerdo con Quintín (1999) tuvo su auge durante la modernidad tardía, es una búsqueda de relatos que permitan la organización del tiempo y espacio.

Esta ausencia de relatos de pertenencia étnica o experiencias racializadas, enlazada a los dos fenómenos que describíamos en los apartados anteriores: la folclorización y explotación de la cultura afropacífica, y las expresiones de violencia racista y xenofóbica ejercida desde la ciudad integrada, nos ubican frente a una discusión que sin duda amerita un trabajo más profundo: la cuestión de lo étnico y lo socio-racial en el contexto urbano. Es decir, la existencia, o no, de un sistema de significados asociados a una cultura, una tradición y un territorio; y la vivencia de los colores de piel en Cali.

A partir de la información recolectada en el marco de esta investigación podemos decir que entre la mayor parte de las narrativas identitarias de los informantes que pueden caracterizarse como fenotípicamente afro, no aparecen referentes a la pertenencia étnica o racial, a diferencia de aquellos informantes como Camilo y David, que hacen parte de organizaciones afroreivindicativas y movimientos antirracistas.

Esto se debe, de acuerdo con Agier y Quintín (2003), al fuerte componente político y territorial que han tenido las luchas antirracistas en Colombia, que toman como base las formas de organización de territorios colectivos de las organizaciones indígenas andinas. Por esta razón existe un esfuerzo por construir identidades afro ligadas a territorios ancestrales y a marcos culturales específicos; lo que ha generado la reconstrucción de la memoria de las comunidades negras y la recuperación de elementos que se habían desdibujado entre los desplazamientos y el tiempo.

Sin embargo, como veíamos antes, actualmente la población negra en Colombia es predominantemente urbana, lo que complejiza la construcción de identidades étnico-territoriales en contextos de movimiento e hibridación tan álgidos como las urbes. Estas circunstancias, aunque parecen representar un riesgo para los movimientos de comunidades negras, ofrecen un panorama que nos permite desustanciar la etnicidad (Agier y Quintín, 2003), y pensar en las nuevas expresiones de esta categoría, situadas ahora en las ciudades. Como lo explican Urrea y Hurtado (2001):

Las nuevas etnicidades y sus contenidos pasan por las condiciones de vida y los procesos de individuación/subjetivación urbanos. En el ámbito urbano y en buena medida, en las zonas rurales cada vez más urbanizadas, las poblaciones afrocolombianas enfrentan al igual que el conjunto de la población mestiza y blanca según clase social los fenómenos de diferenciación con base a la acumulación de capitales (escolar, cultural, simbólico, social, patrimonial, etc.) de los hogares y las redes familiares a las que ellos pertenecen. Pero hay un elemento que los afecta considerablemente, el factor socio-racial (p.11)

Así también lo mencionaba Camilo:

Es muy importante porque las cosas que atraviesan a las personas negras dentro de la urbe son muy complejas, porque somos la mayoría hijos de migraciones y estamos en un espacio del no ser... no soy de allá porque no estoy atravesado por el territorio, pero no soy de acá porque me identifico muy poco con la cultura caleña hegemónica. Entonces hacer estos ejercicios de introspección, de retrospectiva y saber de dónde vengo, hace que yo tenga esas bases ideológicas un poco más fuertes, y así mismo me hace aceptar esas características que me han dotado ser hijo de migrantes. Y también no ir cambiando esas costumbres y no decir "yo no voy a caminar de esta manera porque los negros de Cali no caminan así, no hablan así, no se comportan así"... Yo siento que al momento que yo cambie mi acento estoy negando que he mi familia es del pacífico, que he convivido con comunidades indígenas, negar todas esas cosas que me han atravesado... por homogenizarse y estar dentro del estándar. Y no hay estándar para las personas, nosotros debemos seguir comportándonos como nos hemos construido y reafirmarnos como sujetos políticos a partir de las experiencias y no de lo que otros dictan, porque estaría siendo adoctrinado por otras personas, por el simple hecho de ser aceptado.

En este sentido, es necesario abundar en la investigación sobre las experiencias socio-raciales de los jóvenes habitantes del oriente, para poder entender la manera como se están configurando estas nuevas expresiones de la etnicidad, a partir de las vivencias del color de piel y las formas de apropiación de un territorio urbano. Como nos dice Restrepo (2004):

La diferencia étnica no aparece como un fenómeno natural inmanente a la condición (biológica o cultural) humana, sino históricamente localizado y que ha sido producido por un arduo proceso de mediaciones y confrontaciones en el

espacio social. Así, la etnicidad o etnia en singular no existen. Lo que han existido son etnicidades en plural, con puntos de emergencia, sentidos, dispersiones y trayectorias específicas. (p. 231-232)

Estamos muy lejos de pensar que la omisión de los jóvenes de la dimensión socio-racial en sus narrativas sea producto de lo que Mbembé (2016) llama “el abandono de la raza”, como una instancia en la que esta distinción pierda relevancia en el despliegue de las posibilidades de los individuos. Sin embargo, podemos pensar en las formas en que se ha expresado la etnicidad negra en el contexto urbano y la influencia que ha tenido sobre la cultura hegemónica caleña, porque, es necesario agregarlo, lo que Camilo llama la “cultura caleña”, se ha visto fuertemente permeado por las prácticas y formas de relación de la población negra migrante, pero la relación es ambigua.

Como lo explicaba al principio de este apartado, la información recolectada en el marco de esta investigación no es suficiente para dilucidar el lugar que tiene el componente étnico-racial entre los jóvenes habitantes del oriente de Cali. Posiblemente, mi limitada experiencia con este tópico y mi condición de mujer mestiza, restringieron mis posibilidades de comprender y ahondar en el tema durante las entrevistas. Pese a esto, es imprescindible insistir en la formulación de preguntas que nos conduzcan a comprender las nuevas manifestaciones de la etnicidad en la marginalidad, o al menos esclarecer el componente racial en los relatos hechos desde los márgenes.

REFLEXIONES FINALES Y NUEVOS INTERROGANTES

Cuando empecé a escribir las conclusiones de este trabajo, el martes 11 de agosto, fueron hallados en los cañaduzales que cercan el oriente de Cali, cinco niños de entre 14 y 16 años asesinados y con signos de tortura²⁵. Los niños vivían en uno de los barrios donde termina el oriente, se llama Llano Verde, en la comuna 15: un proyecto de vivienda ejecutado entre el 2010 y el 2015 con el objetivo de reubicar a familias desplazadas de zonas rurales, reinsertadas del conflicto armado y desalojadas de otras zonas de la ciudad —como el Jarillón del Río Cauca en las comunas 6 y 7, donde las condiciones del suelo ponían en riesgo las viviendas construidas informalmente—.

Me ha costado mucho trabajo emprender esta última parte del documento desde que ocurrió el episodio. Intentar concluir algo sobre las configuraciones culturales del oriente de Cali en medio de la efervescencia emocional y las manifestaciones de indignación que ha desatado la tragedia, se ha convertido para mí en un reto personal, cuando el corazón me empuja a no escribir una línea más, apelando a la inutilidad de las palabras en un escenario como estos, en los que las vidas de cinco niños pueden ser arrebatadas sin ningún reparo en una ciudad que condena a la mitad de sus habitantes a vivir en la precariedad.

Mencionar aquí el episodio podrá no tener mucha relevancia, pero quiero que quede consignado en este documento. Luis Fernando, Álvaro José, Jean Paul, Leider y Jair Andrés tenían pocos años más que los niños con los que he estado trabajando en el grupo de teatro de la Casa del Chontaduro, y la mañana de ese martes habían decidido internarse en los cultivos de caña de azúcar que, excepto por el oeste, encierran a Cali. Esos mismos cultivos de caña que, como lo describía durante el primer capítulo, provocaron un viraje en la vida económica y el despliegue urbano de la ciudad de Cali y el departamento del Valle del Cauca durante todo el siglo XIX.

Las circunstancias de estos asesinatos siguen sin esclarecerse y la intrascendencia de la noticia en los medios masivos nacionales, así como los escasos e incipientes pronunciamientos oficiales de los gobiernos local y nacional, han conducido a múltiples organizaciones de la ciudad a manifestarse persistentemente durante las últimas semanas. Los manifestantes del movimiento antiracista pregonan, en el marco de las movilizaciones internacionales de los últimos meses: “las vidas negras importan”, teniendo en cuenta que todos los niños eran negros. Otras organizaciones y manifestantes independientes concentran sus reclamaciones en la estratificación de la vida que ocurre en la ciudad, donde los habitantes de los márgenes son despojados en la práctica de su condición de ciudadanos y deshumanizados.

Se cristalizan en el oriente de Cali tantas situaciones: redes migratorias de más de tres generaciones, las lógicas de la reinserción en un país que completa más de sesenta años de conflicto armado, social y político; el microtráfico, el desplazamiento forzado, la pertenencia étnica y racial, los procesos de urbanización informal; y, por otro lado, las estrategias autónomas de apropiación del espacio, de administración de la seguridad y de protección de la vida. Los habitantes del oriente, al menos aquellos vinculados a colectivos y con mayores niveles de politización no han parado de manifestarse, cansados de las formas de administración de la muerte

²⁵ El Tiempo (21 de agosto 2020) Los cinco niños de Llano Verde: unidos por el fútbol y la tragedia. En línea: <https://www.eltiempo.com/colombia/cali/masacre-en-cali-quienes-eran-los-cinco-ninos-asesinados-en-llano-verde-531530>.

que ejercen los sistemas políticos y económicos que establecen criterios para la valoración de la vida y que, subrepticamente, matan y dejan morir a los marginales.

Explicar la complejidad de estas dinámicas desborda mis posibilidades y los objetivos de este documento, que busca ser un aporte en la comprensión de la manera como se configura culturalmente el Conglomerado Oriente en la ciudad de Cali. En este trabajo, solo he abordado, en términos generales, cuatro dimensiones que resultaron relevantes durante el desarrollo de las entrevistas: una histórica, una espacial, una que refiere las distintas violencias que atraviesan los márgenes y que son domesticadas por sus habitantes, y una dimensión étnico-racial.

Así, este proyecto es un acercamiento inicial a lo que es la experiencia de la marginalidad y un punto de partida para una investigación más extensa y profunda. Además, este trabajo busca ser, a pesar de las circunstancias que nos arrinconan a plantar la mirada sobre la violencia y la precariedad, un intento por comprender la potencia del margen como el lugar desde el que se estructura el centro urbano, cumpliendo una función no solo especular sino definitoria.

Siendo fiel a este propósito quiero intentar responder a cada una de las preguntas que están en la base de este trabajo de manera diferenciada, aunque, como lo dije antes, la disección de la realidad social no es más que una estrategia de las ciencias sociales y humanas para poder asir cuestiones que, vistas en su totalidad, resultan inabarcables. Quiero empezar desde la última pregunta, sobre las formas de relación entre los habitantes del oriente y la ciudad integrada, para cerrar con la pregunta general sobre las distintas dimensiones que dan lugar a la experiencia de la marginalidad vivida por los jóvenes del Conglomerado Oriente.



Fotografía 4: tomada de la red social Facebook de la organización Radio Carajo del oriente de la ciudad de Cali: <https://www.facebook.com/Radiocarajolachontaresiste/photos/pcb.3198593970176519/3198591433510106>



Fotografía 5: tomada de la red social Facebook de la organización Radio Carajo del oriente de la ciudad de Cali: <https://www.facebook.com/Radiocarajolachontaresiste/photos/pcb.3198593970176519/3198593753509874>



Fotografía 6: tomada de la red social Facebook de la organización Radio Carajo del oriente de la ciudad de Cali: <https://www.facebook.com/Radiocarajolachontaresiste/photos/pcb.3198593970176519/3198592673509982>

¿Cómo se relacionan los jóvenes del Conglomerado Oriente con la ciudad integrada?

Desde mi punto de vista, uno de los resultados más interesantes e inquietantes de este trabajo es la elasticidad del territorio marginal. Como vimos —y esta es una idea en la que profundizaremos al contestar la segunda pregunta relacionada con los procesos de territorialización—, el oriente de la ciudad de Cali es en sí mismo un lugar con múltiples delimitaciones tanto a nivel institucional como en la experiencia de las personas que lo habitan. La línea que demarca el Distrito de Aguablanca, el Corredor oriental en su totalidad, y que define el momento en el que inicia la Cali integrada, es tan ancha como difusa, y nos enseña la existencia de un margen escalonado en el que se tejen distintas formas de relación con la ciudad central.

Lo anterior no quiere decir que no existan diferencias materiales y simbólicas sustanciales entre los habitantes de los márgenes urbanos y el “resto de la ciudad”, lo que quiere decir es que no es posible encontrar el punto exacto en el que termina el margen e inicia la ciudad central; nos enfrentamos entonces a una transición matizada entre ambos escenarios. A diferencia de lo planteado en la hipótesis que inicialmente respondía a esta pregunta, donde hablaba de una escisión cultural y económica entre la ciudad integrada y la marginal, lo que encontramos son conexiones diversas con variaciones en su fuerza y permanencia.

Podemos decir entonces, que el vínculo que los jóvenes del Conglomerado Oriente establecen con la ciudad central está mediado, principalmente, por relaciones utilitarias, bien sea el cumplimiento de actividades laborales o bien actividades educativas, y aunque transitan espacios comunes con los habitantes de la ciudad integrada, esto no significa que construyan relaciones de apropiación con esta última. Como nos explica Jirón (2007), se trata de una experiencia de ciudades paralelas, que aún estando superpuestas no se encuentran.

Lo que encontramos, es que las interacciones con la ciudad central, pese a ser constantes y necesarias —pues de ellas deriva el sustento económico—, no implican una apropiación de la ciudad integrada ni de la cultura hegemónica. Como lo veíamos en los casos de Juan, Fabian, Ana, Andrés, e incluso en los casos de Helena y Rocky14 —que ahora viven en el sur de Cali—, los espacios de la ciudad central son permanentemente enunciados como ajenos y distantes. Podemos señalar tres ejemplos:

La preocupación de Helena durante nuestros primeros años de formación universitaria por regresar a su casa al terminar las clases, como si se tratara de un lugar muy lejano, estaba inicialmente justificada en la precariedad del transporte público; cuando logró conseguir su primera moto, el riesgo se convirtió en la delincuencia y en la posibilidad de ser asaltada; y como ella lo narra, cuando ella y Rocky14 contaban con recursos

suficientes para pagar un taxi desde otro punto de la ciudad, el problema estaba en no encontrar lugares que les resultaran lo suficientemente agradables para justificar los gastos. La última vez que nos vimos, durante mi segunda estancia de campo, ella y Rocky se habían mudado a otro punto de la ciudad, esta vez a la zona periférica del suroeste, al sector de Meléndez. Durante mi visita, hablamos sobre cómo los habitantes del sector donde actualmente viven incumplían con las restricciones impuestas por motivo de la pandemia: “yo siempre vivo donde no hay ley”, bromeaba Helena, aludiendo a su preferencia por los márgenes. Aunque los motivos de su distanciamiento de la ciudad integrada se han transformado, y ella, como otros de los informantes, ha ampliado su dominio sobre “el resto de la ciudad”, la barrera simbólica se mantiene, y está basada en los procesos de identificación con el margen que abordaremos al tratar de responder a la tercera pregunta.

Otro ejemplo de esta frontera simbólica es cómo para Juan y Fabian, y el resto de mi familia paterna, siempre ha constituido una verdadera aventura realizar visitas familiares a sectores diferentes al Distrito o asistir a una actividad de ocio por fuera del oriente, pese a desplazarse todos los días hasta el extremo sur de la ciudad para trabajar. Durante el capítulo cuatro describía cómo su manejo de los espacios representativos de la ciudad integrada es precario, tanto como lo puede ser para un habitante de la ciudad integrada el manejo del oriente. La diferencia, como bien señala Rocky¹⁴ durante el capítulo dos, es que no existen circunstancias en las que se haga absolutamente necesario visitar el oriente de Cali, a menos que se trate de una visita familiar o amistosa.

El caso de Andrés resulta aún más desconcertante, pues aun siendo conductor y dedicándose a la entrega de paquetería por toda la ciudad, se mueve con mucha torpeza por lugares emblemáticos de Cali como “El cerro de las Tres Cruces”, situación que contrasta con el amplio dominio que tiene de la comuna 6, donde reside.

Como nos dice Grimson (2011), atravesar la frontera, aun cuando esta es difusa, no significa disolverla, y una muestra de ello es cómo pese a los desplazamientos constantes de estos jóvenes, la ciudad central no es vivida como algo propio, no se manipula con familiaridad. Por ciudad central me refiero a los elementos y escenarios que componen simbólicamente la ciudad integrada: los lugares representativos, los escenarios hegemónicos de la cultura, los espacios de concentración económica. Es claro que este distanciamiento no es homogéneo ni se expresa de la misma forma en todos los informantes, pues, como decíamos, existen gradaciones que se dan en función de los sistemas de desciframiento que han logrado construir unos y otros. Aunque la información recabada para objeto de esta investigación desmiente la idea de que la relación es “arbitrariamente hostil”, como suponía en un comienzo, si podemos decir que la relación con la ciudad central es de *extranjería*.

Esto no significa, necesariamente, que exista una relación de subordinación de los habitantes de los márgenes a la ciudad central, lo que sí implica es una asimetría en los consumos, pues la oferta educativa, cultural, deportiva, de salud, las instituciones del estado y el comercio, se concentran en el corredor central de la ciudad, limitando el desplazamiento de los ciudadanos hacia las zonas periféricas.

Sin duda, este desconocimiento de la ciudad no es exclusivo de quienes habitan los márgenes, pues en general las personas no solemos tener un dominio total del lugar que habitamos. Pero a lo que me refiero no es al plano cognitivo, a saber o no dónde están ubicados los lugares icónicos de una urbe o conocer las rutas exactas para desplazarse de un lugar a otro, de lo que hablo es del sentimiento de apropiación de la ciudad de la que se hace parte, o de la familiaridad con la que una persona puede desenvolverse en ella. Respecto a esto, podemos afirmar que los jóvenes del conglomerado oriente, principalmente aquellos que viven en los sectores más profundos de este corredor urbano, mantienen una relación distante con la ciudad integrada.

Esta es una nueva hipótesis que surge a partir de las entrevistas realizadas y en la que sería interesante ahondar con un trabajo de campo más extenso, y es que, efectivamente, el distanciamiento simbólico de la ciudad integrada es proporcional al distanciamiento físico, pues pareciera que quienes habitan los sectores más cercanos al Río Cauca, expresan un sentimiento de mayor extranjería frente a la ciudad central. Quizá esto tiene que ver con que los desarrollos urbanos más profundos en el oriente son más recientes al igual que el emplazamiento de las familias en estos sectores; pero es necesario abundar en información para esclarecer esta hipótesis.

Existen sin embargo experiencias diferenciadas como la de Camilo y Gabriela, quienes parecen desenvolverse con mayor familiaridad en la ciudad central. En ambos casos, constatamos a partir de sus narrativas, que, a diferencia del resto de los informantes, en ellos no aparecen referencias de pertenencia al Oriente. En el primer caso, Camilo, pese a estar ubicado en la comuna 6, habla del oriente refiriéndose a la zona tradicionalmente conocida como el Distrito de Aguablanca, cuyos habitantes aparecen en su relato como “ellos”; y en el segundo caso, Gabriela narra cómo su llegada al Distrito ha sido reciente y azarosa, pues la mayor parte de su vida residió en un barrio de clase media de la ciudad, en la comuna 5, mucho más integrada. Es posible que este distanciamiento simbólico que ambos informantes establecen con el oriente esté relacionado con una mayor apropiación de la ciudad integrada; nuevamente necesitamos más información para comprender estas trayectorias diferenciadas.

Respecto a la relación de los habitantes del centro con los márgenes, encontramos una reciente introducción al oriente de la ciudad tiene que ver —como se explicaba en el capítulo 4— con la explotación del folclor afropacífico y se da de manera superficial,

teniendo en cuenta que solo ocurre durante una semana al año en el marco del Festival Petronio Álvarez, cuando las dinámicas habituales se encuentran alteradas. Además, el acercamiento se da sólo a uno de los barrios del oriente, dispuesto y adaptado para la recepción de los foráneos. Sería muy interesante dar continuidad a esta investigación, ampliando la mirada a las representaciones e imaginarios que, desde fuera, se tejen acerca del oriente de Cali.

Lo que sí podemos decir es que, como lo propone Carman (2007), existe una *máxima intrusión socialmente aceptada* de los marginales a la cultura integrada, donde su participación en los escenarios dominantes es admitida solo en la medida en que pueden ser explotados, bien con la utilización de su mano de obra o bien con la capitalización de sus productos culturales. En otros casos, como en los eventos ocurridos durante la pandemia del Covid-19 descritos en el capítulo cuatro, sigue existiendo reticencia por parte del centro a reconocer en los marginales el estatus de ciudadanos (Wacquant, 2007).

Otro hallazgo interesante de este trabajo tiene que ver con las características de lo que sería la ciudad central en el caso de Cali, pues, como veíamos, no es sencillo definir un centro de condensación financiera, institucional o cultural en esta urbe. Pareciera, como se explicaba en los capítulos 1 y 3, que, en este caso de estudio, la ciudad integrada corresponde a una franja urbana que va de norte a sur atravesando las comunas 2, 19, 17 y 22, que a su vez han sido privilegiadas en el desarrollo de los proyectos de movilidad y en la realización de eventos culturales. En este sentido vemos cómo la ciudad integrada es muy reducida; lo urbano, continúa siendo más un proyecto o una noción abstracta (Castells, 1974), que una realidad concreta, sobre todo en ciudades latinoamericanas como Cali, donde la consolidación de la industria es aún reciente y la presencia de dinámicas rurales persiste.

Sobre la definición de la ciudad central tenemos que, a diferencia de lo que plantean los documentos institucionales, donde los segmentos urbanos son definidos en función de su relación con el centro geográfico de la ciudad (Alcaldía de Cali, 2011), en realidad es el centro el que es definido en función de dónde terminan los corredores marginales, y, como vimos, los márgenes de la ciudad se extienden de manera elástica en función de criterios diversos.

Esto nos conduce a un segundo principio en la relación que se establece entre los márgenes y la ciudad central, y es el sentimiento de desconexión que refieren los jóvenes habitantes del Conglomerado Oriente, sobre todo aquellos ubicados en la zona del Distrito de Aguablanca. Aunque este señalamiento inicialmente se refiere a realidades materiales de movilidad —vías y servicios de transporte—, rápidamente los relatos pasan a exponer una percepción de desarticulación entre ambos escenarios que va más allá de

la separación concreta del oriente del “resto de la ciudad”. Como vimos en el capítulo dos, la narrativa de la desconexión está acompañada de un desentendimiento de las normativas que rigen a la ciudad integrada, de formas diferenciadas en el uso del espacio y la relación con la autoridad; en fin, de un “cambio de ritmo”, en la experiencia de la ciudad.

Si bien lo dicho hasta este punto no constituye un aporte novedoso en el estudio de los márgenes urbanos, considero que las formas de relación con la ciudad central descritas anteriormente se hacen significativas a la luz de los procesos de territorialización específicos de los contextos marginales, y de las relaciones de identificación y diferenciación que se construyen entre los habitantes de estos dos espacios. En el siguiente apartado quiero exponer las formas específicas de territorialización que considero llevan a cabo los jóvenes del Conglomerado Oriente en su proceso de apropiación y significación de este corredor urbano.

¿En qué consisten, pues, los procesos de territorialización del Conglomerado Oriente de la ciudad de Cali y del Distrito de Aguablanca, llevados a cabo por los jóvenes?

Como sugeríamos al inicio de este trabajo, existe un estrecho lazo entre la significación del espacio que se habita, la construcción de narrativas identitarias y el establecimiento de fronteras materiales y simbólicas entre los grupos humanos. Para hablar específicamente del proceso de significación del oriente de Cali por parte de los jóvenes que viven ahí y que participaron en esta investigación, es importante iniciar señalando que, salvo Andres y Camilo, todos los informantes de este trabajo se reconocen como habitantes o bien del oriente de la ciudad, o bien del Distrito de Aguablanca. En la mayoría de los relatos, como lo describía en el segundo capítulo, la noción de oriente y la de Distrito se solapan e intercambian sin ningún miramiento; pero en ninguno son utilizadas denominaciones institucionales recientes como la de Conglomerado Oriente.

Lo que significa en los relatos identitarios el hecho de pertenecer o no al oriente de Cali, lo abordaremos al tratar de responder la siguiente pregunta. Aquí, nos limitamos a describir en qué consiste el proceso de significación y apropiación de este segmento de la ciudad, teniendo en cuenta que incluso los informantes que no se reconocen como habitantes de ese corredor urbano, comparten una experiencia de territorialización. Esta situación nos lleva a decir que, efectivamente, existe una experiencia de significación específica del margen que no alude solamente a su condición geográfica de periferia, sino a prácticas diferenciadas en la relación con el espacio y una historia particular de poblamiento del lugar. El concepto de marginal sigue siendo necesario para la comprensión de estos segmentos urbanos.

Entre las generaciones de colonos que llegaron entre los años sesenta y noventa a poblar el oriente de Cali, la domesticación del espacio aparece en las narrativas identitarias como un elemento relevante en la elaboración del sentido de lugar, o sentido de pertenencia a un lugar (Gliglia, 2019). Relatos sobre los procesos de urbanización autónoma, consecución de servicios públicos por vías institucionales o ilegales, desecación de algunas de las zonas lacustres del oriente, e incluso configuración de organizaciones autónomas de seguridad, hacen parte de los elementos enunciados por este segmento de la población. En contraste, los jóvenes que hicieron parte de este trabajo llevan a cabo un ejercicio de domesticación en una dimensión diferente: *la domesticación de la incertidumbre*.

La literatura antropológica que estudia la marginalidad urbana ya nos había advertido sobre la incertidumbre económica como un elemento característico de la población que vive en esta condición (Adler, 1998; Wacquant, 2001). Esta incertidumbre, como vimos en los relatos identitarios, deriva en una experiencia movimiento permanente o de itinerancia física y cultural que pone a los jóvenes en una situación de tránsito constante entre un sistema de significados y otro, entre la ciudad integrada y la marginal—de esto hablaremos al responder la siguiente pregunta—. En el caso de estos jóvenes, que no hicieron parte de los primeros pobladores y que crecieron en familias ya asentadas en el oriente, la significación del espacio se lleva a cabo en la medida en que logran dominar los distintos niveles de incertidumbre que trae consigo la condición de marginalidad: la inestabilidad económica, el desplazamiento forzado o voluntario, las amenazas constantes contra la integridad y la propiedad privada, la inestabilidad laboral, etc.

Este ejercicio de domesticación de la incertidumbre conduce a una relación de tensión con el territorio que, al mismo tiempo que es denunciado como un escenario carente de oportunidades y escaso de ofertas laborales, culturales, educativas, etc., es enaltecido como un espacio que permite el cultivo de la viveza, la agudeza social y la valentía. Esta situación es equivalente tanto para quienes se consideran crecidos en el Distrito —como Helena, Rocky, Ana y David—; para quienes aún sin reconocerse como parte del “oriente” o del “Distrito”, se encuentran en la franja urbana que corresponde a este conglomerado —como Camilo y Andres—; para quienes se han insertado recientemente a este espacio —como Gabriela—; o para quienes, como yo, habiendo nacido ahí se han distanciado progresivamente.

Conocer al amigo que roba, huir de la normativa regular de la ciudad al introducirse al oriente, saber las rutas y horarios para desplazarse, y conocer las convenciones para transitar sin correr riesgo, es lo que genera, siguiendo las narraciones de nuestros informantes, un vínculo con el territorio. El vínculo con el lugar, para esta generación, no consiste en haber levantado con sus manos las casas que habitan, sino en haber logrado sobrevivir a los retos que impone el contexto marginal, que sobrepasan por mucho, como

veíamos con el caso de los niños asesinados en el barrio Llano Grande, las amenazas propias de habitar la ciudad de Cali, que es en sí misma una ciudad violenta. En cierta medida, este ejercicio de domesticación encierra los otros dos elementos enunciados por Giglia (2019) como constitutivos del sentido de pertenencia: la elección del lugar donde se vive —porque aún sin haber elegido habitar el oriente, los jóvenes se resisten a abandonarlo—; y la relación especular con el espacio —en la medida en que encarna el esfuerzo de sus familias y sus propios logros—.

Un segundo componente del proceso de territorialización es, aunque suene paradójico, el movimiento permanente, o la disposición al movimiento. Como lo describíamos en el primer capítulo, a diferencia de lo esperado, la migración no aparece como una referencia al pasado sino como una narración vigente en la historia de vida de los informantes. La mayoría de ellos, narran procesos de desplazamiento que son actuales —cuando no de ellos mismos, de su familia nuclear—, y que están motivados o bien por la búsqueda de oportunidades laborales y económicas, o bien por fenómenos violentos que han llevado a las familias a moverse a otros municipios o a otros barrios del oriente de Cali. El territorio se construye entonces a partir de un tránsito constante y de la búsqueda permanente. Estas características, como nos explicaba April-Gnisset (2004) están asociadas también a los pueblos negros en Colombia, marcados por una historia de migración constante y formas de poblamiento que privilegian lo abierto a lo cerrado, como es el caso de las formas de administración del espacio en el oriente de Cali.

Este movimiento permanente nos lleva a dos suposiciones: primero, que el margen funciona como una membrana (Portal y Ziri6n, 2019), como un espacio de circulaci6n cultural tan activo como los escenarios leg6timos de la cultura; y segundo, que el proyecto urbano, al menos en el caso de Cali, no se corresponde enteramente con el proyecto moderno, teniendo en cuenta que los j6venes se ven obligados a migrar constantemente, incluso a zonas rurales, en busca de oportunidades econ6micas; que la presencia de las dinámicas rurales es vigente; que no hay procesos de integraci6n educativa o cultural completos de estos sectores, así como tampoco ofertas de infraestructura integradoras.

Finalmente debemos reiterar que la demarcaci6n del territorio del oriente es variable y depende de los criterios utilizados por cada informante. En algunos casos, este criterio se establece a partir del fenotipo de los habitantes, demarcando el oriente a partir de la presencia de gente negra; otras veces, la delimitaci6n se establece en t6rminos hist6ricos refiriendo las zonas de urbanizaci6n aut6noma o autoconstrucci6n; en otros casos aludiendo a las l6gicas violentas o delictivas, al aspecto de las casas, el uso del espacio p6blico, etc.

Aunque existan variaciones en la delimitaci6n, todos los informantes se±alan una transformaci6n, una ruptura entre este corredor de la ciudad y el resto de Cali, referida

en términos del “paisaje” y del “ritmo”. Es necesario ahondar en estas dos cuestiones que no fueron consideradas inicialmente en la investigación, pero que están presentes en casi todos los relatos de distintas maneras. Los informantes aluden a la dimensión sensorial para describir el territorio que habitan mucho más que a una dimensión histórica o político-administrativa (Bailly, 1989): el distrito se siente de tal o cual manera, es más agitado, es más alegre, hay que estar permanentemente atentos, las personas están más juntas, hay mucho ruido, la gente está afuera de sus casas, etc.

Como explicábamos en el primer capítulo, la dimensión histórica de la conformación del oriente no es explícita en los relatos de los jóvenes informantes. Como lo señala Camilo, esto podría estar relacionado con un esfuerzo de las nuevas generaciones por integrarse a la cultura hegemónica de Cali, lo que los conduce a tomar distancia de la historia de migración y las zonas de proveniencia de las familias. Pero este distanciamiento no corresponde solo a una elección voluntaria por parte de las nuevas generaciones sino a una omisión de las instituciones que, salvo durante la temporada del Festival Petronio Álvarez, no incorporan en sus actividades regulares la historia local como una dimensión importante. Respecto a esto, han sido las organizaciones sociales y colectivos artísticos quienes han avanzado con mayor firmeza en la intención de mantener los vínculos de los jóvenes con sus territorios de origen, generando nuevas formas de identificación.

Podemos pasar entonces a tratar de comprender cómo el proceso de establecimiento de fronteras con la ciudad integrada, la relación con los territorios de procedencia de las familias llegadas al oriente durante las primeras décadas de poblamiento; así como los procesos de territorialización basados en un ejercicio de domesticación de la incertidumbre, se encuentran ligados a las narrativas identitarias creando sistemas de identificación y diferenciación en este margen urbano.

¿Cómo la marginalidad se ha convertido en un elemento de identificación para esta población y, específicamente, para los jóvenes habitantes del Distrito de Aguablanca?

La hipótesis que inicialmente respondía esta pregunta estaba basada en mi experiencia previa con organizaciones sociales y artísticas que, en un ejercicio de fortalecimiento comunitario del oriente de la ciudad de Cali, reivindicaban la condición de marginalidad como un elemento potente para la construcción de una identidad colectiva. Estos acercamientos me llevaron a preguntarme si la categoría de marginal era igualmente acogida por los habitantes de la zona con un menor nivel de politización o quienes no habían participado en escenarios de reflexión sobre lo que significaba pertenecer al oriente de la ciudad o al Distrito de Aguablanca. Como punto de partida suponía que la noción de marginalidad se presentaría de manera explícita en los relatos identitarios de los jóvenes que hicieron parte del trabajo, ligada a valores como la bravura, la viveza y la resiliencia como características de esta condición.

Si bien la categoría de marginal no surgió sino ocasionalmente, y en las narrativas más sofisticadas, como un calificativo para referirse a la zona, equivalente al de excluidos o segregados, los núcleos de significado asociados a la condición de marginalidad sí se hicieron presentes en las narrativas identitarias, aunque de manera ambigua. Si bien podemos rastrear variaciones en las formas de identificación con “lo marginal” que funcionan, como lo señala Evans-Pritchard (1977), de manera coyuntural y estratégica, existen elementos comunes en los relatos de los informantes que quiero detallar a continuación.

Hablar de una relación ambigua de identificación con el oriente por parte de los jóvenes significa que al tiempo que reconocen las condiciones de hostilidad y la falta de oportunidades que representa vivir en este sector de la ciudad, consideran que son estas circunstancias las que les han permitido desarrollar un conjunto de valores que los hacen enfrentar la vida con mayor arrojo que quienes habitan la ciudad integrada. Principalmente aquellos que se reconocen como crecidos en el Distrito de Aguablanca, consideran que haber sobrevivido y domesticado las circunstancias de este contexto los pone en condición de ventaja frente a quienes han crecido en entornos más cómodos, al menos en lo que se refiere a situaciones en las que debe enfrentarse la adversidad.

El margen se convierte en un elemento de identificación en tanto representa la posibilidad de domar las situaciones hostiles. Sobreponerse, recuperarse, “volverse a levantar”, “seguir intentando”, “superar los obstáculos”, son premisas que, lejos de romantizar la precariedad, constituyen un nicho de significado en un contexto urbano como el de Cali, donde las circunstancias suelen ser adversas para un amplio porcentaje de la población.

Lo que Urrea y Quintín (2000) denominaban un ethos “aletoso”²⁶, en el argot popular de los jóvenes entrevistados a finales del siglo pasado, no se refiere necesariamente a una internalización de la violencia por parte de esta generación, sino a una domesticación de esta en sus distintas expresiones, como veíamos en el tercer capítulo. Pero este sistema de valores no se sustenta exclusivamente en la experiencia de haber crecido en el oriente, sino también en una narración familiar signada por la supervivencia y arraigada a una historia de migración y esmero en las familias que colonizaron el oriente de la ciudad y lo hicieron habitable.

Es necesario recalcar que aun cuando las narrativas identitarias de los jóvenes no se presentan en clave de tragedia, sino como relatos heroicos, esto no significa que haya

²⁶ Esta palabra se usa en Cali para describir a alguien que no se intimida ante ninguna circunstancia o da constantes muestra de su disposición para enfrentar situaciones hostiles. En ocasiones puede describir a alguien que resulta amenazante.

una naturalización de la violencia —que siempre es excepcional—, sino una capacidad de resiliencia mucho mayor a la que se vive en la ciudad integrada. Episodios como el reciente asesinato de los niños ocurrido en Llano Verde y narrado al inicio de estas reflexiones, ocasionan la cohesión de los habitantes del oriente, jalónados por las organizaciones sociales, en torno a la indignación y la rabia frente a una ciudad que desconoce el valor de la vida en los márgenes. Aunque los episodios de violencia son constantes en el oriente de Cali, y en general en la ciudad, la ocurrencia de acontecimientos tan sórdidos como el del pasado 11 de agosto, en torno a los cuales se han desatado múltiples y constantes manifestaciones, puede tener efectos sobre las narrativas de los habitantes, por lo que se hace necesario abundar en la investigación a largo plazo de las variaciones y transformaciones de los relatos.

Sumado a esto, encontramos que la experiencia étnico-racial, aunque de manera silenciada, representa también un elemento de diferenciación de la ciudad integrada. “El Distrito es negro”, y a pesar de que esta reflexión está basada principalmente en estereotipos raciales, esto se asocia a una condición de bravura y carácter indómito de las comunidades negras en Colombia. Los jóvenes crecidos en el oriente, aún sin identificarse explícitamente como afrodescendientes, reivindican un conjunto de características asociadas a la negritud: “hablar fuerte”, “no dejarse de nadie”, “pararse duro”, son elementos de un imaginario que se ha configurado acerca de lo que significa pertenecer al oriente de Cali. Como nos dice Quintín (1999), es necesario sumar datos a la investigación de la experiencia étnico-racial en los contextos urbanos para lograr comprender cómo se interceptan los colores de piel, la identificación con comunidades étnicas originarias y la construcción de los márgenes de la ciudad.

En este punto aparece una cuestión de sumo interés y es la relación que se establece entre el Pacífico y la ciudad de Cali, ampliamente discutida en estos tiempos. Pues como vemos, existen núcleos de significado que se extienden desde lo que significa pertenecer a una comunidad negra en el litoral pacífico, a lo que significa habitar el oriente de Cali. Si bien no podemos hablar de un “gueto negro” en el oriente, pues no hay en este sector homogeneidad en la pertenencia étnico-racial (Barbary y Hoffman, 2004), podríamos afirmar que la identificación con lo marginal está atravesada por la identificación con valores asociados a los estereotipos de la negritud.

Pese a que es evidente la aparición de una política reciente, con intereses principalmente económicos, que busca posicionar a Cali como “Capital del Pacífico”, es también notoria la presencia de prácticas, *habitus* y productos culturales que han migrado desde el litoral, encarnados en los cuerpos de los y las colonas del oriente, y heredados por las nuevas generaciones. ¿Cuál es la presencia del Pacífico en la ciudad de Cali? ¿cómo se manifiesta el litoral a través de la experiencia de los jóvenes que han crecido en el

oriente? Estas son preguntas que quedan abiertas en este trabajo y que merecen un abordaje más profundo.

Ligado a esta imaginario de la resiliencia y sobreposición de los habitantes a las circunstancias adversas encontramos dos vertientes de la identificación con el margen, por un lado, casos como el de Andrés, Ana y Helena, quienes como resultado de sus experiencias han construido una relación de profundo arraigo con el lugar en el que crecieron, que implica la permanencia física en el barrio o al menos en el sector—incluso en casos como el de Helena, que aun habiéndose desplazado, reconoce en su nuevo entorno características similares a las del Distrito de Aguablanca—; pero también encontramos un elemento de identificación ligado al movimiento, a una experiencia de desplazamiento permanente, de tránsito constante.

Un núcleo común entre estas dos formas de identificación es lo que mencionábamos en el tercer capítulo como “la búsqueda permanente de una oportunidad”, y esto tiene efectos importantes sobre las proyecciones de los jóvenes. A diferencia de las formas más tradicionales de construcción de proyectos de vida, basadas en la reflexión sobre los gustos personales, los capitales culturales y económicos, así como la herencia de oficios y tradiciones; las expectativas de los jóvenes que habitan el margen están relacionadas con la aparición de una oportunidad, independientemente del campo en el que esta se desarrolle. No se trata, como lo sugiere Gómez-Soto (2019) de que la marginalidad implique una angustia constante por la integración, sino de una disposición para adaptarse a las exigencias del medio.

Como explicábamos en la introducción de este trabajo, las narrativas identitarias no corresponden solamente a una reflexión sobre el pasado, sino a una elección de los elementos que componen lo que se es actualmente y lo que se puede llegar a ser. En el caso de los jóvenes que hicieron parte de esta investigación, sobre todo para aquellos que no cuentan con formación académica, las proyecciones sobre el futuro, más allá de las narrativas del esfuerzo y la perseverancia, están puestas sobre la posibilidad de “cazar” una oportunidad; de ahí que la viveza y el arrojo sean valores necesarios para la consecución de los objetivos personales.

¿Cómo se ha construido y qué dimensiones configuran la experiencia de la marginalidad en los jóvenes habitantes del Conglomerado Oriente de la ciudad de Cali, Colombia?

Al pensar inicialmente en los elementos que componían la experiencia de la marginalidad en el caso de los jóvenes habitantes del Conglomerado Oriente de la ciudad de Cali, supuse que se presentarían tres núcleos de significado en los relatos: el primero asociado a un pasado migrante, lo que haría que los entrevistados hicieran explícito su vínculo con un territorio originario de la familia; en segundo lugar la precariedad económica como otra

dimensión relevante; y finalmente, consideré que la pertenencia étnica sería un elemento de identificación de gran importancia entre los jóvenes del oriente, teniendo en cuenta que, al menos fenotípicamente, la mayoría de ellos pueden ser caracterizados como personas negras.

Pues bien, los resultados de este trabajo mostraron una realidad mucho más compleja de la que suponía en un principio, y me permitieron reconocer seis elementos constitutivos de la experiencia de la marginalidad que se encuentran expuestos a lo largo de los cuatro capítulos que componen la investigación:

1. En primer lugar, nos encontramos con una escasa referencia a la historia como un fenómeno pasado. Los relatos están contruidos en función de la experiencia vivida de los sujetos y, en muy pocas ocasiones, hay referencias a “La Historia” oficial del Distrito de Aguablanca o el oriente de Cali. Estas evocaciones de los territorios de origen o de las historias previas de migración y colonización del oriente, son más comunes entre las generaciones anteriores, para quienes estos constituyeron episodios significativos. Aunque haya un esfuerzo de organizaciones y colectivos por reavivar el vínculo de los jóvenes con su historia, en un intento por fortalecer una identidad “ancestral”, lo cierto es que los relatos de los informantes no dan cuenta de ello.

Una lectura fatalista podría suponer una falta de conciencia histórica por parte de los jóvenes, pero considero que, primero, esto no es un elemento exclusivo de quienes habitan los márgenes urbanos, pues en general no existe en la ciudad un esfuerzo generalizado por construir memoria sino, como nos dice Martínez-Toro (2018), por superponer capas urbanas en una búsqueda de modernización, a manera de palimpsesto; y segundo, a mi parecer, esta narración que privilegia la historia vivida materializa un esfuerzo inconsciente de esta generación por concebir una nueva historia que inicie con ellos y ellas, y narre la hazaña de sobrevivir a un entorno hostil.

2. En segundo lugar, encontramos que, a diferencia de lo esperado, las narraciones de migración y desplazamiento no se refieren a un pasado remoto, sino a la experiencia vivida de los jóvenes entrevistados, configurando un fenómeno vigente. En todos los casos ellos o los miembros de su familia nuclear han realizado o realizan movimientos esporádicos a otras ciudades o zonas rurales del país. Todos los relatos de vida incluyen por lo menos un episodio de migración, a los Llanos orientales en el caso de Camilo, al Tolima en el caso de Ana, a Medellín y a Pasto en los casos de Juan y Fabian, a Nariño y Cauca en el caso de David, a Bogotá en el caso del padre de Helena o al departamento del Putumayo en el caso

del padre de Rocky¹⁴; así como también desplazamientos intraurbanos en el corredor oriental.

Estos desplazamientos, como veíamos, están motivados principalmente por la búsqueda de oportunidades económicas, así como por acontecimientos violentos que condujeron a las familias a migrar buscando seguridad. Tenemos entonces que el movimiento constituye uno de los ejes de la experiencia de habitar los márgenes para los jóvenes que participaron en esta investigación. En algunos casos este movimiento, como sugiere Bartolomé (1985), aparece como un insulto para quienes se desplazan en la medida en que implica un desarraigo principalmente familiar; pero también se asocia a una estrategia de supervivencia que hace parte de la domesticación del margen, en la que se apunta a “minimizar la inseguridad, reducir la incertidumbre y maximizar la utilización de los escasos recursos disponibles” (Bartolomé, 1985, p.81).

3. En tercer lugar, tenemos que la experiencia de habitar el margen urbano está asociada a sensaciones de “cambio de ritmo” y “desconexión”. Todos los entrevistados hablan del “agite” como una característica del oriente de la ciudad de Cali, una forma de explicar la aceleración del ritmo al entrar a este sector de la ciudad. Contrario a lo que uno podría suponer, sobre una mayor precipitación de la experiencia en la ciudad integrada, relacionada con los ritmos económicos y la movilidad, los jóvenes aseguran que una de las diferencias entre transitar la ciudad central y la marginal, es que en la segunda debe haber un mayor sentido de alerta. El tránsito vehicular por fuera de las normativas regulares, la amenaza constante de la violencia delincinencial, la ocupación permanente del espacio público, el ruido proveniente de las casas, y el calor permanente del oriente, relacionado con la tala de árboles durante los procesos de ocupación; todos estos son elementos que componen una experiencia agitada del oriente, sobre la que sería muy interesante ahondar a partir de una metodología que nos permitiera profundizar en la experiencia sensible y el nivel de lo imaginario en la vivencia de la ciudad.

En este mismo sentido encontramos la referencia a la “desconexión” como otro eje narrativo. Si bien esta palabra es utilizada inicialmente para hablar de la relación concreta de movilidad entre el oriente y la ciudad central, donde las vías de comunicación y los sistemas de transporte son precarios, los relatos se conducen hacia la diferencia en los consumos culturales de la población del oriente, debida a la falta de espacios legítimos de la cultura en este corredor urbano.

Una vez más aparecen las estrategias de domesticación de esta situación, el surgimiento de servicios de transporte alternativos y la existencia de formas de entretenimiento y de producción cultural propias del oriente de Cali, donde “la

fiesta no para”, “la música no se apaga” y se está “por fuera de la ley”. Estas formas de administración de la vida ocurren por fuera de las restricciones y normativas convencionales de la ciudad, lo que hace que los jóvenes del oriente se mantengan en una línea difusa que los obliga a dominar dos estructuras: la oficial, referida a las instituciones del estado y las lógicas económicas hegemónicas; y una estructura clandestina o soterrada que rige la vida en el margen. Esta doble participación —no necesariamente vínculo— en las estructuras legales e ilegales, construyen muchas veces un imaginario que, como señalábamos en el capítulo cuatro, hace que la ciudad central justifique el ejercicio de la violencia contra los habitantes de los márgenes (Guber y Casabona, 1985).

4. Otro de los elementos que configuran la experiencia de la marginalidad es el de la búsqueda permanente de una oportunidad. Como lo mencionaba Bourgois (2010) en sus investigaciones sobre la Inner City en Nueva York, los habitantes de los márgenes recorren todas las rutas posibles para la consecución de los recursos necesarios para el sostenimiento de una vida digna, desde los subsidios estatales, la economía informal, la migración hacia otras ciudades, la exploración de múltiples oficios y, en algunos casos, la vinculación a la ilegalidad.

Los jóvenes entrevistados describen en su experiencia y en la de los miembros de sus familias nucleares, una búsqueda constante aunada al movimiento y a la flexibilización de sus actividades. Acceder a programas estatales, llevar a cabo un emprendimiento económico en casa, trabajar de manera independiente al tiempo que se logra una vinculación formal con una empresa; todos estos son relatos comunes entre esta generación de habitantes del margen. Esta situación radica también en un desacoplamiento económico vivido por los jóvenes habitantes del oriente que, debido a los bajos niveles educativos y la falta de oportunidades de acceso a espacios formativos, se ven relegados a las esferas tradicionales del mercado laboral (Wacquant, 2001).

5. Encontramos, finalmente, el elemento más significativo en los relatos de los jóvenes habitantes del Conglomerado Oriente de la ciudad de Cali nacidos en los noventa, una vez consolidado el proceso de poblamiento de este corredor de la ciudad. Como explicábamos en el apartado anterior, a diferencia de las generaciones que los precedieron, en cuyos relatos aparece el proceso de domesticación del espacio físico como la base de la construcción del sentido del lugar, en los relatos de estos jóvenes el sentido de pertenencia está ligado a la domesticación de las distintas formas de violencia experimentadas por quienes viven en el margen, lo que denominamos *domesticación de la incertidumbre*.

La inestabilidad económica crónica, la delincuencia, la amenaza a la vida, la exclusión por parte de la ciudad integrada, la discriminación racial, etc., son elementos que aparecen en los relatos identitarios de los jóvenes, solo en la medida en que forman parte de la hazaña de haber sobrevivido y haber domado las formas de administración de la vida y la cotidianidad que son particulares de estos contextos. La relación de tensión que existe con el oriente de Cali, combina el reconocimiento de estas distintas formas de violencia con el orgullo de haberlas amansado. Lo que deriva en narraciones identitarias que reivindican el carácter bravo y aguerrido de quienes se crecen en los márgenes.

Esta situación explicaría la larga permanencia de los jóvenes en estos sectores, que componía una de mis inquietudes iniciales. Y es que a pesar de lograr integrarse económicamente de una manera que les permitiría desplazarse a otros puntos de la ciudad, el oriente sigue siendo la materialización del esfuerzo de las familias colonizadoras que construyeron espacios habitables, y el testigo de sus propios logros: haberse sobrepuesto a las circunstancias. Pero existe un elemento adicional, los valores que se construyen y refuerzan en el margen, el *habitus* que se elabora entre los habitantes de estos sectores, no coincide plenamente con las demandas de la cultura integrada, lo que se manifiesta en la incomodidad de muchos de ellos al participar de espacios que hacen parte de la ciudad central.

6. Por último, encontramos, como se mencionaba en el capítulo 4, la presencia latente de la experiencia étnica o racial. Pese a haber en los relatos de la mayor parte de los informantes, excepto aquellos pertenecientes a organizaciones antirracistas, un silencio frente a la experiencia de la negritud en los márgenes de la ciudad, este componente hace parte, aunque sea de manera tangencial, de las narrativas identitarias.

Por un lado, encontramos, como nos explicaba Camilo, que la ausencia de referencias a las comunidades de origen está asociada a una intención de “blanqueamiento” por parte de los jóvenes, quienes omiten este componente de su vida como una manera de acercarse a la cultura hegemónica mestiza de la ciudad de Cali. Paradójicamente, del otro lado se encuentra la premura institucional por reivindicar el componente afropacífico de la ciudad, recurriendo a la comercialización de los productos culturales de estas comunidades, particularmente a través del Festival Petronio Álvarez.

Aunque no se haga explícito en los relatos, la experiencia de la marginalidad está ligada a la negritud en la medida en que los valores privilegiados en los márgenes urbanos, son valores igualmente asociados a las comunidades negras, caracterizadas como aguerridas, fuertes y resilientes. Como nos explicaba Alves

(2020), vivir al margen es, de alguna manera, vivir como una persona negra, y desarrollar *habitus* propios de estas comunidades, como lo explicábamos al contestar la pregunta anterior.

Los seis elementos mencionados están presentes en las narrativas identitarias de los jóvenes que hicieron parte de esta investigación y que viven en el Conglomerado Oriente de la ciudad de Cali. Sin embargo, los datos recolectados en este trabajo no permiten asegurar que los núcleos de significado presentes en estos relatos sean exclusivos de los jóvenes del oriente de Cali, por lo que se hace necesario continuar con la investigación, esta vez incluyendo jóvenes que forman parte de la ciudad integrada o de otros sectores urbano-marginales como La Ladera, en la zona poniente.

Ocurre además que la variabilidad en la delimitación espacial del oriente de Cali, desde la perspectiva institucional y las experiencias de sus habitantes, nos lleva a una extensión de los márgenes que se da en función de distintos criterios, como explicábamos en el segundo capítulo. Esta ambigüedad en la delimitación reduce cada vez más a la ciudad central y la hace excepcional dentro de la configuración urbana. La densidad poblacional y la extensión territorial del “corredor central” de la ciudad de Cali es mínima, comparada con los territorios marginales, siguiendo las descripciones de nuestros entrevistados.

Un elemento muy interesante es que pese a los esfuerzos institucionales por eliminar la denominación Distrito de Aguablanca del imaginario popular, esta designación sigue siendo fundamental en los sistemas de ordenamiento de la ciudad para quienes habitan el oriente de Cali y quienes no. Lo interesante sería profundizar en la manera en que se diferencian las comunas tradicionalmente asociadas al Distrito y aquellas que, aun estando ubicadas en este corredor urbano y teniendo una historia de poblamiento similar, no son incluidas en esta clasificación, como es el caso de la comuna 6 y parte de la comuna 7. Así mismo debemos ahondar en los imaginarios que desde la ciudad integrada se construyen acerca del oriente de Cali, vinculando elementos relacionados con la migración y con la pertenencia étnico-racial.

Estas reflexiones nos llevan nuevamente a considerar el papel que juegan los márgenes en la construcción de “lo urbano”, tan excepcional y abstracto (Castells, 1974). Una explicación posible es la que brinda Serje (2011) al hablar sobre la construcción activa de contextos por parte del Estado, que funciona como una manera de legitimar simbólicamente la existencia de un centro dominante. En este sentido, los márgenes urbanos funcionan como un escenario de contraste para la ciudad integrada que, siendo escasa, ejerce control sobre las formas de circulación del capital, la valoración de los productos culturales, la clasificación de los individuos y grupos, y la estratificación de la vida.

En este ejercicio de fabricación de contextos, nos dice Serje (2011), ocurre un doble movimiento de proyección y reversión. En el primer caso, la ciudad central deposita sobre un segmento de urbe todos los valores negativos u opuestos a lo que debe ser, en este caso, la sociedad moderna y urbana, creando imaginarios de insubordinación, acompañados de una exotización y folclorización de estos sectores; ambos con miras a su sometimiento. A través de estos imaginarios se legitima la necesidad de intervención y control por parte del centro. Aquí aparece la reversión, y es que, por cuenta de este supuesto despliegue de control y regulación, el segmento sometido está obligado a subordinarse al centro y a entregar sus recursos —su mano de obra, sus productos culturales, todo con lo que cuente—.

Esta explicación explora el papel activo de las instituciones en el sostenimiento de las zonas urbano-marginales, y nos aleja del amplificado discurso sobre la ausencia del Estado en ciertos segmentos de la población: el Estado no está ausente, actúa de manera precaria generando las condiciones para mantener la distinción entre lo central y lo marginal (Wacquant, 2007)

Sin embargo, esta explicación se mantiene aún en un paradigma que comprende lo marginal como un fenómeno agenciado desde fuera. A mi parecer, la información recolectada en esta investigación nos sugiere un cambio de perspectiva. Con esto no quiero romantizar sobre el supuesto comunitarismo o los vínculos de solidaridad que suscita la experiencia de la marginalidad, pues, como lo expresaba un adolescente en medio de la celebración del Arrullo de Barrio en Ciudad Córdoba durante la primera estancia de campo: “el barrio es jodido y punto”. Lo que quiero señalar es la necesidad de comprender de manera más profunda la manera en que amplios segmentos de la ciudad se mantienen por fuera de lo urbano, y su proyecto económico, construyendo formas alternativas de administración de la vida, los recursos y el espacio.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Adler, L. (1998) *Cómo sobreviven los marginados*. México: Siglo XXI.
- Agier, M. y Quintín, P. (2003) “Política, cultura y autopercepción: la cuestión de las identidades”. *Estudios Afro-Asiáticos*, Año 25, no 1, 2003, pp. 23-41. Disponible en: <https://www.scielo.br/pdf/eaav25n1/a03v25n1.pdf>
- Aguado, C. y Portal, M. (1992) *Identidad, Ideología Y Ritual*. México, D.F.: Universidad Autónoma Metropolitana, Unidad Iztapalapa, División de Ciencias Sociales y Humanidades.
- Alcaldía de Cali (2006) Cali en cifras 2006. Subdirección de Desarrollo Integral– Departamento Administrativo de Planeación. Santiago de Cali. Disponible en: <https://planeacion.cali.gov.co/caliencifras/Documentos%20pdf/Caliencifras2006.pdf>
- Alcaldía de Cali (2011) Pobreza y Exclusión Social en Cali: un Análisis de los Hogares y la Población de Sectores Populares y Clases Medias Bajas a través del SIISAS. Departamento Administrativo de Planeación Municipal / Secretaría de Desarrollo Integral. Disponible en: <https://planeacion.cali.gov.co/informacionestadisticacali/Inclusion%20social/Pobreza%20y%20exclusion%20social%20en%20Cali.pdf>
- Alcaldía de Cali (2014). Análisis de la encuesta de empleo y calidad de vida 2012-2013. Departamento Administrativo de Planeación Municipal. Disponible en: <https://www.cali.gov.co/planeacion/publicaciones/144498/encuesta-de-empleo-y-calidad-de-vida-2012---2013/>
- Alcaldía de Cali (2015). Cali en cifras 2015. Subdirección de Desarrollo Integral – Departamento Administrativo de Planeación Municipal. Santiago de Cali. Disponible en: <https://planeacion.cali.gov.co/caliencifras/Documentos%20pdf/Caliencifras2015.pdf>
- Alcaldía de Cali (2017) Unidad de planificación urbana 4 – Aguablanca. Documento técnico de soporte –acuerdo 0433 de 2017. Subdirección de Planificación del Territorio - Departamento Administrativo de Planeación Municipal. Disponible en: <https://www.cali.gov.co/documentos/1746/documentos-acuerdo-0433-de-2017/>
- Alcaldía de Cali (2017b) Unidad de planificación urbana 3 – Río Cauca. Documento técnico de soporte – Acuerdo 0433 de 2017. Subdirección de Planificación del Territorio - Departamento Administrativo de Planeación Municipal. Disponible en: <https://www.cali.gov.co/documentos/1746/documentos-acuerdo-0433-de-2017/>
- Alcaldía de Cali (2019). Cali en cifras 2018-2019. Escobar, G. y Perilla, D. (comp.) Subdirección de Desarrollo Integral – Departamento Administrativo de Planeación. Santiago de Cali. Disponible en: <https://www.cali.gov.co/documentos/1703/cali-en-cifras/>

- Alves, J. (2020) "Biópolis, necrópolis, 'blackpolis': notas para un nuevo léxico político en los análisis socio-espaciales del racismo". *Geopauta* vol. 4(1):5. Disponible en: <https://www.redalyc.org/jatsRepo/5743/574363075011/index.html>
- Aprile-Gnisset, J. (2004) Apuntes sobre el proceso de poblamiento del Pacífico. En: Pardo, M., Mosquera, C y Ramírez, M. (Eds.) *Panorámica afrocolombiana. Estudios sociales en el pacífico*. Instituto Colombiano de Antropología e Historia - Icanh- Universidad Nacional de Colombia Bogotá, 2004.
- Bailly, A. (1989). "Lo imaginario espacial y la geografía: en defensa de la geografía de las representaciones". *Anales de Geografía de la Universidad Complutense*, núm. 9, pp. 11-19. Disponible en: <https://revistas.ucm.es/index.php/AGUC/article/view/AGUC8989110011A>
- Barbary, O. (2004) El componente socio-racial de la segregación residencial en Cali. En: Barbary, O. y Urrea, F. (Eds.) *Gente negra en Colombia. Dinámicas socioólicas en Cali y el Pacífico*. CIDSE - UNIVALLE- IRD - COLCIENCIAS. Editorial Lealon. Disponible en: http://www.humanas.unal.edu.co/colantropos/files/3714/8564/0886/Gente_Negra.pdf
- Barbary, O. y Hoffman, O. (2004). La costa Pacífica y Cali, sistema de lugares. En: Barbary, O. y Urrea, F. (Eds.) *Gente negra en Colombia. Dinámicas sociopolíticas en Cali y el Pacífico*. CIDSE - UNIVALLE- IRD - COLCIENCIAS. Editorial Lealon. Disponible en: http://www.humanas.unal.edu.co/colantropos/files/3714/8564/0886/Gente_Negra.pdf
- Barbary, O. y Urrea, F. (Eds.) (2004) *Gente negra en Colombia. Dinámicas sociopolíticas en Cali y el Pacífico*. Editorial Lealon. CIDSE-UNIVALLE-IRD-COLCIENCIAS. Disponible en: http://www.humanas.unal.edu.co/colantropos/files/3714/8564/0886/Gente_Negra.pdf
- Bartolomé, L. (Comp.) (1985) *Relocalizados: antropología social de las poblaciones desplazadas*. Ediciones del Ides: Buenos Aires.
- Bassols, M., (1990) "La marginalidad urbana: una teoría olvidada" en *Polis. Anuario de Sociología*, 90, 181-198. Disponible en: http://dcsh.izt.uam.mx/cen_doc/cede/POLIS/1990/Polis-2005-303.pdf
- Becerra, O., (2006) El miedo a la ciudad y la construcción de la identidad. En Ayala, A. (comp.) *Memorias para pensar la ciudad*. Bellas Artes. Facultad de Artes Escénicas.
- Bourgois, P. (2010) *En busca de respeto. Vendiendo crack en Harlem*. Ed. Siglo XXI. Argentina.
- Bruner, J. (1991). "The narrative construction of reality" en *Critical inquiry*, 18(1), 1-21. Disponible en: https://www.sas.upenn.edu/~cavitch/pdf-library/Bruner_Narrative.pdf

- Bruner, J. (2004). "Life as narrative" en *Social Research*, 71(3), 691-710. Disponible en: https://ewasteschools.pbworks.com/f/Bruner_J_LifeAsNarrative.pdf
- Cabrera, M., Nieto, L. y Giraldo, R. (2017) "Santiago de Cali, paisaje urbano y constitución de una ciudad subjetiva". *Entramado*. Julio - Diciembre, 2017. vol. 13, no. 2, p. 158 -170. Disponible en: <http://dx.doi.org/10.18041/entramado.2017v13n2.26203>
- Caicedo-Álvarez, J. y Arias, J. (2020) Necropolítica en tiempo de pandemia. Online: https://www.contagioradio.com/necropolitica-en-tiempo-de-pandemia/?fbclid=IwAR1FnxVmjUHfU2lw4C_gsbRRprLt2qJNNj3_ULEC0Kr6whgKvamKJyphjU [acceso 1 de abril de 2020]
- Cámara de Comercio de Cali (2020) Informes especial de informalidad laboral y empleo en Cali y 13 ciudades. Informe #3. Grupo de estudios empresariales y de competitividad. Disponible en: <https://www.ccc.org.co/file/2020/03/Informe-Especial-N03.pdf> [acceso 14 de marzo de 2020]
- Capella, C. (2013) "Una propuesta para el estudio de la identidad con aportes del análisis narrativo". *Psicoperspectivas, individuo y sociedad* vol. 12, No.2, p. 117-128. Disponible en: <https://www.psicoperspectivas.cl/index.php/psicoperspectivas/article/view/281>
- Carman, M. (2007). "El principio de "máxima intrusión socialmente aceptable", o los diversos grados de legitimidad de las ocupaciones urbanas". *Boletín de Antropología Universidad de Antioquia*, vol. 21, núm. 38, 2007, pp. 130-146. Disponible en: <https://www.redalyc.org/articulo.oa?id=55703807>
- Castells, M. 1974 (2014) *La cuestión urbana*. Siglo XXI.
- Castillo, L., Grueso, L., Rosero, C. y Cifuentes, K. (2013) El Proceso de Comunidades Negras y el censo de 2005. La lucha contra la invisibilidad estadística de la gente negra en Colombia. En: Hale, C. y Lynn S. (Comp.) *Otros Saberes. Collaborative Research on Indigenous and Afro Descendant Cultural Politics*. Sar Press.
- Chan, T. y Goldthorpe, J. (2010) Social status and cultural consumption. En: Chan, T. (ed.) *Social status and cultural consumption*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Cortés, F., (2006) "Consideraciones sobre la marginación, la marginalidad, marginalidad económica y exclusión social" en *Papeles de población*, 47, pp.71-84. Disponible en: http://www.scielo.org.mx/scielo.php?script=sci_abstract&pid=S1405-74252006000100004&lng=pt&nrm=iso
- Crehan, K., (2004) *Gramsci, cultura y antropología*. España: Ediciones Bellatierra.
- Crossley, M. (2007). Narrative analysis. En Lyons, E. y Coyle A. (eds.) *Analyzing Qualitative data in Psychology*. London: Sage.
- Delfino, A., (2012) "La noción de marginalidad en la teoría social latinoamericana: surgimiento y actualidad" en *Universitas Humanistica*, (74), pp.17-34. Disponible en: <http://www.scielo.org.co/pdf/unih/n74/n74a02.pdf>

- DANE (2019) Población negra, afrocolombiana, raizal y palenquera. Resultados del censo nacional de población y vivienda 2018. Recuperado de: <https://www.dane.gov.co/index.php/estadisticas-por-tema/demografia-y-poblacion/grupos-etnicos/informacion-tecnica>
- El País (22 de junio de 2020). Una fiesta de más de 500 personas fue descubierta en el oriente de Cali. Online: <https://www.elpais.com.co/california/una-fiesta-de-mas-de-500-personas-fue-descubierta-en-el-oriente-de-cali.html>
- El País (24 de marzo de 2020) El mapa de la muerte, 15 años de homicidios en Cali. Online: <https://www.elpais.com.co/especiales/el-mapa-de-la-muerte/>
- El Tiempo (21 de agosto 2020) Los cinco niños de Llano Verde: unidos por el fútbol y la tragedia. En línea: <https://www.eltiempo.com/colombia/california/masacre-en-cali-quienes-eran-los-cinco-ninos-asesinados-en-llano-verde-531530>
- Enríquez, P., (2007) “De la marginalidad a la exclusión social: un mapa para recorrer sus conceptos y núcleos problemáticos” en *Fundamentos en humanidades*, 7(15), pp.57-88. Universidad Nacional de San Luis, Argentina. Disponible en: <https://www.redalyc.org/pdf/184/18401503.pdf>
- Escobar, G. (2009) La población en Santiago de Cali: siglo XX y primera década del siglo XXI. Documento de trabajo. Disponible en: <https://planeacion.cali.gov.co/informacionestadisticacali/Demografia/Poblacion%20Cali%20Siglo%20XX%20y%20Primera%20decada%20siglo%20XXI.pdf>
- Evans-Pritchard, E.E. 1940 (1977) *Los Nuer*. Barcelona: Anagrama.
- Fernández, C. y Heikkilä, R. (2011) “El debate sobre el omnivorismo cultural. Una aproximación a nuevas tendencias en sociología del consumo”. *Revista Internacional de Sociología*, Madrid, Vol.69, nº 3, Septiembre- Diciembre. pp. 585-606. Disponible en: <https://www.google.com/url?sa=t&rct=j&q=&esrc=s&source=web&cd=&ved=2ahUKewiZ-qXO5ufrAhVPZM0KHXTuDC4QFjABegQIBhAB&url=http%3A%2F%2Frevintsociologia.revistas.csic.es%2Findex.php%2Frevintsociologia%2Farticle%2Fdownload%2F403%2F412&usq=AOvVaw1kG6N0vbjxzllc1WtzgG8p>
- García-Canclini, N. (2001) “Antropología y Ciudad. Culturas urbanas de fin de siglo: la mirada antropológica”. *Revista de Antropología*. Universidad de Magdalena: Santa Marta.
- Giglia, A. (2016) “Marginalidad, precariado y marginalidad avanzada: definiciones teóricas y realidades empíricas desde distintos contextos socio-espaciales en la ciudad de México”. *Territorios*, 35, 59-80. Disponible en: <http://www.scielo.org.co/pdf/terri/n35/n35a04.pdf>
- Giglia, A. (2019). “Las nuevas periferias. Espacios marginales y sentido de pertenencia local”. En Portal, M. y Ziri6n, A. (coord.) *Periferias. Antropología en los límites de la ciudad y de la cultura*. México: Gedisa. Universidad Autónoma Metropolitana – Unidad Iztapalapa.

- Giménez, G., (2005) "Territorio e identidad. Breve introducción a la geografía cultural". *Trayectorias*, vol. VII, núm. 17, enero-abril, 2005, pp. 8-24, Universidad Autónoma de Nuevo León, México. Disponible en: <https://www.redalyc.org/pdf/607/60722197004.pdf>
- Giménez, G., (2009) "Memorias, relatos e identidades urbanas". *Otras voces* No. 23, 179-209. Disponible en: https://www.google.com/url?sa=t&rct=j&q=&esrc=s&source=web&cd=&ved=2ahUKEwjWr7uU1efrAhUOHM0KHevEBFAQFjAAegQIBhAB&url=http%3A%2F%2Fccdoc.iteso.mx%2Fcat.aspx%3Fcmn%3Ddownload%26ID%3D5734%26N%3D1&sg=AOvVaw1s0LvDfotZgP_OPeypNRX3
- Gómez-Soto, W., (2019) "El hombre marginal y la sociología brasileña" en *Revista mexicana de sociología*, 3 (81), pp.561-582. Disponible en: <http://revistamexicanadesociologia.unam.mx/index.php/rms/article/view/57921/51258>
- González, J. (2012) "Mundos populares entre el desplazamiento y el poblamiento: memorias e interculturalidades en el Distrito de Aguablanca de Cali". *Revista Científica Guillermo de Ockham*. Vol. 10, No. 2. 13-28. Disponible en: <https://www.redalyc.org/pdf/1053/105325282002.pdf>
- Grimson, A., (2011) *Los límites de la cultura. Crítica de las teorías de la identidad*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Guber, R. (2011) *La Etnografía: Método, Campo Y Reflexividad*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Guber, R. y Casabona, V. (1985) Marginalidad e integración: una falsa disyuntiva. En: Bartolomé, L. (comp.). *Relocalizados: antropología social de las poblaciones desplazadas*. IDES, Buenos Aires, pp. 145-164.
- Hiernaux D., & Lindon A. (2004) "La periferia: voz y sentido en los estudios urbanos". *Papeles de población*, 10, 42, 101-123. Disponible en: http://www.scielo.org.mx/scielo.php?script=sci_abstract&pid=S1405-74252004000400005&lng=es&nrm=iso
- Holguín, J. y Reyes, M. (2014) *Militancia urbana y accionar colectivo del M-19 en Cali, 1974-1985. Un enfoque teóricamente situado*. Tesis presentada para optar por el título de Historiador, Universidad del Valle: Cali, Colombia. Disponible en: <https://bibliotecadigital.univalle.edu.co/bitstream/handle/10893/7574/CB-0495374.pdf?sequence=1>
- Jiménez, N. (2005) *Elementos históricos y urbanos en la generación de desastres por inundaciones y deslizamientos en Cali. 1950-2000*. Trabajo de grado para optar al título de Historiadora. Dir. Andrés Velásquez. Universidad del Valle. Santiago de Cali. Disponible en: https://www.osso.org.co/docu/tesis/2005/elementos/elementos_historicos.pdf
- Jirón, P. (2007) "Implicancias de género en las experiencias de movilidad cotidiana urbana en Santiago de Chile". *Revista Venezolana de Estudios de la Mujer*, vol.

- 12, núm 29, Caracas, pp. 173-198. Disponible en:
http://repositorio.uchile.cl/bitstream/handle/2250/117827/129314_C11_Jiron_Impl icancias_de_genero.pdf?sequence=1
- Lindón, A. (2006) Geografías de la Vida Cotidiana. En: Lindón, A. y Hiernaux, D. (Dir.), Tratado de Geografía. Humana, Barcelona: Anthropos-UAM. ISBN 84-7658-794-5, pp. 352-396. Disponible en: <https://www.slideshare.net/andresrg/alicia-lindn-geografas-de-la-vida-cotidiana>
- Martínez-Toro, P., (2013) “La ciudad precaria; crisis de la civilización. Esta aglomeración urbana no es una ciudad”. Memorias del III Simposio “Pensar a Cali”. Bellas Artes y Cámara de Comercio de Cali. X Festival de Arte de Cali. Disponible en: <https://bibliotecadigital.univalle.edu.co/handle/10893/12058>
- Martínez-Toro, P. (2018) “Mercado inmobiliario y la producción del archipiélago metropolitano. La metropolización de Cali”. *Bitácora Urbano Territorial*, 28(1) :9 Disponible en: <http://dx.doi.org/10.15446/bitacora.v28n1.40237>
- Mbembe, A. (2016). *Crítica de la razón negra*. Futuro Anterior: Buenos Aires.
- Modonesi, M., (2010) *Subalternidad, antagonismo, autonomía. Marxismo y subjetivación política*. Buenos Aires: Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales – CLACSO/ Prometeo Libros. Disponible en:
<http://bibliotecavirtual.clacso.org.ar/clacso/coediciones/20101108114944/modone ssi.pdf>
- Mosse, D. (2013) “The Anthropology of International Development”. *Annual Review of Anthropology*, vol. 42, pp. 227-246.
- Palacios, E. 1886 (1940) *El alférez real*. 6.a Ed. Cali: Imprenta departamental del Valle.
- Palacios, M. y Saford, F. (2012) *Historia de Colombia: país fragmentado, sociedad dividida*. Bogotá: Universidad de los Andes. Facultad de Administración.
- Peters, T. (2018). Capital cultural y participación cultural en Chile: apuntes históricos, propuestas emergentes. En: Encuesta Nacional de Participación Cultural 2017. Santiago de Chile: Consejo Nacional de la Cultura y las Artes Gobierno de Chile. Disponible en:
https://www.academia.edu/36108091/Capital_cultural_y_participaci%C3%B3n_c ultural_en_Chile_apuntes_hist%C3%B3ricos_propuestas_emergentes
- Polanco, G. (2006) Cruzando calles... sobre modos de habitar la ciudad desde la periferia. En: Ayala, A. (comp.) *Memorias para pensar la ciudad*. Bellas Artes. Facultad de Artes Escenicas. Cali.
- Portal, M. y Aguado, C., (1991) “Tiempo, espacio e identidad social”. *Alteridades* vol. 1, núm. 2, 1991, pp. 31-41. Universidad Autónoma Metropolitana Iztapalapa, Ciudad de México.
- Portal, M. y Ziri6n, A. (coord.) (2019). *Periferias. Antropología en los límites de la ciudad y de la cultura*. México: Gedisa. Universidad Autónoma Metropolitana – Unidad Iztapalapa.

- Quintín, P. (1999). Memorias y relatos de lugares, a propósito de una migrante de a costa Pacífica en Cali. En: Camacho, J. y Restrepo, E. (Eds.) *De montes, ríos y ciudades. Territorios e identidades de la gente negra en Colombia*. Fundación Natura. Ecofondo, Instituto Colombiano de Antropología. Giro Editores: Santa Fe de Bogotá.
- Radcliffe-Brown, A. R. 1952 (1972). *Estructura y función en la sociedad primitiva*. Barcelona: Península.
- Ramos, O. (2006). Cali y su identidad histórica. En Memorias para pensar la ciudad. Ayala, Alberto (Comp.). Instituto Departamental de Bellas Artes: Cali. Pág. 157.
- Restrepo, E. (2004) Esencialismo étnico y movilización política: tensiones en las relaciones entre saber y poder. En: Barbary, O. y Urrea, F. (Eds.) *Gente negra en Colombia. Dinámicas socioólicas en Cali y el Pacífico*. CIDSE - UNIVALLE- IRD - COLCIENCIAS. Editorial Lealon. Disponible en: http://www.humanas.unal.edu.co/colantropos/files/3714/8564/0886/Gente_Negra.pdf
- Reygadas, L. (2019). “Crítica del dualismo crítico. El retorno de los enfoques esencialistas en el análisis de la cultura”. *Sociológica*, año 34, número 96, enero-abril de 2019, pp. 73 -106. Disponible en: <http://www.scielo.org.mx/pdf/soc/v34n96/2007-8358-soc-34-96-73.pdf>
- Ricoeur, P., 1986 (1999) *Historia y narratividad*. Barcelona: Paidós.
- Riessman, C. (2008). *Narrative methods for the human sciences*. California: Sage.
- Serje, M. (2011) *El revés de la nación: territorios salvajes, fronteras y tierras de nadie*. Bogotá: Universidad de los Andes, Facultad de Ciencias Sociales, Departamento de Antropología, CESO, Ediciones Uniandes.
- Serje, M. y Salcedo, A. (2008). “Antropología y etnografía del espacio y el paisaje”. *Antípoda, Revista de Antropología y Arqueología*, Núm. 7, julio-diciembre, 2008, pp. 9-11. Universidad de los Andes, Colombia. Disponible en: <https://revistas.uniandes.edu.co/doi/abs/10.7440/antipoda7.2008.01>
- Urrea, F. (2012). Transformaciones sociodemográficas y grupos socio-raciales en Cali a lo largo del siglo XX y comienzos del siglo XXI. En: Cano, G. (ed.) *Historia de Cali, siglo XX* (Vol. I, pp. 145-194). Cali, Colombia: Programa Editorial Universidad del Valle. Disponible en: https://www.google.com/url?sa=t&rct=j&q=&esrc=s&source=web&cd=&cad=rja&uact=8&ved=2ahUKEwiyk-fX5OfrAhWWHM0KHXdR4gQFjAAegQIBxAB&url=https%3A%2F%2Fwww.urosario.edu.co%2Furosario_files%2Fb4%2Fb4eff1cc-4195-4089-b3bc-dd0290d67fb8.pdf&usq=AOvVaw2aqz7daBhYuKyYTTwZ1b-e
- Urrea, F. y Echeverry, D. (2015) “Experiencia investigativa sobre raza, etnicidad, clases sociales, géneros y sexualidades en el Suroccidente colombiano”. *Maguaré*, vol. 29, n. 2 (jul-dic) ·pp. 239-268. Disponible en: <https://revistas.unal.edu.co/index.php/maguare/article/view/61673>

- Urrea, F. y Hurtado, T. (2001) La construcción de etnicidades en la sociedad colombiana contemporánea : un caso ejemplar para una discusión sobre etnicidad y grupos raciales. Ponencia presentada en la Conferencia sobre Interculturalidad y Política, Pontificia Universidad Católica del Perú, Departamento de Ciencias Sociales, Lima, 3-5 de octubre del 2001. Disponible en: <http://biblioteca.clacso.edu.ar/gsd/cgi-bin/library.cgi?e=d-11000-00---off-0co%2FcoZz-006--00-1----0-10-0---0---0direct-10-AU--4-----0-0l--11-es-Zz-1---20-home-%22Urr%C3%A9a+Giraldo%2C+Fernando%22--00-3-1-00-0--4----12-10-01-00-0utfZz-8-00&a=d&cl=search&d=D7555.1>
- Urrea, F. y Murillo, F. (1999). Dinámica de poblamiento y algunas características de los asentamientos populares con población afrocolombiana en el oriente de cali Ponencia presentada al Observatorio Socio-político y Cultural sobre “Desplazados, migraciones internas reestructuraciones territoriales”, del Centro de Estudios Sociales (CES), de la Facultad de Ciencias Humanas de la Universidad Nacional de Colombia, Bogotá 5-7 de Mayo de 1999. Disponible en: <http://biblioteca.clacso.edu.ar/gsd/cgi-bin/library.cgi?e=d-11000-00---off-0co%2FcoZz-006--00-1----0-10-0---0---0direct-10---4-----0-0l--11-es-Zz-1---20-about---00-3-1-00-0--4---0-0-01-00-0utfZz-8-00&a=d&cl=CL3.5&d=D7537.2>
- Urrea, F. y Quintín, P. (2000) Ser hombre negro y joven: construcción de identidades masculinas entre sectores populares excluidos en Cali (Colombia). CIDSE, Centro de Investigaciones y Documentación Socioeconómica. Disponible en: <http://bibliotecavirtual.clacso.org.ar/Colombia/cidse-univalle/20121114121838/hombre>
- Urrea, F., Arboleda, S. y Arias, J. (1999) “Redes familiares entre migrantes de la costa pacífica a Cali”. *Revista Colombiana de Antropología*. 35, (ene. 1999), 180-241. Disponible en: <https://revistas.icanh.gov.co/index.php/rca/article/view/1323>
- Urrea, F., Ramírez, H. y Viáfara, C. (2004) Perfiles sociodemográficos de la población afrocolombiana en contextos urbano-regionales del país a comienzos del siglo XXI: En: Pardo, M., Mosquera, C y Ramírez, M. (Eds.) *Panorámica afrocolombiana. Estudios sociales en el pacífico*. Instituto Colombiano de Antropología e Historia -Icanh- Universidad Nacional de Colombia Bogotá, 2004. Disponible en: <http://biblioteca.clacso.edu.ar/Colombia/cidse-univalle/20121113043151/Art2.pdf>
- Urrea, G. y Quintín, P. (2000). Segregación urbana y violencia en Cali: trayectorias de vida de jóvenes negros del Distrito de Aguablanca. Ponencia presentada al seminario internacional “La société prise en otage. Stratégies individuelles et collectives face à la violence. Réflexions autour du cas colombien”; 23-25 novembre 2000, Marseille, Centre de la Vieille Charité (2me. Étage, salle A), en el tema “guerre, mobilité et territorialité”.
- Valencia, J. (2017) *La expansión al sur oriente de Cali y la participación comunitaria 1979-1990. Estudio de caso: Distrito de Aguablanca*. Tesis presentada como

- requisito parcial para optar al título de Magister en Urbanismo. Dir. Sandra Jeannette Mondragón. Universidad Nacional de Colombia. Facultad de Artes. Escuela de Urbanismo. Bogotá.
- Van Velsen, J. (1967). "The extended-case method and situational analysis". En: Epstein, L. (ed). *The craft of social anthropology*, London : Tavistock.
- Vásquez, E. (1980) Ensayo sobre la historia urbana de Cali. Documento de trabajo. Cali: Universidad del Valle. Disponible en:
https://www.google.com/url?sa=t&rct=j&q=&esrc=s&source=web&cd=&cad=rja&uact=8&ved=2ahUKEwjZnemUsOfrAhWwl60KHfARB0sQFjAAegQIBhAB&url=http%3A%2F%2Fhistoriayespacio.univalle.edu.co%2Findex.php%2Fhistoria_y_espacio%2Farticle%2Fdownload%2F5819%2F8058&usq=AOvVaw0M3XmEzsfXJuTfL5hMRQWB
- Vidal, F. (2006) Imaginarios del habitar la ciudad. En: Ayala, Alberto. (Comp.) *Memorias para pensar la ciudad*. Bellas Artes. Facultad de Artes Escénicas. Cali.
- Vivencias, F. (2006) El siglo XXI. El reto para la ciudad colombiana. En: Ayala, A. (comp.) *Memorias para pensar la ciudad*. Bellas Artes. Facultad de Artes Escénicas. Santiago de Cali.
- Wacquant, L. (2000). *Las cárceles de la miseria*. Manantial: Buenos Aires.
- Wacquant, L. (2001). *Parias urbanos. Marginalidad en la ciudad a comienzos del milenio*. Manantial: Buenos Aires.
- Wacquant, L. (2007) *Los condenados de la ciudad: gueto, periferias y Estado*. Buenos Aires, Siglo XXI Editores.
- Wallerstein, I., (2005) *Análisis De Sistema-Mundo. Una Introducción*. Traducción de Carlos Daniel Schroeder. México: Siglo XXI editores.



Casa abierta al tiempo

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA METROPOLITANA

ACTA DE EXAMEN DE GRADO

No.00141

Matricula: 2183800162

LA CONFIGURACIÓN CULTURAL DE LOS MÁRGENES URBANOS: EL CASO DEL CONGLOMERADO ORIENTE EN LA CIUDAD DE CALI, COLOMBIA.

Con base en la Legislación de la Universidad Autónoma Metropolitana, en la Ciudad de México se presentaron a las 16:00 horas del día 9 del mes de noviembre del año 2020 POR VÍA REMOTA ELECTRÓNICA, los suscritos miembros del jurado designado por la Comisión del Posgrado:

DRA. MARIA ANA PORTAL ARIOSA
DR. PABLO CASTRO DOMINGO
DR. JOSE FEDERICO BESSERER ALATORRE

Bajo la Presidencia de la primera y con carácter de Secretario el último, se reunieron para proceder al Examen de Grado cuya denominación aparece al margen, para la obtención del grado de:

MAESTRA EN CIENCIAS ANTROPOLOGICAS

DE: JULIETH ANDREA NARVAEZ VILLEGAS

y de acuerdo con el artículo 78 fracción III del Reglamento de Estudios Superiores de la Universidad Autónoma Metropolitana, los miembros del jurado resolvieron:

APROBAR

Acto continuo, la presidenta del jurado comunicó a la interesada el resultado de la evaluación y, en caso aprobatorio, le fue tomada la protesta.

Julieth Narvaez

JULIETH ANDREA NARVAEZ VILLEGAS
ALUMNA

REVISÓ

MTRA. ROSALIA SERRANO DE LA PAZ
DIRECTORA DE SISTEMAS ESCOLARES

DIRECTOR DE LA DIVISIÓN DE CSH

Juan Manuel Herrera Caballero

DR. JUAN MANUEL HERRERA CABALLERO

PRESIDENTA

Mariana Portalariosa

DRA. MARIAANA PORTALARIOSA

VOCAL

Pablo Castro Domingo

DR. PABLO CASTRO DOMINGO

SECRETARIO

Jose Federico Besserer Alatorre

DR. JOSE FEDERICO BESSERER ALATORRE